

INSTITUTO DE ESPAÑA
REAL ACADEMIA DE CIENCIAS VETERINARIAS

HISTORIA DE LA VETERINARIA GRECORROMANA

DISCURSO LEÍDO EL 8 DE FEBRERO DE 2010,
EN EL ACTO DE RECEPCIÓN PÚBLICA COMO
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE POR LA
PROF.^a DRA. D.^a MARÍA CINTA MAÑÉ SERÓ

Y DISCURSO DE CONTESTACIÓN
A CARGO DEL ACADÉMICO DE NÚMERO
**EXCMO. SR. GENERAL VETERINARIO
DR. D. LUIS ÁNGEL MORENO
FERNÁNDEZ-CAPARROS**



MADRID, 2010

**INSTITUTO DE ESPAÑA
REAL ACADEMIA DE CIENCIAS VETERINARIAS**

HISTORIA DE LA VETERINARIA GRECORROMANA

**DISCURSO LEÍDO EL 8 DE FEBRERO DE 2010,
EN EL ACTO DE RECEPCIÓN PÚBLICA COMO
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE POR LA
PROF.^a DRA. D.^a MARÍA CINTA MAÑÉ SERÓ**

**Y DISCURSO DE CONTESTACIÓN
A CARGO DEL ACADÉMICO DE NÚMERO
EXCMO. SR. GENERAL VETERINARIO
DR. D. LUIS ÁNGEL MORENO
FERNÁNDEZ-CAPARRÓS**



MADRID, 2010

Depósito legal: M. 3.123-2010
ISBN: 978-84-920535-3-7
Imprime REALIGRAF, S. A.
C/ Pedro Tezano, 26
28039 Madrid

A mis padres

**DISCURSO PRONUNCIADO POR LA
PROF.^a DRA. D.^a MARÍA CINTA MAÑÉ SERÓ**

Excmo. Señor Presidente,

Excmas. Señoras y Excmos. Señores Académicos,

Señoras y Señores,

Muy queridos amigos.

Me gustaría que mis primeras palabras en esta Real Academia de Ciencias Veterinarias expresen la emoción que siento por permitirme, sus ilustres componentes, formar parte de esta prestigiosa Institución integrada por importantes personalidades de la Veterinaria que con su trabajo constante engrandecen, sin duda, nuestra profesión. Considero un gran honor poder aportar mi pequeña colaboración a favor de esta tarea en el seno de esta activa Corporación, tan necesaria en nuestra vida profesional.

Quiero expresar ahora mi sincero agradecimiento a los miembros de esta Academia que respaldaron con su voto mi ingreso en ella, con una especial mención a los tres Académicos que avalaron con su firma mi solicitud, los Dres. Dualde Pérez, Vives Vallés y Aparicio Tovar. También al Dr. D. Luis Ángel Moreno Fernández-Caparrós, por ser quien me distinga con sus palabras de bienvenida, además de regalarme desde hace años su amistad. Asimismo quiero agradecer la cariñosa acogida que me han dispensado los componentes de esta Institución siempre que he acudido a los actos públicos que han celebrado en ésta su sede. Todos ellos, comenzando por el Presidente Dr. D. Carlos Luis de Cuenca y Esteban, han hecho posible que me sintiera a gusto en todo momento. Espero fervientemente no defraudarles.

Al gran honor que, reitero, representa mi ingreso en esta Casa debo además sumar la alegría de poder integrarme en la sección

de Historia, una sección que gracias al buen hacer de sus miembros y a su trabajo continuado a lo largo de ya muchos años, realizado siempre con pasión, está cada vez más presente en los foros de la veterinaria nacional. Debo reconocer aquí que la Historia de la Veterinaria entró en mi vida despacio, sin ruido, jugando un papel secundario, sin grandes aspiraciones; pero poco a poco, aprovechando mi curiosidad, fue conquistando terreno hasta conseguir un lugar especial. Este ascenso experimentado por una parte de nuestra profesión a menudo infravalorada, no es ajeno a la gran pujanza que está viviendo a nivel nacional de la mano de la Asociación Española de Historia de la Veterinaria y de las diferentes asociaciones territoriales; o a la realización de su congreso anual desde el año 1995, en el que se dan cita cada vez más historiadores en un ambiente de trabajo y compañerismo difícil de encontrar en otros campos, y con un recambio generacional por parte de veterinarios y no veterinarios más jóvenes que nosotros, que trabajan con rigor y aseguran la continuidad de esta faceta de nuestra profesión. A ellos, a los amigos de la Asociación de Historia, españoles e iberoamericanos, quiero agradecerles también su continuo estímulo y su amor por la Historia de la Veterinaria, su trabajo siempre bien hecho y siempre de manera desinteresada, que han convertido nuestro encuentro anual en una verdadera droga de la que ya no puedo prescindir.

Mi dedicación a la Historia es posible gracias a mi ocupación principal como profesora de Patología Médica que, además de proporcionarme el sustento, me ha permitido aunar y desarrollar mi querencia tanto por la clínica como por la docencia. Debo a mis padres que me procuraran una buena formación, que me iniciaran en el hábito de la lectura desde pequeña, que me infundieran el respeto a los maestros, que me animaran a aprender de ellos, que me inculcaran una serie de valores ahora trasnochados pero que al final han conformado la persona que soy actualmente.

Quiero acabar este capítulo reconociendo públicamente mi deuda con mi compañero, la persona que comparte mi vida, y quiero hacerlo recordando las palabras que escribí hace veinticinco años, cuando defendí mi Tesis Doctoral. Entonces anoté sobre él: "...quien siempre me ha empujado, literalmente, para realizar el presente trabajo". Afortunadamente para mí los em-

pujones continuaron, su apoyo ha sido y es incansable en todas las tareas emprendidas, su ánimo constante en todas las circunstancias. Él es sin duda el mayor responsable de que yo esté aquí. Me considero, pues, afortunada. Me gusta mi trabajo, disfruto con mis aficiones, y la vida con Miguel es un auténtico lujo.

INTRODUCCIÓN

Como docente e investigadora de la universidad española, aun en estos tiempos de zozobra, nuestra misión primordial estamos convencidos que es la crítica sistemática de cuanto conocemos, en orden a alcanzar la verdad o, en su defecto, aproximarnos a ella cuanto nos sea posible.

Con ese objetivo pretendemos poner de manifiesto una lacra que la formación de los veterinarios lleva consigo permanentemente, y que no es otra que el mantenimiento de nuestros jóvenes estudiantes en la nesciencia de la historia de la veterinaria, disciplina ésta huérfana de cuidados y de apoyo; no sé si despreciada, pero en todo caso no apreciada; escasamente cultivada y desarrollada por falta de espacio para ser plantada, por nulo abono y leve riego, y porque sus cultivadores, además de escasos y aun con mucho entusiasmo, son seres humanos en los que al final acaba venciendo el desánimo y la fatiga.

Y todo esto viene a cuento de la indignidad que supone para algunos despreciar (no apreciando) primero la historia de la veterinaria, para luego, a la menor oportunidad, utilizarla en todo tipo de discursos, trabajos, compromisos o, más burdamente, para proporcionar un falso barniz de cultura y conocimientos.

Precisamente algo así podrán ustedes encontrar, como nos ha ocurrido, al tratar de establecer con rigor las vicisitudes de la veterinaria en la civilización romana. El resultado es patético: los unos se copian a los otros, trasladando muchas anécdotas pero pocos conceptos cuando no múltiples errores. Desasistidos como estamos de un texto global que nos ilustre sobre la historia de la veterinaria con garantías, no cabe más que echar mano aquí y allá de lo que ha quedado escrito, con mejor o peor fortuna.

Hora es, pues, de que paso a paso, despacio y sin desánimo, nos pongamos a la tarea de dignificar la historia de la veterinaria, una parte más especializada de una general historia de la ciencia. Y para ello nada mejor que aplicar el armamento desarrollado en nuestra tarea habitual como universitaria, en otros campos: el análisis primero y la síntesis después.

Y así nuestro empeño, que osamos presentarles ahora, no será otro que el de establecer unas bases mínimas para comprender y utilizar lo que sabemos sobre la veterinaria romana. El estado del arte, que dirían los sajones.

Como ejercicio sin red de protección, este trabajo podrá ser aceptado o rechazado. De ustedes y de los lectores futuros será el veredicto. En todo caso, quede aquí nuestro honesto esfuerzo y nuestra afición por desentrañar la verdad.

PRINCIPIANDO: LO QUE LOS VETERINARIOS HAN ESCRITO SOBRE LA VETERINARIA ROMANA

No han sido muchas las ocasiones en que se ha escrito acerca de la veterinaria romana por parte de los propios veterinarios, entre otras cosas porque era preciso acudir a las fuentes escritas en latín y griego, idiomas sólo al alcance de personas cultas durante los pasados siglos, y ahora ni aun de las cultas.

De este modo, y aunque no sea veterinario, es imprescindible citar la obra del médico Alonso Suárez, un referente en la historiografía veterinaria hispana¹ por su libro *Recopilación de los más famosos autores griegos y latinos que trataron de la excelencia y generación de los caballos*, que publicó en 1564. Trabajo que, según Bernardo Rodríguez,² nombra obras y contenidos, traduciendo partes, de Jenofonte, Absirto, Hierocles, Hipócrates (“el médico, pues hubo otro, veterinario”), “y otros famosos griegos que trataron de Albeytería.”

¹ M.A. Vives, “La historiografía veterinaria en España (hasta Sanz Egaña)”. Ponencia. En: *Libro de las VII Jornadas Nacionales y II Congreso Iberoamericano de Historia de la Veterinaria*, León, 2002, pp. 15-41.

² B. Rodríguez (atribuido), *Catálogo de algunos autores españoles que han escrito de veterinaria, de equitación y de agricultura*, Imprenta de Joseph Herrera, Madrid, 1790, pp. 8-9.

Por su parte, Joaquín de Villalba, cirujano y catedrático de hipofisiología de la Real Escuela de Veterinaria de Madrid, publicó en 1803 algunos datos procedentes de los autores latinos para componer su obra *Epidemiología española ó historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801*.³

Unos años más tarde, y por primera vez,⁴ se publica en España la traducción de los doce libros de agricultura de Columela a cargo de Juan Álvarez de Sotomayor,⁵ lo que ya permitía a quien no dominase el latín acceder por completo a su contenido.

Si bien al propio Villalba ya se le atribuye, además de intenciones, un cierto esfuerzo, baldío por otra parte, por componer una historia de la veterinaria, muy cercano a él en el tiempo Carlos Risueño, en el prólogo de su *Diccionario de veterinaria y sus ciencias auxiliares* parece acariciar la idea de escribir también una historia de la veterinaria.⁶

No sería hasta 1845 cuando Nicolás Casas comienza a publicar en el *Boletín de Veterinaria*, primera revista profesional que también dirige, una serie de artículos durante el primer y segundo año, que habrían de convertirse en la primera historia de la veterinaria. Así, en el conjunto de sus artículos, en el apartado dedicado a griegos y romanos incluye un total de 5 trabajos.⁷ Sin embargo, la aportación de Casas adolece de considerables imprecisiones cronológicas y se apoya únicamente en tres

³ J. de Villalba, *Epidemiología española ó historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801*, 2 tomos, Imprenta Fermín Villalpando, Madrid, 1803.

⁴ M.A. Vives, M.C. Mañé, A. Leuza, "El saber clínico veterinario en los doce libros de agricultura de Columela a través de su primera traducción al castellano", *Acta Veterinaria* 4 (1990): 97-101.

⁵ J.M. Álvarez de Sotomayor, *Los doce libros de agricultura que escribió en latín Lucio Junio Moderato Columela, traducidos al castellano por D. Juan María Álvarez de Sotomayor y Rubio*, 2 tomos, Imprenta Miguel de Burgos, Madrid, 1824.

⁶ M.A. Vives, "La historiografía veterinaria en España", p. 32.

⁷ N. Casas, *Boletín de Veterinaria* 12, 30 agosto 1845, pp. 177-182; 13, 15 septiembre 1845, pp. 193-198; 14, 30 septiembre 1845, pp. 209-213; 16, 30 octubre 1845, pp. 241-245; 17, 15 noviembre 1845, pp. 257-262.

obras de filología clásica extranjeras, que tratan prácticamente de la *Hipiátrica* griega. Bien es cierto que con Casas ya se inaugura la tendencia de nombrar de corrido a los principales traductores (Varrón, Columela, Celso, Virgilio, Pelagonio, Absirto, Hierocles, Vegecio, etc.), sin aportar análisis mínimamente interesantes que contribuyan a poner de manifiesto cómo era la práctica veterinaria de su tiempo.

A partir de 1847, con la apertura de dos nuevas Escuelas subalternas de Veterinaria en Zaragoza y Córdoba, cambia el plan de estudios y en quinto curso (únicamente en la Escuela de Madrid) se empieza a impartir la asignatura de “Bibliografía y moral veterinaria”. En 1857, con la ley Moyano, las Escuelas de Veterinaria pasan a ser Escuelas Especiales, en las denominadas subalternas se imparten cuatro cursos en lugar de tres, y en cuarto curso se explica “Historia crítica de estas ramas”.

El hito fundamental, a partir de 1847, es la enseñanza de la historia de la veterinaria con el nombre de “Bibliografía y moral veterinaria” por parte de Ramón Llorente Lázaro, quien en 1856 publica el texto⁸ que sería utilizado durante mucho tiempo, siendo el primero y único de la materia que se ha utilizado en la enseñanza oficial, estando perfectamente ubicado con el resto de enseñanzas sanitarias en su tiempo. Lamentablemente, el libro de Llorente dedica muy poco espacio a la historia de la veterinaria en general, y con respecto a la veterinaria griega y romana prácticamente no dice gran cosa. En este caso ni la conocida retahíla de autores.

Muy poco tiempo después (1860), Gerónimo Darder, encargado de la redacción de *La Veterinaria Española*, publica la traducción de la obra de Gourdon *Cirugía veterinaria*,⁹ que en sus primeras páginas aporta la que hasta entonces podría tenerse como la mejor síntesis de la historia de la veterinaria publicada en español,¹⁰ y que como hemos citado, procedía del libro

⁸ R. Llorente Lázaro, *Compendio de la bibliografía de la veterinaria española, con algunas noticias históricas de esta ciencia en nuestra patria*, Librería de Ángel Calleja, Madrid, 1856.

⁹ G. Darder, *Cirugía veterinaria*, Imprenta de J. Viñas, Madrid, 1860.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 24-78.

Elements de chirurgie vétérinaire de Gourdon, publicado en Francia entre 1855 y 1857 como en el mismo libro se indica.

Con esta somera incursión en la historia de la veterinaria ya se puede tener constancia del conocimiento en la época acerca de la veterinaria grecorromana, si bien, una vez más, el texto fundamental de referencia será la *Hipiátrica* griega y, al parecer, también se ha analizado el contenido de los textos de algunos autores como Celso, Varrón y, especialmente, Columela.

No será hasta 1901 que se publica el discurso de inauguración de curso en la Real Academia de Medicina de D. Santiago de la Villa,¹¹ catedrático de la Escuela de Veterinaria de Madrid, que llevaba por título *La veterinaria en los tiempos antiguos y modernos, e intervención que dicha ciencia ha tenido en los progresos de la medicina humana y de la higiene pública*. Se trata éste de un trabajo historiográfico de muy alto nivel, que maneja perfectamente las fuentes de la época tanto francesas como inglesas o alemanas, siendo por ello un buen referente para conocer el nivel de conocimiento alcanzado en dicha época.

Concretamente, y en relación a nuestro objetivo, hay que resaltar que incluye un apartado dedicado específicamente a la veterinaria griega antigua, apoyado en la *Histoire de la médecine vétérinaire* de Léon Moulé,¹² que publicó en varias entregas dentro del *Boletín de la Sociedad Central de Medicina Veterinaria*.

Moulé es, con mucho, el estudioso de la historia de la veterinaria que con más rigor aborda el estudio del periodo grecorromano, y ya advierte que se trata de recoger datos dispersos en la obra de filósofos (Aristóteles), médicos (Hipócrates), historiadores (Jenofonte), agrónomos (Catón, Varrón, Columela) y que hasta el siglo IV de nuestra era no estaremos en presencia de veterinarios propiamente dichos, cuando se trata de la *Hipiátrica*.¹³

¹¹ S. de la Villa, *Discurso leído en solemne sesión inaugural del año 1901 de la Real Academia de Medicina*, Madrid, 1901.

¹² L. Moulé, *Histoire de la médecine vétérinaire*, Typographie et lithographie Maulde, Paris, 1891.

¹³ *Ibid.*, p. 7.

Ciertamente la obra de Moulé es magnífica en tanto en cuanto este veterinario es capaz de acceder a las fuentes en idioma original, esto es, en latín y en griego, que anota cuidadosamente en su texto.

De esta forma, el advenimiento de una potente estructura de historia de la ciencia que paulatinamente irá perfeccionando sus ramas, en especial la historia de la medicina, ya a finales del siglo XIX, hace que poco a poco cada país se procure un texto, al menos, de historia de la veterinaria, fundamentalmente centrado en las aportaciones a dicha historia profesional nacional en concreto. Si bien en nuestro país esto habría de conseguirse tarde, con Sanz Egaña, cuyo texto sigue siendo actualmente la principal obra de síntesis sobre la historia de la veterinaria española.¹⁴ Desafortunadamente trata sólo muy superficialmente la veterinaria grecolatina, con las tradicionales citas a Jenofonte, Varrón, Columela, etc.

Finalmente, parece lógico abordar una visión general sobre las principales obras de referencia de historia de la veterinaria que se han publicado en diferentes países de nuestro entorno cultural, con la finalidad de observar cuáles son los conocimientos que manejan. En todo caso debemos dejar constancia acerca de nuestro desconocimiento idiomático del alemán, y precisamente en Alemania desde el siglo XIX ha habido una producción de calidad y muy significativa en historia de la veterinaria, que a través de la citación de otros muchos autores de idiomas distintos, ha llegado hasta nosotros. Así pues, se trata de una parte importante de la producción científica a la que no hemos tenido acceso directo, pero sí indirecto a través de otros autores.

Y así, cronológicamente comenzamos con la ya citada de León Moulé. Se trata de una obra fundamental, cuya mecánica se basa en la revisión de todos los textos clásicos griegos y romanos accesibles en su época, de manera que cada vez que en los princi-

¹⁴ C. Sanz Egaña, *Historia de la veterinaria española*, Espasa Calpe, Madrid, 1941. Dedicó unas breves notas en su capítulo primero: "Los orígenes", pp. 16-19.

pales textos sobre el tema se cita a algún autor; Moulé lo busca y analiza, anotando entre quienes escribieron sobre temas veterinarios más de 40 distintos, de los que aporta, cuando es posible, noticia biográfica y de su obra. Más adelante, Moulé escribe sobre el ejercicio de la medicina veterinaria en el periodo anterior a nuestra era (cristiana), que despacha con pocas líneas, y posteriormente a partir de la misma. En este último caso, tan sólo se apoya en una interpretación de los textos consultados.¹⁵

No sería hasta 1953 cuando André Senet publicó un pequeño manual de historia de la medicina veterinaria,¹⁶ trabajo de síntesis que dedica una parte a la antigüedad pero que no llegaría a ser muy conocido, quizás porque en opinión de algunos críticos contenía algunas inexactitudes y su estilo era poco cuidadoso.

El segundo tratado importante a considerar cronológicamente es el de Leclainche, también francés y con una obra igualmente apreciable.¹⁷ Sigue la pauta de revisar autor por autor, citando su ubicación cronológica y su obra, con las anotaciones correspondientes referidas a veterinaria. Continúa con un apartado sobre la medicina veterinaria en la antigüedad donde pone de manifiesto la superioridad de la medicina griega sobre la romana, aludiendo al efecto de la teoría hipocrática en la práctica médica y veterinaria, que casi iguala. Tan sólo nombra, y superficialmente, el hecho de que los tratadistas latinos no eran veterinarios, sino personajes letrados y compiladores, al contrario de los griegos. Por lo que se refiere a la práctica de la medicina veterinaria, pone de manifiesto que la veterinaria griega es heredera del conocimiento de egipcios y sumerios. Con respecto a los escasos testimonios de la actividad veterinaria, el autor ya se vale de los conocimientos aportados por la epigrafía, citando una inscripción en la que se nombra a Metrodoro (siglo III a.C.) y un epigrama dedicado a Sosandro, así como numerosos papiros egipcios, generalmente en griego.

¹⁵ L. Moulé, *Histoire de la médecine vétérinaire*, pp. 51-61.

¹⁶ A. Senet, *Histoire de la médecine vétérinaire*, Presses universitaires de France, Paris, 1953.

¹⁷ E. Leclainche, *Histoire illustrée de la médecine vétérinaire*, 2 tomos, Albin Michel, Paris, 1955.

El autor reúne una buena cantidad de referencias estudiadas en otras disciplinas acerca de escritos, inscripciones, o partes de textos donde se recogen las actividades de los veterinarios en las diferentes tareas que les eran propias, además de cuestiones relativas al uso y costumbres con respecto a los animales domésticos (entrenamiento de perros con sus dueños). Sin embargo, dedica unas breves líneas a la *Hipiátrica* bizantina.

En todo caso, el sistema de obtención de datos para componer una historia de la veterinaria grecorromana es idéntico al descrito para Moulé, como se puede apreciar, incorporando a las fuentes ya conocidas, los conocimientos que paulatinamente se iban produciendo en diferentes campos.

Dos años después de Leclainche, Smithcors publica su texto sobre historia de la veterinaria¹⁸ en el que utiliza una bibliografía muy reducida, basando sus comentarios en las obras tradicionales ya conocidas (Plinio, Varrón, Catón, Columela, etc.). En este caso, la restricción en las fuentes de conocimiento origina tener que pasar a discutir exclusivamente el contenido de los principales textos veterinarios (o asimilables) en uso, un hecho que se iba a repetir en otros textos pero en absoluto equiparables a los de Moulé o Leclainche. Algo que también se va a incrementar con el tiempo es el recurso a las fuentes de historia de la medicina, por ausencia, o escasez más bien, de fuentes de historia de la veterinaria, lo que no necesariamente iba a estar relacionado.

En el mismo año, Valentino Chiodi, autor italiano, publica otra historia de la veterinaria,¹⁹ obra de éxito en su país que conocería una segunda edición en 1981, y que a priori parecía que podría aportar mucha luz al periodo grecorromano, o romano únicamente, dado el origen del autor y el lugar de publicación. Sin embargo, Chiodi, que dedica tres capítulos al estudio de la veterinaria griega, alejandrina y bizantina, y otro al periodo ro-

¹⁸ J.F. Smithcors, *Evolution of veterinary art*, Veterinary Medicine Publishing Co., Kansas City, 1957.

¹⁹ V. Chiodi, *Storia della veterinaria*, Farmitalia, Milano, 1957. 2ª ed., Edagricole, Bologna, 1981.

mano, tan sólo se basa en las fuentes habituales de la historia de la medicina griega. Y con respecto a la veterinaria romana de nuevo se limita al comentario de los tratadistas habituales, Catón, Celso, Columela, Varrón, Virgilio, Plinio, etc., sin aportar mayores datos e incluyendo también a médicos como Galeno o Dioscórides. Finaliza este apartado con el capítulo dedicado a la veterinaria bizantina, que data desde la ocupación de Grecia por los romanos hasta la caída de Constantinopla, a lo largo de nada menos que 15 siglos.

En 1970 se publica un reducido manual, muy sintético y parecido al ya comentado de André Senet, que se limita también a utilizar las fuentes tradicionales y bien conocidas de la historia de la medicina, sin aportaciones relevantes, obra que ha sido posteriormente poco citada.²⁰

También en los años 70 es imprescindible mencionar el trabajo de síntesis de Robin Walker, quien en 1973 colabora en un texto clásico sobre los animales en la vida y el arte romano de la profesora Toynbee,²¹ en forma de apéndice al mencionado libro. Dicho trabajo en su mayor parte, e incrementado en su aporte iconográfico, sería traducido al español y publicado en forma de monografía,²² llegando a constituirse para los hispanoparlantes como el texto de referencia en lo que a veterinaria romana se refiere, durante muchos años.

En líneas generales los dos trabajos de Walker son muy similares, excepción hecha de la inclusión en el primero de ellos de cuestiones relativas a la caballería del ejército romano y su relación con la veterinaria, que aparecerían en el segundo texto de una forma más atenuada.

La crítica que a día de hoy se le puede hacer al trabajo de Walker se deriva del hecho de considerar casi exclusivamente tanto a los autores romanos tradicionales (Varrón, Columela,

²⁰ C. Bressou, *Histoire de la médecine vétérinaire*, Presses universitaires de France, Paris, 1970.

²¹ J.M.C. Toynbee, *Animals in roman life and art*, Thames and Hudson, London, 1973. La aportación de Walker es un apéndice en dicho libro, pp. 301-343.

²² R.E. Walker, *Ars veterinaria. El arte veterinario desde la antigüedad hasta el siglo XIX*, Essex España, Madrid, 1974.

Vegecio) como a la *Hipiátrica*, de manera que prácticamente obvia la mayoría de las fuentes de todo tipo que ya Leclainche, y anteriormente Moulé, utilizaban. Y tampoco es posible hacerse una idea completa de la veterinaria romana desde el inicio de su cultura, sino únicamente desde el siglo I a.C. hasta el final, y a través, como se ha indicado, de los principales autores.

En todo caso hay que dejar constancia que este estilo de escribir historia originaría el que una buena parte de los autores que le siguieran utilizarasen estas fuentes, sin abrirse a otras nuevas de tipo interdisciplinar. Un poco antes, y en el inicio de la década de los 70, el libro de Bressou²³ pone de manifiesto la práctica cómoda, pero frustrante para los veterinarios, de acudir, de nuevo, a las fuentes de la historia de la medicina como si fuesen automáticamente equiparables a las de veterinaria.

Dos años más tarde del trabajo de Walker, en 1976, se reimprime la extensa obra del general sir Frederick Smith,²⁴ agrupada en cuatro volúmenes que recogen una serie de artículos publicados a partir de 1912 en revistas, e inicialmente recopilados en forma de libro entre 1919 y 1933. Se trata, sin duda, de un texto de referencia para la historia de la veterinaria británica, muy centrada en sí misma.

En realidad, y debido a la cercanía temporal con León Moulé, el texto se antoja reducido en cuanto a la medicina veterinaria grecorromana, ya que en 23 páginas trata de Grecia, Roma, Cartago y el periodo bizantino sin entrar en profundidades, siendo lo importante de su aportación global la concreción en la veterinaria británica, y pareciendo estos primeros capítulos más un adorno que otra cosa.

Aunque posterior, casi al final de la década de los años 80 Karasszon publica un extraordinario texto de historia de la veterinaria en cuanto a su tratamiento como *corpus*,²⁵ pero que

²³ C. Bressou, *Histoire de la médecine vétérinaire*.

²⁴ F. Smith, *The early history of veterinary literature and its British development. Vol. I: From the earliest period to A.D. 1700*, J. Allen and Co., London, 1976.

²⁵ D. Karasszon, *A concise history of veterinary medicine*, Akademiai Kiadó, Budapest, 1988.

sin embargo, en cuanto a la veterinaria grecorromana, no aporta nada nuevo con respecto a la práctica veterinaria, siendo su contenido el repaso habitual a los autores conocidos, apoyándose en las teorías médicas de Galeno (que poco tuvo que ver con los veterinarios), y finalizando el apartado con las tradicionales referencias a la veterinaria bizantina observada a través de la *Geopónica* y la *Hipiátrica*.

A pesar de todo, y aunque no represente aportación alguna a nuestro propósito, el trabajo de Karasszon es brillante y significó una buena aportación sintética, en su momento, a la historia de la veterinaria como disciplina.

Finalmente, la obra más conocida o popular de historia de la veterinaria publicada recientemente data de 1996 y procede de los Estados Unidos de Norteamérica. Así, la obra de Dunlop y Williams es, como su propio título indica, una obra grandiosa por tamaño y especialmente por su cuidada iconografía.²⁶ Si bien es cierto que dedica capítulos a griegos, romanos e Imperio Bizantino, sus aportaciones (aparte de la iconografía) son escasas, colocando al final, además, las referencias bibliográficas sin detallar, con lo cual difícilmente se acierta con las fuentes que maneja. En líneas generales plantea la aproximación habitual, ya vista, en cuanto al acceso a los principales autores grecorromanos y la observación y explicación de sus textos.

Nada nuevo hemos visto desde entonces, en el apartado de historia de la veterinaria hecha por veterinarios, en el campo que nos ocupa.

Así pues, recapitulando, podemos observar que aparte de la monografía de Robin Walker, solamente se estudia la veterinaria grecorromana, por los veterinarios, dentro del más amplio contexto de las obras genéricas que tratan de la historia de su profesión. En ese punto distinguimos en primer lugar lo que podríamos denominar la “vía veterinaria”, caracterizada por la aproximación de los propios veterinarios a las obras más conocidas de aquellos que escribieron sobre temas propios, de

²⁶ R.H. Dunlop, D.J. Williams, *Veterinary medicine. An illustrated history*, Mosby, St. Louis, 1996.

donde extraen conocimientos no sólo en cuanto a la medicina animal, cría y explotación de animales, especies consideradas, etc., sino también aspectos sociológicos de la profesión veterinaria de aquel tiempo. En este caso, de manera inteligente como hemos visto fundamentalmente en Moulé y Leclainche, se aprovechan conocimientos de otras áreas científicas o culturales claramente alejadas de la veterinaria, como la filología grecolatina, la arqueología, la epigrafía, etc. Hay que decir al respecto que ésta es la vía válida y fundamental que, lamentablemente y a pesar de su temprana utilización (siglo XIX), no fue seguida mayoritariamente por los autores de historia de la veterinaria.

La segunda vía procede de un más rápido y cómodo acercamiento a la historia de la medicina, de la que por simple extrapolación y utilizando el recurso de las principales obras de los tratadistas grecorromanos, se pretenden extraer conceptos de la profesión veterinaria grecorromana. Como hemos visto, esta segunda vía, que podríamos denominar de “historia de la medicina”, sólo proporciona repeticiones a lo largo del tiempo, con leves cambios a partir de algún dato aislado, y por ello no puede considerarse una vía con futuro, puesto que se agota en sí misma al discurrir de una forma recurrente.

En este sentido, estamos completamente de acuerdo con las conclusiones a las que llega Cam²⁷ en el coloquio internacional sobre la medicina veterinaria antigua, celebrado en Brest en 2004, y de participación multidisciplinar, cuando escribe:

“Los bueyes y los caballos, los asnos, las mulas, están en el corazón de las actividades de la antigüedad, desde el mundo homérico a los últimos decenios de la antigüedad tardía. Fuerza de trabajo, medio de transporte, ofrenda a los dioses, fuentes de placer o de gloria personal, compañeros cotidianos tanto en las obras durante la paz o las empresas guerreras, objetos de codicia y proveedores de beneficios, reclaman atenciones perma-

²⁷ M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 295-296.

nentes; la vigilancia y la protección de sus propietarios suscitan el elogio y el reconocimiento de los hombres de letras. Los atentos cuidados de los hombres para estos auxiliares familiares constituyen el hilo director de este libro.

Antes de organizarse como *ars* completamente, el tratamiento de los animales enfermos es una componente del mundo rural: el mantenimiento, la prevención, la observación, los métodos de entrenamiento ecuestre, las medidas profilácticas (magia, amuletos), forman lo esencial de las prácticas y consejos dispensados. El arsenal terapéutico se completa con algunas recetas y remedios. De tradición completamente oral y empírica, las terapias y las buenas gestas se transmiten entre pastores y mayores. Sin abandonar la esfera de la *res rusticae*, la medicina veterinaria, *ars veterinaria* o *mulomedicina*, se dota muy tardíamente de tratados independientes tanto en griego como en latín (especialmente en el siglo IV d.C.), y ello, sin duda, por impulso de los progresos militares y del papel creciente de la caballería.

Estos tratados, testigos perdidos pero supervivientes a través de las compilaciones, o testigos lacunares, fragmentados, empleados, reactualizados, reformados, enriquecidos, traducidos a otras lenguas (árabe, lenguas románicas), han atravesado las edades, inspirado nuevos tratados (Renacimiento, Edad Media). La transmisión de estas fuentes escritas, tradiciones directas e indirectas, su filiación, son el objeto de estudios minuciosos, prolegómenos indispensables para un conocimiento seguro de los textos y su consolidación crítica fiable.

Son indispensables los intercambios disciplinares en este campo entre arqueólogos, historiadores, lingüistas, filólogos, veterinarios, gentes del caballo, etc., contribuyendo con sus experiencias, sus miradas cruzadas sobre los textos y las técnicas, para volver las prácticas antiguas menos oscuras, las palabras y las cosas accesibles al lector contemporáneo, a restituir una realidad perdida u olvidada, un universo de pensamiento que se ha vuelto extraño. Se abren nuevas vías de investigación: datación de obras y de autores, creatividad léxica, hechos de lengua hablada y tardía, popular o culta, influencia de la medicina humana, problemática económica y social, conocimientos sobre el mundo animal, ...”

Por todo ello, es nuestro deseo plantear al respecto

UNA PROPUESTA DE TRABAJO

Razón tiene el sentir popular cuando discrimina perfectamente entre predicar y dar trigo. Y después de predicar durante las páginas anteriores es preciso comenzar a dar trigo, puesto que ya nos hemos quejado bastante.

De esta manera, nos parece fundamental:

1º. Un trabajo basado en la elaboración de monografías sobre la historia de la veterinaria, mucho más manejables y revisables ante los constantes cambios de teorías y explicaciones, o adiciones al conocimiento, que cada cierto tiempo experimentamos. En ese sentido planteamos con nuestro trabajo las primeras líneas de una monografía sobre la veterinaria romana o grecorromana, ya que ambas están muy cercanas y unidas a lo largo del tiempo, como pretendemos consignar.

2º. Ser conscientes de que, en el actual estado del arte, es imposible acometer este tipo de estudios monográficos desde la perspectiva de una vía exclusivamente veterinaria. Ya que no tenemos conocimientos suficientes para acudir a las fuentes textuales (conocimiento del griego y latín al suficiente nivel), ni tampoco es posible dedicarnos sistemáticamente a las excavaciones en campos arqueológicos para tratar de descubrir lo que lleva siglos oculto.

3º. Considerar en este ámbito que nos ocupa, que el conocimiento que perseguimos únicamente se puede alcanzar a partir de la integración en un sumatorio del conjunto de saberes especializados en diferentes campos capaces de dar luz a todos, o al menos a una buena parte, de los interrogantes propuestos.

Por todo ello, a estas alturas es obvio que debemos ser conscientes de que una aproximación realista a la veterinaria romana, o grecorromana si se quiere, no se puede llevar a cabo razonablemente sin utilizar datos y conocimientos procedentes de las fuentes escritas, los textos conocidos de los tratadistas de temas agrícolas y veterinarios. Que han sido adecuadamente traducidos pero que todavía conocen revisiones alternativas basadas en interpretaciones distintas, donde se pueden apreciar desde diferencias en el estilo de su autor, que hacen pensar en adiciones posteriores a cargo de los traductores, hasta porcio-

nes alteradas según el origen de las copias conservadas, pasando por la atribución de nuevos o diferentes sentidos a determinadas palabras por parte de los filólogos clásicos, que muchas veces inciden en la propia comprensión de la obra.

En este sentido, no podemos más que estar totalmente de acuerdo con Gitton-Ripoll²⁸ cuando indica en sus conclusiones:

“Las investigaciones en medicina veterinaria antigua sólo pueden ser el fruto de la colaboración entre filólogos y veterinarios. Estudiar las enfermedades a partir de un texto corrompido sólo ofrece un interés escaso; para los filólogos no especializados en la medicina veterinaria y sus términos técnicos, es imprescindible la ayuda de un práctico. Un investigador actualmente debe ajustarse a las dos fuentes so pena de no ser técnico o de no referirse al texto adecuado”.

Ni más ni menos esta tarea es la que podemos encontrar, dando además buenos frutos, en trabajos como el de Cordero del Campillo²⁹ en el cual un parasitólogo, junto con varios filólogos, tratan de poner de manifiesto a través de una inscripción epigráfica y los datos epidemiológicos recopilados en los textos latinos, si *Verminus* era una divinidad dedicada a la helmintiasis humana y/o animal; algo complicado de desentrañar desde una perspectiva puramente filológica o puramente veterinaria.

Pero además es preciso también recurrir al resto de fuentes no especializadas, y así, qué decir de la siempre inacabada actividad de los arqueólogos, que continuamente consiguen aportar nuevos datos a partir del estudio de los materiales excavados pero que no siempre consiguen explicar por sí mismos, y que dan ocupación a los expertos en epigrafía³⁰ que a su vez devuelven al mundo, en ocasiones, partes de la vida de algún muloméxico honrado en la correspondiente inscripción.

²⁸ V. Gitton-Ripoll, “L’art vétérinaire de Pelagonius ou l’exercice de l’hippatrie au IV^eme siècle ap. J.-C.: L’édition des textes vétérinaires latins et grecs”, *Bull. Soc. Fr. Hist. Méd. Sci. Vét.* 2 (2003): 20-30.

²⁹ M. Cordero del Campillo, “On the Roman god Verminus”, *Hist. Med. Vet.* 24:1 (1999): 11-19.

³⁰ Una prueba del interés de la epigrafía lo constituye la monografía de C. Chanderon, *L’élevage en Grèce (fin Ve-fin Ier s.a.C.). L’apport des sources épigraphiques*, Ausonius, Bordeaux, 2003.

De esta manera nos parece revelador y claro ejemplo del significado de multidisciplinariedad el trabajo de Bliquez y Munro³¹ que, desde el punto de vista del análisis filológico, trata de explicar la utilidad de dos instrumentos hallados en Pompeya y para los cuales no se conocía utilidad aparte la de ser piezas de instrumental médico. Aquí, obviamente, hay varios campos del conocimiento claramente implicados en una finalidad común. No debemos olvidar que este mismo problema ya ha sido detectado por otros autores como Gitton-Ripoll,³² cuando indica claramente que no existen trabajos hechos cuyo propósito sea el estudio específico de los instrumentos veterinarios, razón por la cual los arqueólogos encuentran instrumentos a los que no pueden dar nombre.

O los restos de animales capaces de proporcionarnos una idea de la selección animal, diferentes razas y aptitudes productivas, así como las patologías más frecuentes capaces de reconocerse en dichos restos, y sin olvidar los curiosos enterramientos de animales, muchas veces de compañía, que demuestran un elaborado sentimiento hacia los mismos, y reconocidos ya desde el siglo IV en Atenas, como el perro enterrado con ofrendas e inscripción epigráfica que señala Bodson.³³

Para calibrar las mejoras en la selección animal que los romanos pusieron en marcha y los resultados obtenidos en cuanto al incremento de tamaño de los caballos y bueyes, es fundamental la zooarqueología. A modo de ejemplo, está contrastado el cambio en la talla de los animales domésticos que introduje-

³¹ L.J. Bliquez, E.J. Munro, "Paulakion and securicella: Two hitherto unidentified Greco-Roman veterinary instruments", *Mnemosyne* 60 (2007): 490-494.

³² V. Gitton-Ripoll, "Sur quelques noms d'instruments de chirurgie et de contention conservés pour les textes vétérinaires latins". En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 251-269.

³³ L. Bodson, "Aperçu du comportement envers les animaux d'élevage chez les producteurs et les utilisateurs de l'antiquité grecque et romaine". En: C. Guintard y C. Mazzoli-Guintard, *Élevage d'hier, élevage d'aujourd'hui*, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2004, p. 39.

ron los romanos a partir de la conquista de la Galia y la caída en dichos índices que ocurrió en el mismo lugar tras la caída de Roma.³⁴ Hecho que, por supuesto, no fue mérito de los veterinarios. Lo mismo puede decirse acerca de las excavaciones realizadas en los lugares donde se asentaron destacamentos romanos, por la cantidad y variedad de los restos óseos de los animales consumidos, con interesantes conclusiones.³⁵

Singularmente importante también se revela la actuación de los lexicógrafos, quienes además de dar sentido a diferentes palabras, nos proporcionan la certeza, o la duda, de si había o no un lenguaje técnico propio de los veterinarios, que les hacía diferentes a otros sanadores o, por el contrario, les asimilaba a otro grupo social. De si aquel lenguaje perduró y acabó integrándose en nuestra actividad diaria. De si trascendió, en suma.

El apartado de la sociología profesional que permite apreciar el estrato social del veterinario y sus relaciones, viene proporcionado por los expertos en temas de jurisprudencia, contratos comerciales, testamentos, sentencias y castigos, normativas ciudadanas, aspectos económicos y, por supuesto, aquellas actividades dependientes directamente del Estado como el ejército o el servicio de posta imperial.

Y todo esto, como es lógico, sin olvidar los datos proporcionados por una historia de la medicina (y por extensión, de la salud y la enfermedad) trabajada desde mucho tiempo atrás por las grandes escuelas internacionales, así como los muy importantes datos procedentes de una historia de los usos y costumbres agrícolas fuertemente implicados en la actividad veterinaria, debido al trabajo conjunto que representaban y que, a menudo, encontramos en las obras de poetas y prosistas, que nos proporcionan una masa importante de conocimientos sobre los animales de cría y su implicación en la vida cotidiana.

³⁴ R.M. Arbogast, P. Méniel, J.H. Yvinec, *Une histoire de l'élevage. Les animaux et l'archéologie*, Errance, Paris, 1987. A resaltar el capítulo sobre la revolución agronómica romana en Galia.

³⁵ A.C. King, "Animals in the Roman army: the evidence of animal bones". En: A. Goldsworthy and I. Haynes (ed.), *The Roman Army as a Community*, Portsmouth, Rhode Island, 1999, pp. 139-149.

Algo similar a lo que podemos encontrar en las representaciones iconográficas de todo tipo, que proporcionan datos desde la vida cotidiana (animales trabajando, cacerías con perro, animales salvajes del circo, caballos de carreras, etc.) a las ceremonias litúrgicas, fiestas, o incluso estelas funerarias dedicadas a animales de compañía.

Y así resultan especialmente abundantes las aportaciones en forma de estudios que ponen de manifiesto la importancia en la relación del hombre con los animales de todo tipo, no solamente domésticos, y sin excepción en todas las culturas y civilizaciones, de las cuales se pueden encontrar múltiples ejemplos. Desde la alimentación y vestido a los sacrificios religiosos, desde el puro interés comercial de su producción y venta al plano puramente afectivo del animal de compañía, desde su mera observación a la posesión de animales exóticos como símbolo de poder.

Por todo ello, sin perder de vista todos los puntos descritos anteriormente, y posiblemente sumando algún aspecto más, pretendemos elaborar una visión de la práctica veterinaria que se enriquezca más de otros conocimientos, distintos a los que proceden de la simple lectura y análisis de los textos tenidos como tradicionales. A partir de los resultados podremos saber si nuestro empeño acaba coronado por el éxito, o bien debe ser calificado como otro intento más. En todo caso, y por más que nos disguste, somos conscientes de que entonces lo animal no era patrimonio exclusivo del veterinario, ni la ganadería, ni el control de los alimentos, por más que el futuro, como sabemos, deparara lo que ahora conocemos.

UNA PRIMERA APORTACIÓN: EL PARALELISMO GRECIA-ROMA

No parece razonable tratar aisladamente la historia de la veterinaria griega o romana de una manera independiente, ya que además de la relativa cercanía geográfica, forman parte de una cultura propiamente mediterránea interconectada y dependiente a lo largo del tiempo. De esta manera, es imprescindible hacer referencias constantes al desarrollo histórico griego para comprender la historia romana. Y si bien el desarrollo históri-

co romano es posterior en algunos siglos al griego, se verá profundamente influido a lo largo del tiempo y, a su vez, influirá en el desarrollo histórico griego hasta constituir a partir del Imperio Bizantino los últimos y prolongados vestigios del mundo clásico romano. Esto es especialmente notorio cuando consideramos la etimología del lenguaje técnico médico o veterinario.

A modo de ejemplo parece interesante consignar la que se tiene por la primera vez que aparece el término latino *mulo-medicus* en una inscripción griega en Sosandros (Lidia), que alude a Menekrates:³⁶

“La ciudad ha honrado a Menekrates, hijo de Polyides, un mulomédico, filósofo, héroe, logista, estratega, gimnasiarca, pritano, agonoteta”.

Observamos que se trata de un alto personaje de la ciudad, que además era veterinario. En todo caso vemos cómo términos latinos son adoptados por los griegos con el paso del tiempo, originando un intercambio cultural de ida y vuelta.

Con respecto a nuestro conocimiento actual sobre el inicio de la cultura griega, es preciso citar las culturas minoica (Creta) y micénica (Micenas, o Argos), entre 2000-1200 y 1450-1200 a.C. respectivamente, relatadas posteriormente por Homero en *La Ilíada* y *La Odisea*, y cuyos restos arqueológicos se van recuperando poco a poco. No hay restos escritos, pero sí sabemos de los contactos que se mantuvieron con distintos pueblos del entorno mediterráneo, por lo que la existencia de material en forma de tablillas escritas en alfabeto ugarítico y con un contenido explícito como es el titulado *Documento de terapéutica para caballos*,³⁷ que contiene recetas hipiátricas más que asuntos hípicas o hipológicos, por su hallazgo datado entre 1450 y 1180 a.C. y descubierto en Ras Shamra (Ugarit) en la actual Siria, nos debe hacer pensar que el conocimiento de medidas tera-

³⁶ A.A. Tsaknakis, “Veterinarian Menekrates, a philosopher, hero and magistrate of the Greco-Roman period”, *Hist. Med. Vet.* 4:3 (1979): 58-59.

³⁷ D. Pardee, *Les textes hippiatriques*, Ras Shamra-Ougarit II, Editions recherche sur les civilisations, mémoire n° 53, Paris, 1985.

péuticas de aplicación en équidos ya estaba diseminado en el área mediterránea. Máxime cuando Pardee comenta la existencia de textos acadios e hititas que tratan del adecuado entrenamiento del caballo, y algunos datan del siglo XXIV a.C., si bien el más conocido es el método de entrenamiento de Kikkuli para los carros de combate hititas, encontrado también en tablillas (en cuatro tablillas), datado alrededor de 1400 a.C. en Mitani (norte de Siria), y a partir del cual se elaboró un método de entrenamiento de caballos que se utiliza actualmente, y difundido por Ann Nyland.³⁸

Los propios griegos, que tenían inicialmente una rudimentaria escritura bisilábica consignada en tablillas datadas hacia 1450-1200 a.C.,³⁹ parece que se inspiraron en la escritura fenicia⁴⁰ para elaborar su alfabeto, del cual se han datado en el siglo VIII a.C. los primeros testimonios de su empleo (el ejemplo más antiguo disponible y que ha llegado hasta hoy, según Fox,⁴¹ es de 770 a.C.).

Así pues, y de acuerdo con López Piñero,⁴² la posición geográfica de los pueblos griegos les permitió el contacto rápido con las grandes culturas arcaicas, especialmente la egipcia y las asentadas en o cerca de Mesopotamia, así como Tracia, Lidia, Creta, etc. Y esta realidad descarta radicalmente la etérea interpretación de un “genio griego” especial que hace brotar el conocimiento mediante generación espontánea en aquel lugar concreto.

Se considera que el territorio de Grecia era pobre y debía soportar una enorme población (unos 30 millones de personas entre 900-750 a.C.)⁴³ muy dispersa, por lo cual la importancia

³⁸ A. Nyland, *The Kikkuli method of horse training*, Maryannu Press, Sidney, 2009.

³⁹ R.L. Fox, *El mundo clásico. La epopeya de Grecia y Roma*, Crítica, Barcelona, 2007, p. 47. También se puede encontrar en: VV.AA., *Historia de la humanidad*, Planeta, Barcelona, 1979, tomo 2, p. 89.

⁴⁰ R.L. Fox, *El mundo clásico*, p.67.

⁴¹ *Ibid.*, p. 47.

⁴² J.M. López Piñero, *La medicina en la antigüedad*, Cuadernos Historia 16, nº 256, Madrid, 1986.

⁴³ R.L. Fox, *El mundo clásico*, p. 59.

de los rebaños de herbívoros que aprovecharan los menguados recursos era fundamental, lo mismo que la población de équidos. A su vez, la superpoblación forzaría la emigración y colonización del Mediterráneo y mar Negro, y primeramente en los lugares más cercanos. Caso de la península Itálica y Sicilia, de manera que en el siglo VIII a.C. ya se encuentra fundada Sibaris en el sur de Italia (c. 720), luego Masilia (Marsella, c. 600-550) y, por supuesto, colonias en España y norte de África, de manera que el conocimiento y recorrido de todo el Mediterráneo es completo. Algunos estudiosos de la historia antigua colocan la obra de Hesíodo, *Los trabajos y los días*, como exponente de la crisis agraria y la superpoblación que originaron la colonización griega del Mediterráneo, precisamente por ser coetánea, ya que dicha colonización comenzó en el s. IX a.C. en dos oleadas,⁴⁴ la primera hacia Crotona (Italia meridional) y la segunda hacia Sicilia a través del estrecho de Mesina.

La capacidad de absorción de conocimientos, y posteriormente la integración en su propia cultura, por parte de los griegos con respecto a las diferentes culturas y civilizaciones de su entorno está fuera de toda duda. Fox⁴⁵ se explica así la famosa predicción exacta por Tales de Mileto de un eclipse de sol en 585 a.C., a partir de los datos recogidos durante siglos por los babilonios.

Si nos fijamos en la medicina griega como profesión similar a la veterinaria, es preciso tener en cuenta que no existió ni la enseñanza organizada de la misma ni su reglamentación específica, ni por supuesto la titulación. De manera que se tenía por médico a quien se presentaba como tal y actuaba en consecuencia. El aprendizaje era artesanal y a menudo familiar, pero en todo caso del tipo de enseñanza por pasantía, aprendiendo y ejercitándose con figuras más o menos reconocidas. Así pues, los médicos pertenecían al grupo social de los artesanos y muchos de ellos eran esclavos, de manera que un cierto prestigio social sólo estaba al alcance de unos pocos. Lo mismo

⁴⁴ A. Cecio, "Cuma nella storia della Medicina Veterinaria". En: *Atti V Convegno Nazionale di Storia della Medicina Veterinaria*, Grosseto 22-24 giugno 2007, pp. 1-2.

⁴⁵ R.L. Fox, *El mundo clásico*, p. 124.

iba a ocurrir en Roma, con un único intento por institucionalizar la enseñanza a finales del siglo III d.C. debido al abandono de los médicos griegos de una ciudad en evidente declive.⁴⁶

Con el tiempo, en Roma se asistiría a una especialización de la medicina con individuos supuestamente expertos en el tratamiento de afecciones oculares, auriculares, dentales, parteras, cirujanos, estableciéndose ya diferencias entre médicos y cirujanos que se consolidarían hasta la Edad Media.

Por todo ello, si ésta era la situación de la medicina humana, podemos pensar con fundamento que la de la medicina animal sería análoga y en un plano inferior.

Algo que no nos ha dejado satisfechos a la hora de documentarnos acerca de la historia de la veterinaria grecorromana ha sido, por una parte, el vacío de datos hasta los principales tratadistas (Catón, Columela, etc.) y, posteriormente, la sobreabundancia de obras, sin conexión en general con el desarrollo griego, dando la impresión de una explosión de origen desconocido en lo que se refiere a los conocimientos sobre la medicina veterinaria.

Por ello nos parece imprescindible un desarrollo cronológico del material disponible en la cultura griega y en la romana, para tratar de comprender cómo y por qué se origina el desarrollo posterior tras siglos de silencio.

Así pues, tanto la península Itálica como el propio territorio al que denominamos Grecia, con más razón, están geográficamente muy cercanos del denominado “creciente fértil” (por su forma de media luna), región que abarca Mesopotamia hasta la costa mediterránea y sur de Anatolia hasta el golfo Pérsico,⁴⁷ donde se supone, con bastante margen de acuerdo, que se dieron las condiciones idóneas para la revolución que supuso la agricultura, y posiblemente la ganadería.

También están documentados relativamente los intercambios comerciales de esas zonas con Egipto y Grecia, a partir de

⁴⁶ J.M. López Piñero, *La medicina en la antigüedad*, p. 30.

⁴⁷ J. Diamond, *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, 3ª ed., Debate, Barcelona, 2006, pp. 153-182.

caravanas de cuadrúpedos como asnos, mulas, etc.⁴⁸ en el segundo y tercer milenio antes de Cristo. Todo ello supone diseminación de conocimientos en cuanto a la producción, manejo y cuidados de los animales domésticos, y especialmente los équidos (asnos, mulos y caballos), donde los asnos son utilizados masivamente en las caravanas comerciales asirias hacia Anatolia, a lo largo de cientos de kilómetros, con una carga de 90 kgs cada uno, y cuyo precio era de 20 shekels (170 g de plata) y los arreos 2-3 shekels (unos 20 g). Algunas caravanas constaban de hasta 300 animales y 80-100 conductores (cada uno llevaba unos 3 asnos). En destino los asnos se vendían y sólo se conservaban los necesarios para acarrear el oro o plata procedente del precio pagado por las mercancías, lo que facilitaba su dispersión, con lo cual, a través de intercambios comerciales, su uso se diseminó rápidamente.

Las mercancías pesadas o voluminosas se transportaban en carros tirados por bueyes o burros, lo que a su vez facilitó igualmente su dispersión.

Con respecto al caballo, si bien era utilizado como animal de guerra, se trataba de animales muy caros, lo que hacía su comercio escaso y raro siendo mucho más frecuente el comercio de híbridos (mulos), que permitían prácticamente lo mismo que los caballos. En todo caso, ya se conocían cuáles eran los mejores animales para llevar cargas (los asnos oscuros de Anatolia), con lo cual la selección racial estaba bien asentada, los más resistentes, los más frugales, los más dóciles...

Así pues, es cierto que no hay datos tan antiguos acerca de Grecia o Italia, si bien podemos utilizar algunos trabajos acerca de épocas más recientes que ponen de manifiesto lo extendido de las costumbres agroganaderas en aquella zona geográfica, como por ejemplo el registro de animales de renta hallados en

⁴⁸ C. Michel, "The *perdum*-mule, a mount for distinguished persons in Mesopotamia during the first half of the second millenium BC". En: B. Santillo Frizell (ed.), *PECUS. Man and animal in antiquity. Proceedings of the conference at the Swedish Institute in Rome, september 9-12, 2002*, The Swedish Institute in Rome, Rome, 2004, pp. 190-201.

tablillas del palacio de Knosos hacia 1400 a.C.,⁴⁹ que incluyen las anotaciones de animales como bueyes, cabras, cerdos, caballos y muchas ovejas. Al respecto de las 5.000 tablillas encontradas, unas 800 contienen referencias a la cría de óvidos y cápridos, proporcionando información detallada acerca de la composición numérica e identidad del rebaño (número de ovejas, corderos, machos...), producción de lana, ubicación del rebaño, nombre del pastor, y a veces información sobre otras personas. Las tabletas que mencionan sólo a los pastores eran de propiedad del palacio y muestran detalles como el nombre del pastor que tenía que garantizar la buena salud del rebaño, la producción de un determinado número de corderos y de una cantidad de lana. Otras tablillas hacían referencia a otros personajes que habían recibido rebaños como recompensa. Un grupo de tablillas que se referían a los cápridos aportan datos acerca de la matanza de algunos animales y el número de cuernos recogidos.⁵⁰

También se dispone de los hallazgos proporcionados por los restos de animales, en los que se ha estimado cómo fue la evolución de las explotaciones animales en la Italia central desde la Edad del Bronce (2000-700 a.C.) hasta el periodo clásico,⁵¹ por lo que sabemos que en la Edad del Bronce había una integración clara entre agricultura y ganadería, pero que al comienzo de la etapa romana, el cambio en las condiciones demográficas

⁴⁹ H. Landenius Enegren, "Animals and men at Knossos- the Linear B evidence". En: B. Santillo Frizell (ed.), *PECUS. Man and animal in antiquity. Proceedings of the conference at the Swedish Institute in Rome, september 9-12, 2002*, The Swedish Institute in Rome, Rome, 2004, pp. 12-19.

También interesante el más reciente trabajo de A. De Luca, S. Paino, "Allevamento ovicaprino e transumanza nella Grecia dell'età del bronzo". En: *Atti V Convegno Nazionale di Storia della Medicina Veterinaria*, Grosseto 22-24 giugno 2007, pp. 59-63.

⁵⁰ G. Paino, M. Perna, "L'allevamento ovi-caprino nella Grecia micenea". En: *Proceedings 35 International Congress of World Association for the History of Veterinary Medicine*, Grugliasco (Turin), Italy, september 8-11, 2004, pp. 139-144.

⁵¹ J. De Grossi Mazzorin, "Some considerations about the evolution of the animal exploitation in Central Italy from the Bronze Age to the Classical period". En: B. Santillo Frizell (ed.), *PECUS. Man and animal in antiquity. Proceedings of the conference at the Swedish Institute in Rome, september 9-12, 2002*, The Swedish Institute in Rome, Rome, 2004, pp. 38-49.

hizo que el cerdo (más rápido de engordar, más numeroso y más barato de criar) pasase a ser una parte importante de la dieta, con un pico máximo en la etapa imperial y decayendo tras el saqueo de Roma en 410 d.C., como consecuencia de la disminución de la población.⁵² Esto contrasta con el predominio de ovejas y cabras en la etapa final de la Edad del Bronce, en cuanto a la producción de carne, con animales que se sacrificaban entre los 2-3 años, y al parecer de manera satisfactoria, ya que, en paralelo, los restos de caza de grandes mamíferos (ciervos, jabalíes) casi desaparecen, posiblemente porque no eran necesarios. Ya hacia el siglo III a.C. posiblemente aumentó la explotación de lana, porque las ovejas se sacrifican con más de 3 años, incrementándose el consumo de cerdos.

Con respecto a la información en cuanto a medicina animal, ya al inicio de la utilización del alfabeto griego que habría de perdurar y extenderse por el mundo, encontramos *La Ilíada* y *La Odisea*, escritas por **Homero** en el siglo VIII a.C. (datadas imprecisamente entre 800 y 670 a.C.), donde ya se pueden hallar testimonios sobre la cría y manejo del ganado,⁵³ si bien no hay datos acerca del ejercicio de la medicina veterinaria o sus detalles, excepción hecha de la descripción de una posible epizootia de la cual aporta escasos datos.

Algo similar se podría decir acerca de **Hesíodo** (710-700 a.C.), campesino y poeta, del que se pueden extraer también datos acerca de la cría y cuidados de los animales⁵⁴ en cuanto a su utilidad en el campo, en su obra *Los trabajos y los días*, obra que señala una tendencia que sería seguida por los autores romanos que se ocuparon de la agricultura y la ganadería, escrita en forma de consejos de todo tipo para quien desea vivir en

⁵² A través de diferentes restos pictóricos, escritos, y en monedas, vidrios y relieves, ha quedado de manifiesto la cría del cerdo y sus diferentes razas como ponen de manifiesto J. Schaeffer, H. Meyer y P.R. Franke en su trabajo "Domestic pigs in antiquity. Morphology and husbandry". 35 International Congress of World Association for the History of Veterinary Medicine, Grugliasco (Turin), Italy, september 8-11, 2004, pp. 145-148.

⁵³ R. Seynave, "L'élevage en Grèce archaïque dans la vision d'Homère", *Bull. Soc. Fr. Hist. Méd. Sci. Vét.* 4:1 (2005): 10-19.

⁵⁴ L. Bodson, "Aperçu du comportement envers les animaux d'élevage".

el campo dedicado al cultivo de la tierra y a la cría de los animales. Trata a la agricultura como una actividad sagrada. Se podrá apreciar un estilo muy parecido en la primera obra escrita por un romano, *De re rustica* de Marco Porcio Catón.

También coetáneo sería el autor conocido como **Simón de Atenas**, del siglo V a.C. (470-402), tratadista de equitación, citado por Jenofonte por su obra *Sobre la elección del caballo*, que no trata de hipiatría pero sí sobre la doma y el manejo del caballo. De esta obra tan sólo se conoce un fragmento conservado en Cambridge, según Guntiñas.⁵⁵

Más tarde siempre son señaladas las obras de **Jenofonte** (435-c. 355 a.C.), especialmente las conocidas como *El jefe de la caballería*, *De la equitación* y *De la caza*, englobadas junto con otras *Obras menores*.⁵⁶ Las obras denominadas *El jefe de la caballería* y *De la equitación* son complementarias, y ambas son tratados técnicos de características francamente didácticas, escritas por una persona que tiene una amplia experiencia como jefe de caballería y como jinete. En general consisten en una serie de consejos, que dedican una buena parte de su contenido a la importancia de tener en buen estado a los caballos a partir de su adecuada nutrición, estabulación, entrenamiento, cuidado de los cascos, desde el punto de vista de que las posibilidades de la caballería están ligadas indefectiblemente al caballo como instrumento.

Más específicamente, en *De la equitación* se trata de las maniobras necesarias para elegir adecuadamente al caballo sin sufrir engaños, fijándose en aspectos básicos como la conformación, edad, tipo de doma, de nuevo apariencia de los cascos (que sean de paredes gruesas, altos para mantener alejada la ranilla, que suenen contra el suelo “como un címbalo”, etc.). Proporciona claras indicaciones zootécnicas acerca de la mejor elección posible según sus caracteres apreciables, seguido de algunos consejos acerca del inicio de la doma, el manejo, o bien el reconocimiento de un caballo adulto y domado para evitar engaños.

⁵⁵ O. Guntiñas Tuñón, *Jenofonte. Obras menores*, 1ª reimpresión, Gredos, Madrid, 2008, p. 195.

⁵⁶ *Ibid.*

Ambas obras tienen la pretensión de servir a modo de manual de uso de la caballería con fines bélicos, escritas con una buena sistematización y orden, que reúne desde la estabulación, técnicas de entrenamiento, modos de gobernar y montar el caballo, su mantenimiento, etc. Si bien es cierto que incluye algunas referencias a la laminitis, agotamiento y el “exceso de sangre”, no puede considerarse en modo alguno ni siquiera como un texto protoveterinario, puesto que no se ocupa de las patologías del caballo ni de cómo tratarlas.

Finalmente el tercer opúsculo, *De la caza*, al que se atribuye una autoría compartida (todavía en discusión), contiene de un total de 13 capítulos, 4 dedicados a los perros y que tratan de aspectos como las razas y sus características para la caza y el rastreo (capítulo 3º), las mejores características a considerar en los perros, cómo deben ser físicamente y sus capacidades para la caza (capítulo 4º), el adiestramiento que deben recibir para su mejor aprovechamiento (capítulo 6º) y, finalmente, las cuestiones relevantes en cuanto a cría y reproducción (capítulo 7º). El resto de capítulos se refieren a las distintas especies cinegéticas y diferentes técnicas de caza.

De esta forma, estas obras menores de Jenofonte inauguran un modo de hacer las cosas que marcaría una vía para las obras que seguirían, donde más que temas de medicina veterinaria, lo que vamos a encontrar son obras de zootecnia entendidas como la mejora de los animales orientada a su mejor aprovechamiento económico.

Algo más tarde, **Aristóteles** (384-322 a.C.) proporciona muchos datos a partir de su enorme producción escrita conocida, mucho más cercana a la observación biológica que a la veterinaria. Y así, cabe señalar su *Historia de los animales* en 10 libros, *De las partes de los animales* en 4, *Marcha de los animales*, *Investigación sobre los animales*, *Movimiento de los animales*, *Fisiognómica*, *Reproducción de los animales*.⁵⁷ Todo ello, en opi-

⁵⁷ E. Sánchez, *Aristóteles. Reproducción de los animales*, Gredos, Madrid, 1994.

nión de Jiménez y Alonso,⁵⁸ hace que Aristóteles pueda ser considerado el fundador de la zoología, anatomía y botánica como disciplinas científicas, siendo *De las partes de los animales* la primera anatomía comparada de que se tiene noticia. En total, su *De animalibus* traducido al latín consta de 19 libros, a partir de la traducción árabe de donde se vertió al latín en la Edad Media. Por lo que se refiere a la *Fisiognómica*,⁵⁹ Aristóteles relaciona los rasgos físicos de los animales con los del hombre, incluyendo cualidades y defectos. En todo caso, proporciona múltiples datos en sus obras en cuanto a la nutrición y manejo de los animales, nombrando enfermedades con sus síntomas, si bien tan sólo describe la sangría como tratamiento de algunas de ellas.

También se suele citar una obra de **Timócrates** (341-270 a.C.) sobre la epilepsia en el hombre, donde describe sucintamente el torneo del carnero (cenurosis) aludiendo a la opinión de “los expertos”, por lo que se podría deducir que había propiamente médicos de animales.

Algunas obras perdidas, pero citadas por otros autores, hablan de **Astrampsico**, un mago persa, autor de una obra médica recopilatoria de tratamientos para enfermedades de los burros; y **Cteodamas de Acnoi** (Tesalia), autor de una obra de equitación, citada por Estéfano de Bizancio.

Como vemos, no hay tratados de medicina animal propiamente dichos sino recopilaciones de remedios, posiblemente fruto de una práctica puramente empírica, o vagas alusiones a personas que se dedicaban a la medicina veterinaria. En todo caso, y como temas, priman el manejo y cuidados genéricos así como las cuestiones relacionadas con la hipología y la equitación.

Sin embargo, sigue siendo cierto el aserto de Léon Moulé⁶⁰ cuando escribía que para tener nociones adecuadas sobre los veterinarios, había que considerar los periodos griego y roma-

⁵⁸ E. Jiménez Sánchez-Escariche, A. Alonso Miguel, *Aristóteles. Partes de los animales. Marcha de los animales. Movimiento de los animales*, Gredos, Madrid, 2000.

⁵⁹ E. Farias Martínez, *Animales en fuentes árabes y referencias en fuentes griegas*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 2008, pp. 186-187.

⁶⁰ L. Moulé, *Histoire de la médecine vétérinaire*, p. 10.

no, pero que estábamos obligados a contentarnos durante el periodo griego, y una buena parte del grecorromano, con algunas indicaciones dispersas en las obras de filósofos (Aristóteles), médicos (Hipócrates), historiadores (Jenofonte), agrónomos (Catón, Varrón, Columela), y que no será hasta el siglo IV d.C. cuando llegemos a estar ante veterinarios propiamente dichos (Eumelo, Absirto, Hipócrates, Hierocles, etc.).

ROMA Y SUS PECULIARIDADES: LA DIVERGENCIA

En cuanto se refiere al desarrollo cultural de Roma, aun hoy la historia de la primitiva Roma origina considerables disputas por la incertidumbre que proporcionan los datos conocidos. Según Fox,⁶¹ el primitivo asentamiento se sabe con certeza que, ya en el siglo VIII a.C., tanto fenicios como griegos lo visitaron remontando el curso del Tíber con objetivos comerciales, y que en el siglo VII a.C. se abre la “ruta de la sal” para transportar sal desde Ostia a Roma. Sin embargo, hacia 620 a.C. hay una constante transformación de la ciudad, se piensa que influida por una fuerte emigración etrusca, en la que pasan a gobernar los reyes etruscos, los Tarquinos, que ejercen su poder entre 616 y 509 a.C. con un desarrollo político y social que puede recordar vagamente la organización sociopolítica griega.

Con el tiempo, a partir de 500 a.C. comienza a expandirse la hegemonía de Roma y empiezan las relaciones con las colonias griegas, si bien estamos hablando de una población reducida, estimada en unos 35.000 varones en esa época, y por tanto, de posibilidades militares muy limitadas por el momento. En 451 a.C. los romanos se dotan de sus primeras leyes (las XII tablas), algo que los griegos ya habían adoptado siglos antes.

Una constante en Roma iba a ser el continuo estado de guerra con sus vecinos, con invasores, de manera prácticamente continua, algo que no iba a cambiar en mucho tiempo y que convierte en esencial todo lo relacionado con el ejército y la guerra, y en secundario todo lo demás.

⁶¹ R.L. Fox, *El mundo clásico*, pp. 162-163.

Si bien la relación con Grecia en lo cultural y en los intercambios comerciales es amplia y constante, como recuerda Fox,⁶² los romanos se veían muy distintos de los griegos a quienes consideraban frívolos, charlatanes, pagados de sí mismos y poco fiables en cuestiones monetarias. Resulta explícita en este sentido la información que proporciona la carta que escribe Marco Porcio Catón (234-179 a.C.) a su hijo Marco, en relación con la llegada de médicos griegos:⁶³

“Hablaré de aquellos seguidores griegos en su oportuno lugar, hijo Marco, y expondré el resultado a mis preguntas en Atenas, y te convenceré de los beneficios que se sacan de indagar en su literatura, aunque no se haga un profundo estudio de ella. Son una gente despreciable e intratable y debes de considerar como proféticas mis palabras. Cuando esta raza nos transmita su literatura corromperá todo, y sobre todo, si nos envían a sus médicos. Se han juramentado para asesinar a todos los extranjeros con su medicina, y es lo que van a hacer, ganarse crédito y destruirnos fácilmente. Actúan con doblez, echando más inmundicia sobre nosotros que sobre los demás, y nos dan el tonto apodo de *opici*. Te prohíbo que tengas trato con sus médicos”.⁶⁴

Se trataba, pues, del enfrentamiento directo entre la tradición romana y la modernidad aportada por el extraño. Como sabemos, más tarde se puso de moda lo griego como signo de distinción cultural, llegando con Adriano a su máximo apogeo.

Al parecer es en tiempos de Catón cuando aparece escrita por primera vez la palabra *medicus*, en la obra de Plauto *Menechmos*, antes de 215 a.C., siendo su etimología procedente de *medeor* (curar).⁶⁵

El interés primordial de los romanos era la milicia, a la que dedicaban muchos años de su vida, de manera que para ser elegibles para un cargo debían haber cumplido al menos diez años de servicio. Se trataba de consumados jinetes con caballos re-

⁶² *Ibid.*, p. 366.

⁶³ F. Martínez Saura, *La medicina romana (desde la perspectiva de “De Medicina” de A. Cornelio Celso)*, SmithKline Beecham, Madrid, 1996, p. 34.

⁶⁴ *Opici* era sinónimo de bárbaro. Los ópicos eran un pueblo inculdo de la península Itálica.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 39.

gistrados y mantenidos con dinero público,⁶⁶ aportado inicialmente por solteras y viudas y, más tarde, por huérfanos también. Estos caballos eran llamados *equus publicus* y los caballeros debían responder a los censores de los emperadores de su vida pública, de sus servicios militares y también del cuidado que proporcionaban a estos caballos públicos.⁶⁷

De esta manera, entre 200 y 170 a.C. se asiste a la colonización total de la península Itálica, y el triunfo final sobre Macedonia en 167 a.C. supone la completa colonización cultural de Roma a través de la introducción de todo tipo de novedades culturales procedentes de Grecia, por medio de un gran número de esclavos. Tiempo que coincide con las famosas soflamas de Catón el Viejo predicando la austeridad tradicional romana en contra de la filosofía, medicina, teatro y poesía griega; a pesar de que Catón había estudiado en Atenas y su conocida obra sobre la agricultura estaba basada en fuentes griegas.

Por todo ello parece tener explicación que las obras escritas sobre la materia que nos interesa comiencen en este periodo, y no antes, toda vez que hasta entonces todo había sido actividad militar. En esa actividad preponderante, la militar, el caballo tiene una importancia excepcional, a la par que la posta imperial, las estaciones de recambio de équidos del *cursus publicus*, sistema de mensajería rápida que a través de las vías romanas podía recorrer hasta 75 km diarios, y cuya extensión total podía llegar a los 120.000 kilómetros. Sistema que no era original de los romanos ya que el propio Jenofonte lo describe en su *Ciropedia*, puesto que el rey Ciro, para tener conocimiento de lo que ocurría en su imperio, estableció postas con hombres y caballos a la distancia aproximada que podía recorrer un caballo en un día.

En dichas vías existían unas estaciones de parada cada 10-15 km (*mutatio*) para el descanso o recambio de animales y una

⁶⁶ R.L. Fox, *El mundo clásico*, pp. 398-399.

⁶⁷ J. García Armendáriz, "El caballo al través de la Mitología y de la Historia". En: *IV Asamblea Nacional Veterinaria. Barcelona, octubre 1917*, Imprenta de J. Huguet, Barcelona, 1918, pp. 389-456; p. 447.

mansio cada tres *mutatio*, es decir, cada 40-50 km, más grande con albergue para pernoctar, establos y personal especializado en la atención de caballos, generalmente esclavos propiedad del Estado, o bien personas libres cuya alimentación y vestido corrían por cuenta del Estado, y que se denominarían *mulomedicus*;⁶⁸ como vemos, su extracción social no era precisamente notable.

Es interesante anotar que la inexistencia de herraduras originaba la imposibilidad de realizar largas y frecuentes caminatas con los mismos animales. Además, los romanos desconocían el empleo del collar pectoral para los équidos de tracción,⁶⁹ lo que con sobrecarga o cuestras empinadas originaba la compresión vascular del cuello del équido y su menor resistencia al ejercicio. Y no olvidemos lo habitual de transportar enormes cargas a muy largas distancias. Desde materiales suntuarios para la construcción de palacios (mármol, granito, etc.) hasta fieras (leones, osos, elefantes, cocodrilos, etc.) para abastecer el circo y los festejos populares, así como los zoológicos privados de algunos señores, desde África a Roma, por tierra y mar, o desde Galia, Germania o Dacia.⁷⁰

Con respecto al ejército, cuya importancia en la sociedad romana queda fuera de toda duda, tenía en su seno unidades de caballería que le permitían la mayor movilidad y velocidad. El ejército romano, que ha sido bien estudiado por múltiples autores, tenía para atender a los cuadrúpedos los denominados *veterinari*,⁷¹ una categoría especial declarada inmune (no prestaba servicio de armas) que atendía la fuerza motriz constituida por mulas, burros, caballos y bueyes, con un alojamiento específico en los campamentos con zona de hospitalización de animales.

En todo caso las cosas tampoco debieron ser así desde el inicio, ya que como señala Martínez Saura⁷² inicialmente las fun-

⁶⁸ A. Hyland, *Equus: The horse in the roman World*, Yale University Press, New Haven London, 1990, p. 50.

⁶⁹ A. del Castillo, "Las competiciones ecuestres en la Hispania romana". En: VV.AA., *Al-andalus y el caballo*, Lunwerg, Barcelona, 1995, pp. 67-79.

⁷⁰ J. Blancou, I. Parsonson, "Historical perspectives on long distance transport of animals", *Veterinaria Italiana* 44:1 (2008): 19-30.

⁷¹ A. Hyland, *Equus*, p. 50.

⁷² F. Martínez Saura, *La medicina romana*, p. 53.

ciones asistenciales de los soldados eran realizadas por sus propios compañeros, algunos de los cuales (los *medici*) tenían una cierta preparación médica elemental, especialmente para el tratamiento de las frecuentes heridas de guerra. Y así, en tiempos de la República en el ejército no había servicios médicos, pero con el paso del tiempo, y a partir de la asunción de médicos personales por los altos cargos militares, parece que se incorporaron médicos al ejército para el cuidado de la tropa.

De la época de César hay inscripciones que citan a *medicus ordinarius legionis*. Y hasta la época de Augusto no se desarrollan los *valetudinaria*, el precedente de las enfermerías, dejándose anteriormente los soldados enfermos en manos de la población civil. Otros sanitarios descritos serían los *milites medici* o *capsarii* (de *capsa*, la caja de vendajes) y los médicos navales o *duplicarii* (por la doble ración y doble paga a que tenían derecho). Por todo ello cabe pensar que las enfermerías de animales habrían de ser, como mínimo, de la época de Augusto.

Como señala Perea,⁷³ las “alas” de caballería (cohortes) estaban constituidas por 500 hombres a caballo, mas unos 120 jinetes (jinetes legionarios) y caballos de repuesto. Todo ello hacía sumas ingentes de cuadrúpedos que debían ser cuidados, alimentados y atendidos antes y después de las batallas, además de su periódica reposición.

Tampoco se puede soslayar la importancia que los jinetes daban a sus monturas, ya que su propia vida iba en ello. De manera que si el animal no estaba bien cuidado, no podría soportar los a menudo pesados y rápidos desplazamientos del ejército a lo largo del imperio. Y así, un animal con infosura, incapaz de moverse, dejaba abandonado a su jinete y separado del cuerpo de ejército hasta que se recuperase, y en una zona no necesariamente segura, por lo cual los jinetes debían conocer la manera de cuidar, y en su caso curar, a sus monturas, tradición ésta que conoceremos a lo largo de la Edad Media en los propios caballeros.

⁷³ S. Perea, “Compra de un caballo. El caballo militar mucho más que un animal”, *Aquila legionis* 10 (2008): 65-80.

Al menos en las transacciones de caballos entre legionarios que se testimonian por escrito se puede apreciar que no intervinen mulomédicos o veterinarios, ya que se comenta que en términos generales su estado parece sano, siendo apreciado por los testigos y “estando entrenado para comer y beber”.⁷⁴

Además de las dos tipologías anteriores, de la posta imperial y del ejército, Hyland⁷⁵ todavía diferencia otras dos clases de veterinarios. El *veterinarius* de práctica privada, que atendía los caballos de distintos propietarios, de alguna manera con distintos grados de presencia social. Los mejores cobraban más y atendían a las clases superiores; los peores atendían a los artesanos, clases inferiores necesitadas de asnos generalmente, cuyo precio era bajo y por ello resultaba a menudo más rentable cambiar de animal que curarlo.

Finalmente también existían los veterinarios que atendían hipódromos y el circo romano, grandes atracciones en las principales ciudades del imperio, que movilizaban enormes sumas de dinero y de alguna manera constituían una de las formas visibles del poder político, en el que se mostraba un ceremonial complejo y muy estudiado.⁷⁶ En todo caso hay que decir que la relación hombre-animal en este periodo constituye un amplio campo de estudio con muchas obras publicadas al respecto.

Llegados a este punto parece clara la existencia de la profesión de veterinario, centrado en diferentes ámbitos de actuación como hemos revisado. Sin embargo, la estructura social de Roma, aparte de las ciudades, se basaba fundamentalmente en las granjas o haciendas familiares, más o menos grandes o extensas (latifundios), y cuya misión fundamental era la producción agroganadera en la que tenía una gran importancia la cría de animales de renta de todo tipo.

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ A. Hyland, *Equus*, p. 52.

⁷⁶ Muy recomendable la visión que proporciona de las carreras de caballos A. del Castillo, “Las competiciones ecuestres en la Hispania romana”, si bien para nada nombra en su trabajo al mulomédico o veterinario. J. García Armendáriz, “El caballo al través de la Mitología y de la Historia”, pp. 442-443, describe los juegos del circo en los que intervienen caballos.

Pues bien, en esta organización social el veterinario profesional no tenía gran cosa que hacer. Y así se había perpetuado, a lo largo del tiempo, la transmisión oral de diferentes tratamientos frente a las patologías de los animales domésticos, que incluían desde los remedios basados en la magia a aquellos otros que utilizaban principios botánicos o de otro tipo. Lo normal era el conocimiento de los mismos por parte del *pater familias* o bien del mayoral o capataz de la granja, y su elaboración y administración por parte de los esclavos, bajo su supervisión, como se hace saber en distintas obras escritas.

De esta manera, Puerto⁷⁷ anota que entre los romanos no había médicos, de manera que la medicina y la terapéutica la ejercían los esclavos más o menos especializados, y que a lo largo del tiempo transmitían sus conocimientos a otros sirvientes. Es lo que Laín Entralgo⁷⁸ denomina como “medicina doméstica”, propia y peculiar, basada en el conocimiento de algunas plantas medicinales, el vino y el aceite, y recetas mágicas con amuletos, exorcismos y supersticiones, de aplicación a hombres y animales. Al parecer, muy similar a la medicina primitiva griega, y en la cual, a modo de ejemplo, en el tratamiento de traumatismos y luxaciones que los griegos ya habían desarrollado técnicamente, los romanos seguían aplicando exorcismos, según Catón.

También hay que resaltar que entre los griegos los médicos eran libres, mientras que entre los romanos eran esclavos ligados a la casa, por lo cual no había “clase médica” ni estudios médicos especializados, indicio claro de ser una actividad poco relevante. Cuestión aparte sería la importación de afamados médicos griegos para el tratamiento de los grandes señores, de la misma manera que los mejores expertos en medicina animal serían reclutados o comprados por los grandes señores, dueños de las mejores yeguas para los hipódromos o para yeguas de vientre. En ese sentido se pueden obtener testimonios de la existen-

⁷⁷ F.J. Puerto, *El mito de Pandora. Compendio de historia de la terapéutica y de la farmacia*, Doce Calles, Madrid, 1997, p. 124.

⁷⁸ P. Laín Entralgo (ed.), *Historia universal de la medicina*, tomo II, *La antigüedad clásica*, Salvat, Barcelona, 1972, pp. 178-179.

cia de “veterinarios del Emperador” en la obra de Taruntenius Paternus, secretario del emperador Marco Aurelio, un tratado sobre el ejército que no hemos podido consultar.

López Piñero⁷⁹ indica que la casi totalidad de los médicos hasta finales de la antigüedad continuaron siendo de procedencia helénica. Escribonio Largo sería uno de los escasos médicos de procedencia latina, pero de formación griega, a mediados del siglo I d.C. y que escribió en latín su *Compositiones medicae*, sólo una colección de recetas de no muy alto nivel. Por ello no puede hablarse con propiedad de una medicina romana.

Sería Plinio el Viejo quien proporcionase el dato de que la medicina griega entra en Roma en 218 a.C. a partir de un médico griego (Arcagato) y su padre (Lysanias), a quien denominaron “carnifex” por cortar y quemar la carne de los enfermos, dato éste que aparece en todos los tratados de historia de la medicina.⁸⁰ Sin embargo, al parecer no fue el primero Arcagato, ya que el testimonio de Dionisio de Halicarnaso indica que en 303 a.C. hubo una gran peste en Roma, siendo los médicos existentes insuficientes para atender a los enfermos. Algo similar indica Ovidio, ocurrido en 239 a.C., acudiendo médicos de otras regiones.⁸¹

Antes de comenzar con los tratadistas agronómicos romanos es preciso considerar a un autor y su obra, que no siendo romano sino cartaginés, habría de tener una importancia decisiva en el conjunto de autores romanos a lo largo de muchos siglos. Se trata de **Magón de Cartago** o Magón el Cartaginés, cuya obra ha llegado indirectamente hasta nosotros a través de diferentes autores clásicos. Nos hemos servido del trabajo de Domínguez Petit⁸² para acercarnos a su figura y obra, que en su opinión puede ser considerada como la “biblia” no sólo de la agricultura cartaginesa, sino también de la romana y, por extensión, de la árabe. Hay que constatar que, como señala Columela, Magón no es

⁷⁹ J.M. López Piñero, *La medicina en la antigüedad*, p. 18.

⁸⁰ F. Martínez Saura, *La medicina romana*, p. 33.

⁸¹ *Ibid.*, p. 34.

⁸² R. Domínguez Petit, “Fuentes literarias para la agricultura cartaginesa: el tratado de Magón”, *HABIS* 35 (2004): 179-192.

el único de los autores cartagineses, proporcionando otro nombre, Amílcar, posiblemente una de las fuentes de Magón. Sin embargo es Magón el más reputado, siendo considerado por los autores clásicos romanos como el más sabio.

En cuanto a su persona poco se conoce, con seguridad debido a su nombre, común en el mundo cartaginés, ubicándolo cronológicamente desde el siglo VI a.C. (lo más corriente) hasta el siglo III a.C. (396-264 a.C.). Otros, por el contrario, lo consideran un personaje ficticio que daría nombre a una recopilación de obras agronómicas realizada por los romanos, al modo de la *Geopónica*.

En cuanto al contenido de su obra tan sólo se dispone de las referencias que realizan diversos autores. Sí se sabe que, tras la destrucción de Cartago (146 a.C.), el senado romano mandó traducir los 28 libros de Magón al latín, y que esta traducción se vertió al griego hasta tres veces más, lo que sería afirmado en diferentes obras (Varrón, Columela, Plinio el Viejo).⁸³ De los fragmentos atribuidos a la obra de Magón (66), cinco se refieren a la ganadería, comprendiendo la elección más adecuada de los bueyes, algunas recetas, castración de los terneros y manejo de las manadas de mulas. En todo caso, este interés por algunos apartados concretos de la medicina animal no es más que una de las partes de lo que, sin duda, fue una magnífica recopilación de los saberes agronómicos (incluyendo a la ganadería) conocidos hasta la fecha, que tuvo una enorme influencia en la práctica agroganadera latina hasta el final del imperio.

LOS AUTORES ROMANOS

Acerca de los conocimientos romanos de la época en cuanto a la organización, gestión, tradiciones agronómicas y sanitarias, es necesario considerar la obra de **Marco Porcio Catón**, apodado “el Censor” por su cargo y también “el Viejo” (234-149 a.C.), quien proporciona una buena aproximación al tradicionalismo romano frente a los cambios que el contacto con los

⁸³ J. Heurgon, “L’agronome carthaginois Magon et ses traducteurs en latin et en grec”, *CRAIBL* (1976): 441-456.

griegos venían desencadenando. No en vano se denomina a Catón como “agronomista”, junto con Varrón y Columela.

Había una clara mezclanza entre medicina del hombre y de los animales que se mantuvo con unos límites muy difusos hasta el siglo IV d.C., y así, el propio Vegecio comenta que la mulomedicina y la medicina humana tienen un alto grado de solapamiento.⁸⁴

En todo caso es preciso volver a Catón, cuya obra *De agricultura*⁸⁵ ha llegado hasta nuestros días y representa la obra en prosa más temprana escrita en latín sobre agricultura por un romano, por lo cual cabe concederle la importancia que realmente posee, ya que nos ofrece una panorámica concreta sobre la prevención y tratamiento de las enfermedades conocidas hasta el siglo II a.C. en el Imperio Romano, como hemos señalado antes.

A través de Catón vemos la importancia fundamental de los bueyes en las granjas romanas, y por dicha razón centra en bueyes, y también en ovejas, la descripción de aquellas medidas destinadas a mantener la salud y prevenir la enfermedad; y, por otra parte, las medidas a tomar de cara a paliar una enfermedad ya contraída. En ambos casos es clara la utilización de recetas populares (generalmente constituidas por plantas) y elementos mágicos y religiosos, de clara utilidad tanto en hombres como en animales, todo ello dirigido por el *pater familias*, máxima autoridad y depositario de los saberes tradicionales, que debía impartir las directrices a realizar y que aplicarían los esclavos y sirvientes bajo su dirección. Se puede encontrar también en Catón la descripción de algunos remedios concretos para determinadas enfermedades,⁸⁶ donde las repeticiones con el uso de determinados números o el empleo de recipientes de madera parecen tener connotaciones mágicas; o las sistemáticas ofrendas a los dioses para evitar enfermedades.

⁸⁴ J.N. Adams, *Pelagonius and latin veterinary terminology in the Roman Empire*, E.J. Brill, Leiden, 1995, p. 52.

⁸⁵ M. Nisard, *Les agronomes latins, Caton, Varron, Columelle, Palladius, avec la traduction en français*, Chez Firmin-Didot et C^{ie} Libraires, Paris, 1887.

⁸⁶ J.A. Phillips, “Cato on the prevention and treatment of animal disease”, *Hist. Med. Vet.* 6:3 (1981): 57-60.

Pero, en términos generales, la obra de Catón sería como una enciclopedia que engloba una serie de capítulos sobre los sectores diversos que afectan a la agricultura y la economía agraria, que abarca desde la compra de una finca hasta su equipamiento, personal necesario y su funcionamiento, incluyendo algunos aspectos destinados a la cría de los animales, desde bueyes a gallinas, ocas, etc. No entra en ese mundo la actividad de un profesional de la medicina veterinaria ajeno al microcosmos de la propia granja. No hay que olvidar que Catón también fue un prestigioso general del ejército romano,⁸⁷ honrado con numerosas estatuas.

De alguna manera este texto de Catón nos proporciona la idea general del tipo de literatura que nos podemos encontrar, y que claramente no es escrita ni por veterinarios ni para veterinarios, sino para propietarios que requieren un manual que les oriente en la gestión y manejo de sus animales.

Como acertadamente explica Bodson,⁸⁸ la denominación “veterinario”, cuando se aplica a los autores antiguos de textos médicos sobre los animales domésticos, no significa que se trate de profesionales en el sentido actual del término, sino que designa a escritores dotados de una cierta experiencia en este campo, o al menos que poseen un interés por el cuidado del ganado (primero bueyes y caballos, pero sin excluir los pequeños rumiantes), y que han compilado el contenido de obras hoy perdidas de *hipiatria* y de *veterinarii* (etimología discutida: “los que cuidan a los animales domésticos viejos”), o *mulomedici* (médicos de mulas y mulos), añadiendo en ocasiones conocimientos de su propia cosecha.

Cronológicamente continuamos con la cita de Wilkinson,⁸⁹ quien nombra a **Práximo** (c. 100 a.C.) como autor que en su

⁸⁷ A. Palacios Martín, “Semblanza de Marco Porcio Catón a través del epistolario entre Frontón y Marco Aurelio”, *Anuario de Estudios Filológicos* 7 (1984): 299-309.

⁸⁸ L. Bodson, “Aperçu du comportement envers les animaux d'élevage”, p. 36, nota 9.

⁸⁹ L. Wilkinson, *Animals and disease. An introduction to the history of comparative medicine*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 8.

obra cita las enfermedades del ganado, si bien no indica cuáles son sus fuentes y, por nuestra parte, no hemos sido capaces de localizar ni al autor ni a su obra.

Consecutivo en el tiempo, otro de los principales agrónomos latinos sería **Marco Terencio Varrón** (116-27 a.C.), autor de numerosas obras, entre ellas la titulada *Rerum rusticarum libri III*, y que contiene el arte del agricultor, los rebaños y la economía rural, en los cuales predomina la visión económica de la explotación más rentable de los recursos agroganaderos, por lo cual está dirigido a los grandes propietarios y no a los pequeños agricultores, en cuanto a la producción de todo tipo de especies de animales de renta. Está escrito en forma de diálogo y se ocupa de la agricultura y la cría de ganado en su libro I, del pastoreo en su libro II, y de ovejas, cabras, cerdos, bueyes, burros, caballos, mulas y perros. Finalmente el libro III trata sobre la cría de otras especies, aves, caracoles, abejas, etc. Todo ello desde el punto de vista de la obtención de recursos económicos.

La obra de Varrón, a diferencia de la de Catón, es una obra pensada y estructurada antes de ser escrita. Su lenguaje es mucho más depurado y, desde luego, refleja el uso habitual de quien está acostumbrado a escribir. Es más, a lo largo del texto, se muestra habitualmente la explicación etimológica de las palabras que utiliza.

En la misma línea que la obra de Catón, en la que aparecen tanto la agricultura como la ganadería en su vertiente de aprovechamiento económico, recibe mucha mayor importancia la prevención de problemas a partir de un adecuado manejo y conservación de las especies que la aplicación de pautas médicas para la curación o tratamiento de enfermedades. En este sentido se trata de un tratado zootécnico y no de un tratado médico, pero muy sistematizado y ordenado.

En cuanto a su obra, como él mismo indica en el prefacio, fue escrita dos años antes de su muerte, con 80 años, y nombra más de cincuenta autores que trataron sobre la agricultura, siendo el más reputado Magón de Cartago, con un texto de 28 libros que recopilaba todo lo escrito antes de él. El trabajo de Magón fue continuado por Casio de Útica, que lo tradujo en 20

libros. Posteriormente Diófanos de Bitinia lo comprimió en 6 libros, y finalmente Varrón dice resumir su texto más aún: en 3 libros. Claramente indica que, además, sus fuentes proceden de su propia práctica, de sus lecturas y de aquello que ha recogido de viva voz sobre las experiencias de otros.

Al inicio del segundo libro, que dedica a la crianza de los animales, en su prólogo afirma que ha sido propietario de ganado a gran escala, y por ello la tarea de escribir esta obra no será difícil. Se la dedica a Niger Turanius. Disponía de numerosos rebaños de ovejas en Apulia (Reate, de donde era originario) e indica:

“Sólo trataré la materia de forma resumida, limitándome a recoger aquí las entrevistas mantenidas con grandes amigos, propietarios de rebaños en Epiro, en la época de la guerra de los piratas, cuando mandaba las flotas griegas, entre Sicilia y la isla de Delos”.

Parece que queda claro con esto lo que pretende...

Pero, por si quedasen dudas, prosigue en su primer capítulo:

“Esta ciencia consiste en procurarse ganado y alimentarlo con la finalidad de obtener la mayor cantidad de dinero posible de la cosa misma de donde viene la palabra *dinero*, ya que *pecunia* (dinero) se deriva de *pecus*, ganado, considerado como la base de toda riqueza”.

Sigue más adelante, clasificando el conocimiento en partes:

“La cuarta parte concierne al régimen sanitario, materia tan importante como compleja; puesto que un animal enfermo puede viciar todo un rebaño, y de un mal individual hacer un desastre general. Hay que distinguir dos clases de enfermedades: las que, al igual que las enfermedades del hombre, reclamen la presencia del médico; y aquellas que, para su curación, sólo precisan los cuidados del pastor. Esta parte abarca otras tres: saber las causas de la enfermedad, los síntomas que las anuncian y el tratamiento que hay que aplicar a cada una”.

A continuación describe síntomas que indican una enfermedad, como la fiebre (cómo se presenta) y cómo tratarla. Lamentablemente tan sólo se limita a ésta.

Consideramos interesante la aserción de que el mayoral debe conservar por escrito los detalles del curso de la enfermedad y tratamiento aplicado, por lo que razonablemente cabe pensar que tenía que saber leer y escribir. Algo que repetirá posteriormente:

“Quien esté a cargo del rebaño deberá llevar por escrito, en un libro, todo lo que se refiere al rebaño, y llevar con él su farmacia”.

O después, en el capítulo V, donde dice que ha extractado de los libros de Magón las prescripciones que contienen y se las hace leer a menudo a su boyero. Finalmente en este libro II, el capítulo VII está dedicado a los caballos, donde precisa detalladamente cómo averiguar la edad según el estado de la dentición. Y en el capítulo X se refiere, como parte de la actividad económica, a la compra y posterior instrucción de los pastores.

Por último su libro III, que dedica a los productos del corral, incluye en su capítulo III una curiosa descripción, ya que indica que un propietario debe conocer todas las especies animales que se crían en sus dependencias. Y así, establece y define tres ámbitos: pajarera (todas las especies de aves, acuáticas y otras), coto (de animales de caza y abejas, caracoles, etc.) y vivero de peces de agua dulce o salada.

Podemos apreciar, por tanto, una inequívoca línea argumental entre Catón y Varrón, separada desde luego por el tiempo y con diferencias claras a favor de este último en cuanto al estilo literario, la claridad en la exposición y la construcción lógica del contenido, pero en todo caso sigue la tónica descrita para los autores romanos donde prima la agricultura sobre la ganadería.

El tercero de los tratadistas romanos a considerar no es otro que **Publio Virgilio Marón**, llamado el poeta de César, que claramente en sus *Geórgicas* (de geo -tierra- y ergon -trabajo-) produce una refinada obra poética con un argumento basado en el trabajo del campo y la cría de los animales. Escritas entre 37 y 30 a.C., al parecer por sugerencia de Mecenas, su protector, aportan en un entorno literario lo que fueron sus primeras experiencias en el campo y el cuidado de los animales, ya que

Virgilio, nacido el 15 de octubre del año 70 a.C.⁹⁰ en Andes (hoy posiblemente Pietole), cerca de Mantua, en el seno de una familia con posesiones en el campo, tuvo ocasión durante su juventud de conocer el sistema productivo desarrollado en las granjas romanas, tal y como señala su biógrafo Aelio Donato. Este autor indica que tuvo la posibilidad de curar las enfermedades múltiples y variadas que consumían los establos de Octaviano, con quien discutía sobre caballos y perros, y quien tras el éxito de las *Geórgicas* le nombraría poeta cesáreo, encargándose de escribir *La Eneida*.

Las *Geórgicas* consisten en un conjunto de hexámetros de naturaleza didáctica, escritos en cuatro libros, de los cuales el primero y segundo están dedicados a la agricultura, el tercero al ganado y el cuarto a las abejas. Hemos accedido a su obra a través de la traducción al francés de Rat.⁹¹

El contenido del libro III, una vez más y como en los casos anteriores, se refiere más que a la veterinaria como medicina animal a la zootecnia y a la selección y cría del ganado mayor y menor. Sí es cierto que al referirse al ganado menor, tiene un apartado dedicado a la lucha contra las enfermedades de los óvidos, ciertamente breve y confuso, donde cita el tratamiento de las úlceras y la aplicación de baños con agua limpia y corriente como medida higiénica ante la sarna, además de algunos remedios mediante ungüentos. Es notoria la descripción que hace en este mismo libro de una “peste alada”, llamada *oestrus* por los griegos y *asilus* por los latinos, que originaba el terror en los rebaños de bóvidos en el sur de Italia; se trataba también de tábanos cuyas picaduras y zumbidos aterrorizaban a los animales, lo que con el tiempo originó disputas entre los historiadores acerca de si eran oestros o tábanos, o más bien *Hipoderma bovis*. Problema que, si bien aislado, aún perdura en el sur de Italia.

⁹⁰ R. Roncalli Amici, “Virgil, the Georgics. Veterinary reflections”. En: *Proceedings 35 International Congress of World Association for the History of Veterinary Medicine*, Grugliasco (Turin), Italy, september 8-11, 2004, pp. 31-40.

⁹¹ M. Rat, *Virgile. Les Bucoliques et les Géorgiques*, Classiques Garnier, Paris, 1932.

En todo caso es universalmente reconocida la descripción que hace al final del libro III de una epizootia, denominada la peste de Nórica (Alpes orientales, al norte del mar Adriático), una enfermedad del aire, que originó la muerte tanto de rebaños como de bestias salvajes y que corrompió las aguas de los lagos e infectó de veneno los pastos. Por supuesto la traducción de sus versos acerca de estos hechos sigue todavía en discusión, ya que parece que Virgilio se podría referir a tres enfermedades distintas: a la pleuroneumonía contagiosa bovina, a la peste bovina y al ántrax (carbunco bacteridiano), siendo esta última la que más adeptos concita.

Así pues parece evidente una cierta experiencia en Virgilio a la hora de explicar estos términos ganaderos, así como una innegable capacidad de describir los síntomas observados, a menudo con descripciones muy literarias, pero a bastante distancia de lo que podríamos considerar un médico de animales.

A partir de las fuentes textuales se pueden encontrar muchos prosistas y poetas que incluyen en sus textos desde visiones de la vida rural hasta consejos en la cría y manejo de animales, tal y como hallamos en textos poco citados por los historiadores de la veterinaria como los de **Gratio**,⁹² poeta del siglo I a.C., que escribe una *Cinegética* en 541 hexámetros (su obra conocida), de los cuales la mayoría están dedicados a las razas y enfermedades de perros y caballos, que incluyen el apareamiento y selección de los cachorros, cría de la camada; y sobre las enfermedades habla de causas y remedios de las heridas, de la rabia y sus remedios (cauterizar el famoso gusano), la sarna y sus remedios, así como su contagio en las camadas. Todo ello desde el punto de vista empírico de un autor posiblemente libre, de buena posición, que conoce el griego y dispone de una cierta cultura literaria. Nada que ver con un mulomédico.

Algo similar encontramos en **Tito Calpurnio Sículo**,⁹³ poeta posiblemente siciliano de la época de Nerón (c. 54-57 d.C.), cuando en sus *Bucólicas* pone en boca de un padre pastor los

⁹² J.A. Correa, *Poesía latina pastoril de caza y pesca*, Gredos, Madrid, 1984.

⁹³ *Ibid.*, p. 113.

consejos a su hijo, referidos a una técnica de drenaje de abscesos y la utilización de emplastos en ovejas heridas tras el esquilado; desde luego, visto hoy, un tema poco dado al tratamiento poético. Le dice así el padre a su hijo:

“Pero, cuando tus ovejas, perdido su ropaje, tengan al descubierto y desnudos sus costillares; examínalas no sea que las puntiagudas tijeras hayan dañado la piel y, en la herida inadvertida, una pústula oculte callado veneno; y si no se abre ésta con un cuchillo, la pus infecciosa minará, ¡ay!, el pobre y frágil cuerpo, reduciendo sus huesos a podredumbre. Lleva en previsión contigo, te lo recuerdo, para curar las heridas, azufre vivo, un bulto de cebolla albarrana y fétido betún. Que no le falte pez del Brucio [se hacía hirviendo con vinagre la pez líquida y enfriándola bruscamente]. Acuérdate de untarles los lomos, si los tienen esquilados, con unguento de pez líquida.”

Aulo Cornelio Celso, autor del que se conocen pocos datos biográficos, es uno de los escritores citados regularmente al abordar la veterinaria romana, a pesar de que su mayor contribución en este campo no ha llegado a nosotros. De Celso, que vivió en el siglo I d.C. (c. 25 a.C.-c. 50 d.C.), sólo disponemos de su *Tratado de medicina* en 8 libros que formaba parte de una obra más extensa, *Artes*, que trataba también otros temas como retórica, arte militar y agricultura. Desgraciadamente el *Tratado sobre agricultura*, que fue elogiado por Columela, se ha perdido.

Así pues sólo disponemos de su obra sobre medicina,⁹⁴ la primera conocida en latín, muy completa, que a lo largo de los ocho libros aborda síntomas, enfermedades, remedios, fórmulas, todo de manera detallada, dedicando los dos últimos a la cirugía. Pero todo ello referido a la medicina humana, sin aportación alguna a la medicina animal. Tan sólo en una ocasión (libro V, capítulo XXVII), al hablar del tratamiento de las heridas por mordedura incluye la mordedura de perro rabioso. Y aunque explica con todo detalle que debe extraerse el virus con una ventosa, cauterizar la herida e incluso el modo de actuar cuando estas medidas no tienen éxito y se desarrolla la hidrofobia, en ningún momento trata de la rabia en el perro.

⁹⁴ A. Védrènes, *Traité de médecine de A.C. Celse*, G. Masson, Paris, 1876.

A los veterinarios los nombra en el prefacio del primer libro, cuando habla de las doctrinas médicas. Allí equipara los metodistas a los veterinarios cuando dice que los empíricos observan muchos hechos con mucha atención, mientras los metodistas sólo examinan los más sencillos y vulgares, igual que los veterinarios quienes, al no poder conocer las sensaciones particulares de los animales (puesto que no hablan), se detienen solamente en los síntomas generales. Nada que tenga que ver con el tema que nos ocupa, a pesar de que estas últimas apreciaciones de Celso han sido ampliamente recogidas en la historiografía veterinaria, más parece por rellenar huecos que por interés cierto.

Cayo Plinio Segundo, más conocido como Plinio el Viejo en contraposición a su sobrino Plinio el Joven, nació en el año 23 o 24 en Novocomun (Como). Ocupó destacados puestos públicos, incluido el de comandante de la flota romana, y murió en el año 79 durante la erupción del Vesubio tal y como relata su sobrino.

Escribió varias obras, de las cuales se conserva su *Historia natural* que compuso con 55 años, poco antes de su muerte. Es una obra monumental, con 36 libros, que trata de describir el mundo y todo aquello que lo compone, incluyendo la medicina. Según la edición de Littré⁹⁵ que hemos manejado, se ocupa de los animales en varios de los libros que componen la obra. Concretamente el libro VIII, “De la naturaleza de los animales terrestres”, incluye los remedios que utilizan los animales para paliar sus dolencias, reproducción de los perros, remedios contra la rabia, y también trata sobre caballos, asnos, ovejas, cerberos, cabras y cerdos. El libro IX trata sobre los animales acuáticos y el X sobre la historia de los pájaros, incluyendo las aves domésticas. De nuevo en el libro XXVIII, que trata de los remedios proporcionados por los animales domésticos; y el siguiente por los animales salvajes. El libro XXX cita otros remedios proporcionados por los animales, y el XXXII los proporcionados por los animales acuáticos.

⁹⁵ E. Littré, *Pline l'Ancien. Histoire naturelle*, Dubochet, Paris, 1848-1850.

En general no cabe sino considerar que su aportación a la medicina veterinaria es prácticamente nula, siendo difícil encontrar utilidad veterinaria en su obra, aparte de algunas cuestiones sobre la cría de animales o ciertas enfermedades de remedios entonces bien conocidos. Desde luego sí que muestra un mayor interés hacia la utilización de animales de todo tipo en la farmacopea, que trata abundantemente.⁹⁶

Como dejamos anotado hace unos años,⁹⁷ ya en el siglo I d.C. el autor que destaca sobremanera en intensidad y en persistencia histórica va a ser **Lucio Junio Moderato Columela**. Español y andaluz, oriundo de Cádiz, súbdito de la Roma Imperial, rico patricio al parecer,⁹⁸ representa uno de los grandes nombres romanos cuya importancia es pareja a la de Catón, Celso, Varrón o Virgilio. Constituye un paradigma de los ilustrados personajes que, no siendo practicantes de la medicina veterinaria, se constituyeron en eruditos enciclopedistas capaces de recoger, aumentar y transmitir los conocimientos grecolatinos de su época y que habrían de servir a lo largo de muchos siglos.

La mayoría de los estudiosos de la historia de la veterinaria abundan en señalar toda clase de admirativos epítetos como "...el romano que más se ocupará de la agricultura y la veterinaria, escritor muy versado en la ciencia y gran estilista";⁹⁹ "...la culminación del saber agrícola grecorromano y de toda la antigüedad";¹⁰⁰ "...nos ha dejado la obra más completa que poseemos acerca de la agricultura de los antiguos, tenemos ya ocasión de apreciar en los romanos una práctica quirúrgica bastante extensa".¹⁰¹ Sin embargo, y en contraposición a la importancia que le atribuyen los autores anteriores, se encuentran posturas como la de Walker¹⁰² quien le coloca como interme-

⁹⁶ E. Farias Martínez, *Animales en fuentes árabes y referencias en fuentes griegas*, pp. 191-192.

⁹⁷ M.A. Vives, M.C. Mañé, A. Leuza, "El saber clínico veterinario en los doce libros de agricultura de Columela".

⁹⁸ C. Sanz Egaña, *Historia de la veterinaria española*, p. 16.

⁹⁹ V. Chiodi, *Storia della veterinaria*, p. 103.

¹⁰⁰ E. Terrón, *Edición crítica de la Agricultura general de Alonso de Herrera*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1981, p. 22.

¹⁰¹ G. Darder, *Cirugía veterinaria*, p. 28.

¹⁰² R.E. Walker, *Ars veterinaria*, p. 15.

diario sin mucha importancia, achacándole quizás una copia de la obra de Varrón *De Re Rustica*. Llorente,¹⁰³ autor de la primera bibliografía de la veterinaria española, ni siquiera lo cita al tratar la reseña de las principales épocas de nuestra historia antigua, al igual que tampoco aparece reseñado en las *Semblanzas veterinarias*,¹⁰⁴ teniendo en cuenta que se trata de un glorioso gaditano que, además, debiera ser el primero en ser citado, desde el punto de vista cronológico al menos.

Por lo que respecta a la importancia de la obra de Columela, nos sumamos a la opinión de Terrón¹⁰⁵ cuando señala que “...tratados de agricultura desde el de Catón, al de Varrón, Columela ... constituyen el tesoro más rico, más completo de la experiencia positiva, progresiva, y al mismo tiempo, son inventarios minuciosos de innumerables supersticiones y de callejones sin salida del conocimiento humano”. Añade este autor que, de alguna manera, la práctica agropecuaria ha sido el más verídico y fiel paradigma del método científico seguido por la ciencia empírica y, mucho más tarde, sobre este núcleo precursor, los científicos elaboraron el método científico que tanta importancia ha adquirido actualmente.

Ya en 1824, Álvarez de Sotomayor¹⁰⁶ apunta que se habían hecho 42 ediciones de esta obra, y sin duda gracias a que se trataba de un autor extraordinariamente copiado hasta el mismo siglo XIX, nos ha llegado su obra de modo más o menos intacto si bien encubierta por la supuesta autoría de otros que, como él mismo hizo, recopilaron los saberes anteriores, siendo un caso paradigmático la *Agricultura General* de Alonso de Herrera en nuestro país, editada muchas veces y utilizada como manual hasta las postrimerías del siglo XVIII.

En opinión de Darder¹⁰⁷ y de Sanz Egaña,¹⁰⁸ fue Columela el primer autor que utiliza la voz “veterinario” y que aplica al pas-

¹⁰³ R. Llorente Lázaro, *Compendio de la bibliografía de la veterinaria española*.

¹⁰⁴ M. Cordero del Campillo, C. Ruiz, B. Madariaga, *Semblanzas veterinarias*, vols. 1 y 2, Syva, León, 1973.

¹⁰⁵ E. Terrón, *Edición crítica de la Agricultura general*, p. 5.

¹⁰⁶ J.M. Álvarez de Sotomayor, *Los doce libros de agricultura*, tomo I, p. III.

¹⁰⁷ G. Darder, *Cirugía veterinaria*, p. 28.

¹⁰⁸ C. Sanz Egaña, *Historia de la veterinaria española*, p. 17.

tor capaz de emplear aquellos conocimientos propios de la patología animal, con lo cual se refería fundamentalmente al pastor curandero. En opinión de Chiodi,¹⁰⁹ además, se trata del primero en poner en evidencia la importancia de la medicina veterinaria para el desarrollo de la actividad agroganadera.

Para resaltar la importancia de la obra de Columela debemos referirnos de nuevo a Terrón.¹¹⁰ Ya hemos señalado que, en su opinión, dicha obra representa la culminación del saber agrícola y ganadero grecorromano y de toda la antigüedad (puesto que Walker¹¹¹ le achaca una gran influencia de los conocimientos cartagineses a partir de la obra de Magón, así como también describe las analogías entre la obra de Columela y algunas descripciones semíticas y egipcias sobre las afecciones de los bueyes), si bien el tratamiento de las enfermedades de los animales ha sido el punto más débil de todos los tratados agroganaderos, no sólo los antiguos y medievales, sino incluso los recientes (recuérdese la aun no desterrada costumbre, entre otras, de la extirpación del gusano bajo la lengua para curar el moquillo canino). La práctica médica era un reflejo del empirismo acientífico y estaba sujeta a una gran cantidad de supersticiones, por lo que Columela no quedó a salvo de la credulidad ignorante de su tiempo, ni más ni menos que tantos otros. Pero,

“aún habiendo incurrido en semejantes supersticiones, debemos recordar su nombre con respeto: porque su debilidad en este punto consistió más principalmente en las circunstancias que le rodeaban; y con tanta menos razón le echaríamos en cara sus defectos, cuanto que otros varios autores de época muy posterior, y cuyas obras no pueden citarse con desprecio, le han aventajado en la suma de errores cometidos”.¹¹²

En nuestro trabajo ya citado,¹¹³ dimos a conocer a los interesados en la historia de la veterinaria la primera traducción al castellano que de su obra se hizo, dato que no hemos en-

¹⁰⁹ V. Chiodi, *Storia della veterinaria*, p. 103.

¹¹⁰ E. Terrón, *Edición crítica de la Agricultura general*, p. 22.

¹¹¹ R.E. Walker, *Ars veterinaria*, p. 15.

¹¹² G. Darder, *Cirugía veterinaria*, p. 32.

¹¹³ M.A. Vives, M.C. Mañé, A. Leuza, “El saber clínico veterinario en los doce libros de agricultura de Columela”.

contrado reseñado en parte alguna. El tratado sobre historia de la veterinaria de Leclainche¹¹⁴ cita la traducción de la obra de Columela al francés, alemán, inglés e italiano, no así al español.

Por lo que respecta a nuestro país, el primer compendio bibliográfico de la veterinaria española, publicado en 1856 por Llorente,¹¹⁵ no cita la primera traducción. Por otra parte, la magnífica *Bibliografía hispánica de veterinaria y equitación anterior a 1901*, publicada en 1973 y escrita por Palau,¹¹⁶ la desconoce de igual modo. Sanz Egaña, indudable padre de la historiografía veterinaria en España, incluye en su obra sobre historia de la veterinaria española¹¹⁷ un apartado sobre Columela utilizando la traducción que de los doce libros de agricultura hizo D. Vicente Tinajero, publicada en Madrid en 1879, sin hacer referencia alguna a esta primera traducción. Por el contrario, sí parece haber sido anotada como tal por Palau (padre) en el *Manual del librero hispanoamericano*, si bien no hemos podido comprobar personalmente este extremo.

Así pues, la primera traducción de la obra de Columela al español fue realizada por D. Juan María Álvarez de Sotomayor y Rubio, publicada en Madrid en la imprenta de Miguel de Burgos en 1824, y lleva por título *Los doce libros de agricultura que escribió en latín Lucio Junio Moderato Columela*. Como el propio traductor se encarga de aclarar, el texto utilizado fue la edición latina de Gesnero de 1773 y se ayudó, entre otros libros, de la traducción francesa de Saboureux (no citada por Leclainche), el octavo tomo de la *Historia literaria de España*, la *Agricultura general* de Alonso de Herrera en su edición de 1645, y el *Diccionario* de Rozier, añadido con las enmiendas de Pontedera y las cuatro cartas de Morgagni.¹¹⁸

¹¹⁴ E. Leclainche, *Histoire illustrée de la médecine vétérinaire*, tomo I, p. 242, nota 81.

¹¹⁵ R. Llorente Lázaro, *Compendio de la bibliografía de la veterinaria española*.

¹¹⁶ A. Palau, *Bibliografía hispánica de veterinaria y equitación anterior a 1901*, Universidad Complutense, Madrid, 1973.

¹¹⁷ C. Sanz Egaña, *Historia de la veterinaria española*, p. 24, nota 4.

¹¹⁸ J.M. Álvarez de Sotomayor, *Los doce libros de agricultura*, tomo I, pp. XXII-XXIII.

Gracias al trabajo de Columela nos es posible conocer la práctica quirúrgica relativamente extensa en la época romana, que no está tan alejada de nuestra práctica actual como pudiera creerse a primera vista. Fundamentalmente la sangría y la castración son las operaciones más frecuentes y de mayor importancia que se describen en todas las especies, si bien no se habla de la castración de la cerda.

Es interesante señalar la recomendación del uso del fuego en las dolencias podales así como para la cauterización como profilaxis antiinfecciosa, teniendo en cuenta que se trataba de un procedimiento repugnante para los romanos, según apunta Darder.¹¹⁹

En la obra de Columela nos centramos en los libros VI y VII que tratan, respectivamente, de los bueyes, caballos y mulos por una parte, y por otra, del ganado menor. En este sentido es destacable la sistemática expositiva seguida por el autor, que en primer lugar clasifica al ganado por su importancia en dos grupos a los que dedica un libro a cada uno. En segundo lugar aborda las medidas higiodietéticas y “de buen uso”, por especies, para pasar a estudiar las distintas patologías, si bien, lamentablemente, la profundidad de análisis y la descripción de algunas patologías (cojeras) no se extiende a otros apartados.

En todo caso interesa anotar algunas de las indicaciones quirúrgicas que propone, según su mayor o menor vigencia, y tales como las siguientes:

- Extirpación de la ránula sublingual.
- Tratamiento con fuego y orina de buey de los apostemas (abscesos).
- Incisiones de descarga en determinadas cojeras y en lugares específicos.
- Incisiones y sangrías en el paladar y orejas para los tumores del paladar.
- Recomendación del desbridamiento quirúrgico en las heridas de piernas y pezuñas y en las despeaduras.

¹¹⁹ G. Darder, *Cirugía veterinaria*, pp. 29-30.

- Para las fracturas cornuales recomienda la aplicación de un taponamiento con ungüentos.
- Describe los efectos de las mordeduras y picaduras de animales venenosos, recomendando la apertura y cauterización del abultamiento.
- Podría considerarse, de algún modo, que se aproxima a la noción actual de endoscopia terapéutica cuando recomienda que, en caso de haberse tragado un animal a una sanguijuela y no se llegue con la mano a retirarla, se introduzca un tubo hueco y se le vierta por el mismo aceite caliente para que se suelte.
- El capítulo XIX del libro sexto trata de la construcción de un potro de contención para grandes animales, con la finalidad de evitar daños al veterinario cuando se quieran administrar remedios, hacer curas, etc., de modo y manera similar a como lo podríamos hacer hoy mismo.
- Al referirse a la castración de los becerros cita a Magón el Cartaginés, y no recomienda el corte del cordón testicular sino la emasculación a través de la piel con una caña hendida, método empleado en la actualidad por castradores y propietarios. Describe, sin embargo, la castración propiamente quirúrgica por sección del escroto y corte del cordón testicular.
- Acciones totalmente razonables son las que describe, más adelante, para el tratamiento de las úlceras mediante reavivamiento y raspado.
- Algo más radical se muestra para el tratamiento de la sarna mediante la resección de las porciones cutáneas afectadas.
- Con respecto al ganado menor, preconiza la práctica de una plastia vulvar capaz de cerrar el orificio genital e impedir gestaciones no deseadas.
- Abunda de nuevo en la castración, si bien describe la castración quirúrgica a través de una incisión en el rafe medio escrotal o bien a través de dos incisiones.

Finalizamos este apartado quirúrgico con una cita que se refiere a la caudectomía del perro que, por su exotismo, reproducimos íntegra:¹²⁰

“Las colas de los cachorros convendrá castrarlas a los cuarenta días de haber nacido, de esta manera. Hay un nervio que atraviesa por las vértebras del espinazo y llega hasta la extremidad de la cola: éste se ase con los dientes, y sacándolo algún tanto se corta: en haciendo esto, la cola no toma una extensión desagradable en longitud, y (como aseguran muchísimos pastores) se precave la rabia, enfermedad mortal para esta especie de animales”.

Por lo que respecta al nivel de competencia en el conocimiento sobre la medicina interna, hay que decir que es precisamente ahí donde aparecen la mayoría de supersticiones y oscurantismos reconocibles, a pesar de lo cual hay apartados en la obra de Columela, como son las medidas higiodietéticas y de buen uso ya mencionadas, que en absoluto habría que considerar descabelladas. También es preciso valorar la firmeza en sus convicciones que supuso el apartarse de las recomendaciones de Celso, quien prescribe multitud de sustancias madurativas, aperitivas, deterativas, corrosivas, cáusticas, resolutivas, atractivas, etc., para aconsejar el juicioso uso de la pez y el aceite en todo tipo de heridas, basándose en un juicio económico del material que debe emplear aquel que se dedica a la medicina de los animales.

Lamentablemente también aparecen en su obra remedios de lo más peregrino, como el que prescribe para eliminar la “tisis o contagio” de los animales, para lo cual es preciso arrancar una raíz de pulmonaria con la mano izquierda antes de salir el sol, hacer con ella un círculo en la oreja del paciente y un orificio en el centro, dejando la raíz atravesada en él hasta que se seque y caiga, lo que arrastra al virus.¹²¹

Pero es preciso también poner de manifiesto aquellos aspectos positivos que se desprenden de la obra de Columela y que han sido más o menos utilizados a través de los siglos has-

¹²⁰ J.M. Álvarez de Sotomayor, *Los doce libros de agricultura*, p. 310.

¹²¹ G. Darder, *Cirugía veterinaria*, p. 31.

ta etapas recientes de la historia veterinaria. Ya en el libro II da unas claras orientaciones acerca de cómo se han de cuidar los bueyes después de haberlos desuncido y han dejado de trabajar, consejos muy interesantes para alargar la vida productiva de animales tan imprescindibles para la economía rural y que podrían ser perfectamente válidos aun hoy.

Centrándonos en los libros VI y VII, es preciso mencionar el capítulo V del primero de ellos donde se indican unas medidas muy acertadas de aislamiento para evitar contagios, así como algunos remedios para enfermedades contagiosas. Más adelante trata de la indigestión de los rumiantes con una descripción clara de la sintomatología y tratamiento, en el que incluye el vaciamiento manual de la ampolla rectal. De igual modo, el capítulo siguiente trata del dolor de vientre e intestinos con una clara exposición de los síntomas, aunque uno de los tratamientos a emplear sea la contemplación de las aves acuáticas, por lo demás curioso.

Siguen capítulos que tratan de la calentura, tos, inapetencia, sarna, úlceras del pulmón, heridas y afecciones oculares, donde explica someramente los signos de la enfermedad y prescribe tratamientos médicos ricos en cocimientos, emplastos y brebajes que administra por vía oral y, muchas veces, por vía nasal. Curiosamente el capítulo XVI del libro sexto hace mención del tratamiento con sal y puerros molidos para las miasis, y no aconseja la extracción manual de las larvas. El capítulo siguiente recomienda el tratamiento médico en las inflamaciones oculares, principalmente blefaritis y queratitis.

Siguen algunos consejos para el tratamiento de vacas, toros y caballos, e incluyen datos como el control de la actividad reproductiva y cómo mejorarla, así como el cálculo de la edad de los caballos a partir del estado de desarrollo de la dentición. En el capítulo XXX (libro VI), al tratar de los remedios para algunas de las enfermedades del caballo, cita el cólico por gusanos “como las lombrices en los intestinos”.

Cuando trata del ganado menor este autor pone más énfasis en el aspecto económico-reproductivo, que incluye de igual modo el manejo, que en el aspecto clínico de prevención y tra-

tamiento de las enfermedades, cuya descripción es menos extensa y fina, quedando englobada en apartados más amplios siendo, en este sentido, su interés menor.¹²²

Lucio Flavio Arriano, también conocido como Arriano de Nicomedia por su lugar de origen, en la actual Turquía (85-176), fue un famoso filósofo e historiador griego, ciudadano romano sin embargo, que sirvió en el ejército a las órdenes de Adriano, y que llegaría a gobernador de Capadocia. Representa de modo óptimo la hibridación grecolatina en cuanto a cultura y formación. Además de sus obras sobre la *Anabasis* de Alejandro Magno, y muy influido por Jenofonte, escribió también una obra sobre los perros de caza, *Cinegética*, donde refiere diferentes consejos en cuanto a la reproducción y cuidados de estos perros, mejorando lo escrito previamente por Jenofonte como el uso de lebreles galos para cazar liebres.¹²³ Pero en todo caso no se trata de un texto veterinario como tal, sino una obra en la línea de Jenofonte.

Cronológicamente, tal y como venimos realizando este trabajo, es preciso considerar la obra de **Claudio Eliano** y, más concretamente, su *Historia de los animales*. Claudio Eliano, cuya ubicación dataría del último tercio del siglo II y primera mitad del siglo III (para algunos autores c. 170-249), era inicialmente un sofista estudioso de la retórica que posteriormente se dedicaría al cultivo de la historia. Romano de nacimiento (Preneste) escribió en griego multitud de obras, entre otras la que nos ocupa, cuyo título original en griego era más bien *Propiedades, Peculiaridades o Características de los animales*. Con un total de XVII libros y un epílogo, su contenido no es original como él mismo explica, sino una recopilación, cuando no copia literal, de la obra de otros autores, que diversas opiniones identifican como Aristófanes de Bizancio (*De animalibus*), Ctesias (*Indica*),

¹²² Para ahondar en el tratamiento que se da a los perros en la obra de Columela, véase J. Camps i Rabadà, "Lo que el hispano romano Lucio J.M. Columela describió sobre perros, en su obra 'De re rustica'. Visto por un veterinario". En: *Libro del XI Congreso Nacional de Historia de la Veterinaria*, Murcia, 2005, pp. 319-326.

¹²³ G. Gracià, *Xenofont. Cinegètic*, Fundació Bernat Metge, Barcelona, 2002, pp. 49-52.

Opiano (*Halieutica*), Plutarco (*De sollertia animalium*) o Aristófanes (*Epitome*).¹²⁴

Su obra es una colección de ideas que va escribiendo a medida que se le ocurren, como explica en el epílogo, y que recogen descripciones, fábulas, cuentos e historias en definitiva. Para nosotros puede tener interés alguno de sus comentarios, como por ejemplo el capítulo 46 del libro V “Medicinas naturales usadas por los animales”, donde describe la purgación de los perros ingiriendo hierbas contra las lombrices, o la misma práctica en otras especies como perdices, cigüeñas y tórtolas. Más adelante (capítulo 9, libro VIII) vuelve a insistir en la purgación del perro al comer hierbas, citando la observación previamente realizada por Aristóteles, además de precisar que el lamido de las heridas favorece la curación de las mismas, teoría que aún hoy sigue vigente para muchos.

Nos parece especialmente notable el hecho que refiere en el capítulo 15 del libro IX acerca de “Mordeduras venenosas”, donde refiere el caso de una costurera que, cosiendo una túnica rasgada por un perro rabioso, “al morder a la buena de dios con la boca la referida túnica para extenderla, cogió la rabia y murió”. Esto que debió parecer inexplicable es perfectamente posible con nuestros conocimientos actuales, ya que no es rara la costumbre de cortar los hilos con los dientes, y en dicho caso una boca con alguna lesión mucosa podría infectarse de un virus rábico desecado en la túnica y humedecido por la saliva.

Finalmente en el capítulo 7 del libro XIII, refiere la manera de curar los elefantes capturados por los indios mediante la limpieza y aplicación de mantequilla y carne de cerdo. Como apunta su traductor al español Vara Donado,¹²⁵ la finalidad principal del autor es ser útil a la humanidad mostrando el perfecto comportamiento del reino animal en lo tocante al cumplimiento exacto de sus propios fines.

Quinto Gargilio Marcial nació probablemente en Auzia, en la provincia de Mauritania (actual Marruecos), hacia el 220. Era

¹²⁴ J. Vara Donado, *Claudio Eliano. Historia de los animales*, Akal, Madrid, 1989, pp. 13-16.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 12.

miembro de la clase ecuestre y sirvió como tribuno de una cohorte en Britania y Mauritania hacia 260.¹²⁶ Aunque es conocido como escritor de medicina, no parece que fuese médico, si bien al parecer ejerció como tal con su familia y servidores de su hacienda en Mauritania, al igual que Catón el Censor.

Su principal obra fue *De hortis*, también conocida como *De los vegetales y los frutos de los árboles*, de la que se conservan sólo algunos fragmentos. Escribió otras obras similares (*Medicinae ex holeribus et pomis*), donde se ocupa de las propiedades medicinales de frutas y verduras. Se apoyó principalmente en las obras de Plinio, aunque cita hasta 20 autores distintos incluyendo a Dioscórides y Galeno.

Se conserva una parte, corrupta por copiado posterior, de su obra veterinaria *Curae boum ex corpore Gargilii Martialis*, también conocida por *De curis boum*, dedicada al cuidado del ganado y que incluye también remedios basados en conjuros e influencias astrales. En todo caso la autoría de la obra que trata de veterinaria está todavía en cuestión, debido a los escasos datos que se conservan de él y al ser obras fragmentarias. Sin embargo, es mucho más conocido por la descripción que proporciona del *garum*, la famosa salsa romana de pescado que todavía cuenta con muchos adeptos.

Calpurnio, a quien citamos previamente, habría de tener su influencia en otros poetas, de manera que **Marco Aurelio Olimpio Nemesiano** escribió otras *Bucólicas* y una *Cinegética* hacia 281 d.C.,¹²⁷ donde de nuevo encontramos muchos datos acerca de la cría y diferentes razas de caballos, y también sobre perros (cría, adiestramiento, enfermedades, con especial mención otra vez a la sarna, rabia y razas). Nemesiano proporciona

¹²⁶ N. Santos Yanguas, "La cohors I Asturum equitata en el ejército imperial romano", *Boletín Real Instituto Estudios Asturianos*, año 33, 96-97 (1979): 392-410.

Santos Yanguas proporciona el dato de que Gargilio Marcial, a la cabeza de un destacamento, se apoderó del caudillo caledonio Faraxen, lo que quedó recogido en una inscripción del año 260. Previamente Gargilio había sido decurión de las colonias de Auzia y Rusguniae en Mauritania.

¹²⁷ J.A. Correa, *Poesía latina pastoril de caza y pesca*, pp. 103-209.

también consejos sobre la edad idónea para el apareamiento en el perro, la selección del número de cachorros, consejos de alimentación y cómo manejarse con la crianza completa, con lo que parece demostrarse la experiencia del autor en estos temas. Por cierto, acerca de este autor, Wilkinson,¹²⁸ en el capítulo de su libro que dedica al mundo antiguo y basándose en la obra ya citada de F. Smith, dice que la obra de Olimpio Nemesiano se había perdido, lo que como vemos no es así.

Como curiosidad, en la misma obra,¹²⁹ **Severo Santo Ende-lequio** aporta una obrita titulada *De la mortandad de los bueyes*, en la que aplica una parábola religiosa a favor del cristianismo cambiando los iniciales ritos mágicos, por lo cual una cruz aplicada en medio de la testuz de los bueyes alejaría la peste. Endelequio parece ser un galo cristianizado del siglo IV d.C., que se hacía eco de una extensa mortandad de bueyes ocurrida en 386 d.C. y testimoniada en otro lugar por san Ambrosio.

De esta forma, expurgando los contenidos de los escritos que se han conservado, es como los diversos autores interesados en la relación hombre-animal, o más específicamente en la medicina veterinaria, han reconstruido las relaciones sociales de los veterinarios o bien de quienes realizaban sus funciones.

A partir del siglo IV, época de la antigüedad tardía y como ya antes se puso de manifiesto, es cuando vamos a conocer realmente el significado de los tratadistas veterinarios gracias a personajes como Paladio, Vegecio, Pelagonio y otros, de manera que un afinamiento en la actividad propia de la medicina animal se distancia de las tradicionales obras agrícolas que englobaban la producción animal como una parte más de la explotación.

En este sentido es interesante conocer la aportación de Lazaris,¹³⁰ quien se interroga por el florecimiento de la literatu-

¹²⁸ L. Wilkinson, *Animals and disease*, pp. 8-10.

¹²⁹ J.A. Correa, *Poesía latina pastoril de caza y pesca*, p. 43.

¹³⁰ S. Lazaris, "Essor de la production litteraire hippiatrice et développement de la cavalerie: contribution a l'histoire du cheval dans l'Antiquité tardive". En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 87-102.

ra hipiátrica grecorromana a partir del siglo IV, y en especial si ésta es consecuencia de una mayor importancia y aprovechamiento del caballo, especialmente del ejército, o al contrario, debido a la ausencia de obras de medicina veterinaria antes de dicha fecha, naturalmente exceptuando lo ya visto pero relativo a la cinegética, hipología, zootecnia, agronomía, etc. También Lazaris relaciona este hecho con el florecimiento cultural que se vivió en el siglo IV caracterizado por recopilaciones, trabajos de erudición, compendios, etc., que también afecta a la medicina humana y veterinaria. Incluso se verifica el paso del soporte escrito de rollos a códices.

En todo caso parece que la producción de tratados hipiátricos aumenta porque hay demanda de ellos, demanda que procede del ejército, de los ricos propietarios que tienen mayor necesidad de équidos. No se puede olvidar el efecto que la caballería de los bárbaros tuvo sobre la decadencia militar romana, basada en la infantería fundamentalmente.

Paladio Rutilio Tauro Emiliano cierra con su *Tratado de agricultura* la tradición de obras agronómicas iniciada en el mundo romano por Catón. Más tarde escribiría un resumen sobre medicina veterinaria y, finalmente, un poema sobre el arte de los injertos.¹³¹

Aunque no hay muchos datos acerca de su persona sí sabemos que recibía el tratamiento de *vir illustris*, pero nada acerca de la datación exacta de su vida u obra. Por ello, y a partir de los autores que cita en sus obras, se le suele ubicar entre los años 360 y 540 (para algunos entre 380 y 455) y, en general, en los siglos IV/V.¹³²

Su tratado de agricultura (*Opus agriculturae*) es, una vez más, un compendio de escritos de agronomía y de construcción de la villa agrícola, dirigidos a un público de nuevos propietarios en un tiempo (siglo IV en adelante) en el que se produce el retorno de los romanos al campo, retomando la tradición. Se trata

¹³¹ A. Moure Casas, *Paladio. Tratado de agricultura. Medicina veterinaria. Poema de los injertos*, Gredos, Madrid, 1990.

¹³² *Ibid.*, p. 9.

de una obra concisa, bien escrita y presentada como anuario agrícola, con tantos libros como meses tiene el año, junto con unas instrucciones generales al inicio, y de manera similar a un libro actual, con capítulos e índice al modo de los libros de leyes de la época. Esto hizo que perdurara como manual de agricultura a lo largo de la Edad Media, por encima de sus precedentes, debido a sus características positivas. Aquí está, pues, la principal aportación de Paladio, que no es otra que la metodología en cuanto a la organización de su obra, que se presenta con una estructura moderna y funcional basada en un criterio cronológico, de manera que resulta de ello un calendario agronómico al modo de los almanaques agrícolas que aún perduran. Así se convierte en un compilador de Columela, al que abrevia y reestructura, haciéndolo útil y accesible pero sin aportar nada nuevo. Y ello será así especialmente en el apartado dedicado a la medicina veterinaria, copia casi literal de Columela.¹³³

Paladio incluye, cuando lo estima oportuno, las recomendaciones en cuanto a la cría y cuidados de las diferentes especies domésticas de interés zootécnico, haciéndolas coincidir con los distintos meses del año, recomendando determinados quehaceres según el tiempo ideal en que se debían realizar. Y así, en el mes de mayo (libro VI) incluye la castración de los bueyes (capítulo VII), especialmente los de poca edad, para lo que recomienda lo indicado por Magón (ya citado). Se trata de un método de emasculación:

“...se aprietan los testículos con una férula partida en dos y se desgarran retorciéndolos poco a poco”.

Según el traductor, también Magón (y Columela) recomendaba un método de castración para animales de dos años basado en la amputación parcial de los cremásteres (que en griego significa “suspensor”), que evitaban el ascenso testicular. Sin embargo, Paladio describe la técnica pero sin citar al autor:

“Hay personas que atando el ternero al potro, cogen los músculos que se denominan en griego “cremasteres”, con dos barras estrechas de estaño, como tenazas. Los testículos estirados mediante esta sujeción se cortan, amputándolos de modo que

¹³³ *Ibid.*, p. 15.

se deja quedar una parte de la extremidad superior de los músculos. Esta operación impide una hemorragia excesiva y no debilita a los terneros, porque no les quita totalmente su potencia de machos... Por lo que respecta a las heridas de la castración se les aplicará ceniza de sarmientos y litargirio”.

Más adelante también describe la castración por corte, con un cuchillo incandescente, de testículo y bolsa escrotal, que refiere menos dolorosa y con menores complicaciones.

También en el libro VII, correspondiente al mes de junio, indica que es adecuado para la castración, refiriéndose a lo descrito en el libro VI.

Por lo que se refiere a la obra titulada *Medicina veterinaria* se considera como el libro XIV y, por ello, continuación del tratado de agricultura, pero sin embargo no goza de la facilidad de lectura de éste. En cuanto a su contenido en su mayor parte es copia de Columela, con escasos pasajes de otros autores. A diferencia del estilo y organización del tratado de agricultura, aquí Paladio no comienza con un índice de su contenido por lo que debemos extractarlo nosotros, siendo así:

- Medicación para los agricultores según los autores griegos.
- Prólogo sobre la medicina.
- Medicación del ganado vacuno.
- Enfermedades y tratamientos del vacuno.
- La inapetencia.
- La fiebre.
- El catarro.
- La supuración.
- Afecciones de las patas.
- La sarna, etc.
- Afecciones en pulmones y cabeza.
- Lesiones en las patas.
- Otras lesiones y heridas.
- Mordeduras de animales.
- Enfermedades de los ojos.

- Las sanguijuelas.
- Las lombrices.
- Medicación del ganado equino.
- El catarro.
- La sarna.
- Heridas y otras afecciones.
- La inapetencia y otras.
- Medicación de la raza mular.
- Medicación de las ovejas.
- La sarna.
- La cojera.
- Otras enfermedades.
- Medicación de las cabras.
- Recetas de los autores.
- Medicación de los cerdos.
- Recetas de otros autores griegos.

En todo caso sí es cierto que sigue una sistemática que va de los animales de más valor (bueyes) a los de menor apreciación.

Paladio, en el segundo apartado “Prólogo sobre la medicina”, hace una exposición de intenciones cuando escribe:

“Para que ningún punto quedase sin tratar en esta obra, he recopilado las medicaciones del ganado mayor y menor en su totalidad y me ocupé de desarrollarlas en un solo libro con títulos específicos de cada tema, en los mismos términos de Columela y de sus fuentes, de forma que cuando la necesidad lo reclame, aparezcan sin dificultad las curas que exige la enfermedad. También hice un breve compendio de todas las drogas, para que el cabeza de familia tenga guardado en su casa de todo antes de necesitarlo, de modo que nada falte cuando llegue el momento”.

Como podemos apreciar, el concepto de información médica veterinaria no ha cambiado desde Catón, varios siglos antes, de manera que se escriben estas obras no para el veterinario, sino para el *pater familias*, responsable de la granja romana. Una prueba a favor de esta afirmación podría venir de la mano de

lo que opina en el capítulo dedicado a “la inapetencia”, ya que escribe:

“Suelen también provocar repugnancia a los alimentos unos tumores malignos de la lengua que los veterinarios denominan ránulas”.

De esta manera, y aunque genéricamente relata el tratamiento quirúrgico (mediante sección de la ránula), se pueden encontrar mayoritariamente remedios preventivos y encuadrados en lo que podríamos clasificar como medicina interna, reduciendo los tratamientos quirúrgicos a sangrías, secciones en extremidades (orejas, patas, rabo) y cauterizaciones.

Otro de los grandes autores de temas veterinarios que debemos considerar es **Pelagonio**, y lo hacemos consecutivamente a Paladio ya que, en opinión de diferentes autores, recibió directamente influencias del anterior, además de otros como Absirto.

Su obra ha sido muy estudiada por muchos autores ya desde el siglo XIX, si bien cabría destacar la monumental obra de Adams,¹³⁴ un trabajo interdisciplinar de un filólogo latino relacionado con John A. Baker, veterinario de la Universidad de Liverpool, y otros, para el estudio de diferentes conceptos de anatomía y patología, fundamentalmente la explicación de conceptos terminológicos. La obra de Adams no sólo proporciona un detallado análisis sobre la obra de Pelagonio, sino que es fuente de valiosos conocimientos acerca de los saberes veterinarios del último imperio.

Pelagonio escribió una obra denominada *Ars veterinaria*, muy utilizada posteriormente por Vegecio para escribir su *Mulomedicina*. Si bien su datación era complicada, una última aportación de Gitton-Ripoll¹³⁵ situaría en el año 363 la publicación de su obra, a partir de la identificación de dos personajes consulares del siglo IV, Arzygius y Asterius. De su obra se co-

¹³⁴ J.N. Adams, *Pelagonius and latin veterinary terminology*.

¹³⁵ V. Gitton-Ripoll, “Contribution de la prosopographie à une possible datation de l’*Ars veterinaria* de Pélagonius”, *Revue de Philologie* LXXIX (2005): 69-93.

nocen dos recensiones, una de ellas a través de su traducción al griego, y la segunda descubierta recientemente por Corsetti en 1989.

La obra de Pelagonio es un tratado latino de hipiátrica, escrito como una serie de cartas que proporcionan todo tipo de consejos para los propietarios de caballos de alto precio (caballos de silla, de carreras de cuádrigas, o yeguas de cría), así como recetas capaces de ser utilizadas en las haciendas romanas. Este estilo epistolar no es propiamente suyo, sino que fue copiado, a menudo literalmente, de la obra de Absirto, veterinario griego al que ubicaremos al tratar sobre la *Hipiátrica*, en la que abordaba de forma epistolar diferentes afecciones de los équidos, y que algunos ubican entre 125 y 250 d.C. y otros más recientemente, en el segundo cuarto del siglo IV.

No es, en modo alguno, un libro para veterinarios en ejercicio sino para propietarios, y en el mismo realiza una recopilación de los autores latinos conocidos (Celso, Columela y especialmente Absirto). Cayó en el olvido durante la Edad Media y sería puesto en circulación en el Renacimiento por Leon Battista Alberti en su obra *El caballo vivo* (1445). Su importancia en la antigüedad reside en que fue el único autor latino incluido en la recopilación griega de la *Hipiátrica*.

Pelagonio es un personaje ilustrado, culto desde luego, y por ello no es un veterinario profesional ya que la extracción social del veterinario era baja (excepción hecha de algunos contados casos), que escribe para una élite de propietarios latifundistas que tienen caballos que utilizan para el viaje, la cría, la reproducción o las carreras, lo que explica el secundario papel que ocupan las mulas y el que los burros prácticamente ni se consideren, apareciendo exclusivamente un pasaje escrito para el propietario humilde de un solo burro.

De esta forma, y como continuación del hilo argumental que venimos siguiendo, Pelagonio, como propietario y criador de caballos, escribe teniendo en cuenta principalmente el caballo sano como fuente de ingresos, elaborando un manual de medicina veterinaria demandado por los ricos propietarios de caballos caros.

Con respecto a su principal inspiración, si bien una posibilidad sería que Absirto ya estuviese traducido al latín en tiempo de Pelagonio, coexiste la teoría de que fuese el propio Pelagonio quien lo tradujese directamente al latín ya que, en comparación con el texto griego, las aportaciones de Absirto están sobresimplificadas, acortadas con escasos detalles; no se justifican los remedios aplicados y no presta atención a la fisiología, hecho antinatural si se tratara de un veterinario, y que parece probar que Pelagonio era tan sólo escritor y no veterinario.¹³⁶ Esta opinión está también abonada por el hecho de que escribe descuidando causas y síntomas de la enfermedad que, si bien no omite, sí limita mucho, al extremo de eliminar aquellas explicaciones que Absirto establecía como dudosas y que Pelagonio ni siquiera discute.

En opinión de Adams,¹³⁷ esta actuación es más la marca de un escritor descuidado que la de un experto que entiende que puede eliminar algunos pasajes de la obra de Absirto, por ejemplo, los que describen las causas. De esta forma se produce un texto completamente elíptico e indescifrable si no se acude al griego original.

Pelagonio hace ostentación de experto veterinario en presencia de sus patronos, y estaba preparado para examinar caballos. En algún sentido podría haber sido considerado un veterinario. Además, reclamaba algún conocimiento de medicina humana y veterinaria, mostraba interés y conocimientos en anatomía pero no eran profundos. En todo caso es complicado pensar que se trataba simplemente de un veterinario práctico, si bien no parecía ser un mero profano. Así pues, parece que Pelagonio podría haber sido un veterinario en el sentido que tenía dicha palabra en la sociedad precientífica del Imperio Romano, cuando el adiestramiento romano, en caso de que existiese, era informal y mal organizado. Sin duda los veterinarios variaban radicalmente en su estatus, grados de conocimiento y experiencia práctica, de manera que términos como veterinario o mulomédico señalan una diversidad de practicantes, desde

¹³⁶ J.N. Adams, *Pelagonius and latin veterinary*, p. 226.

¹³⁷ *Ibid.*, pp. 236-237.

aquellos que cobran por su trabajo (código de Diocleciano) a los esclavos del *cursus imperialis* (código de Teodosio).

En ese sentido cabe suponer que la actividad de Pelagonio como “consultor”, capaz de opinar, reconocer animales y proponer tratamientos, le relacionara con las capas altas de la sociedad romana compuestas por ricos propietarios. Hay que tener en cuenta que, en ocasiones, los équidos podían alcanzar precios astronómicos, como refiere Gitton-Ripoll,¹³⁸ tal y como vienen recogidos en el edicto de Diocleciano, donde tomando como referencia el precio de un huevo (1 denario), un carnero (400 denarios), una vaca (2.000 denarios) o un león para el circo (150.000 denarios), los caballos de carreras costaban en torno a los 100.000, siendo más baratos los caballos para el ejército y mulas (36.000), los asnos reproductores (15.000) o los de carga, que se cotizaban a 7.000 denarios. Es fácil colegir de estas cifras el negocio que representaba la cría de équidos.

En todo caso, y a pesar de las opiniones de Adams, es preciso tener muy en cuenta que Pelagonio, al inicio de su tratado, se disculpa por dedicarse a una actividad inferior a la de su amigo Arzygio que componía odas a los caballos, elaborando un tratado de veterinaria. Por ello, o bien no se tenía en alta estima si es que era veterinario, o bien se disculpaba por ello.

Tras el *Ars veterinaria* de Pelagonio hay que considerar otra obra ciertamente importante, la ***Mulomedicina Chironis***, y para ello nos hemos servido de la más reciente edición crítica de la obra (la anterior corresponde a principios del siglo XX) realizada por Cózar Marín,¹³⁹ que constituyó su tesis doctoral, si bien lamentablemente para nosotros sólo se ocupa del libro II. Cózar, a través de una profunda revisión bibliográfica, pone de manifiesto el desacuerdo en la datación, el origen, el contenido e incluso la personalidad de Quirón, el supuesto hipiatra autor del texto, o bien Claudio Hermero, que acaba firmando los dos manuscritos que se conocen en la actualidad. De este

¹³⁸ V. Gitton-Ripoll, “L’art vétérinaire de Pelagonius”.

¹³⁹ J.M. Cózar Marín, *Mulomedicina Chironis. Estudio filológico. Estudio crítico y edición del libro segundo de la Mulomedicina Chironis*, Tesis Doctoral, Universitat de Barcelona, 2005.

modo la opinión generalizada, basándose en el uso de autores latinos anteriores bien estudiados, es que podría tratarse de un texto escrito hacia el siglo IV d.C. en forma de diez libros, de los cuales el último posiblemente fue añadido a posteriori.

Con respecto al libro II, objeto de estudio de dicha tesis, contiene un total de 24 capítulos todos ellos dedicados a los equinos en los que trata las afecciones de la cabeza y sus partes, especialmente en cuanto a los tratamientos quirúrgicos, dedicando varios capítulos a las afecciones oculares (triquiasis, colecciones oculares, uveítis, cataratas, queratitis, estafiloma, pterigion, orzuelo), y del cuello (afecciones glandulares, fístulas orales, etc.). Posteriormente clasifica y describe varios tipos de “bultos” en el cuerpo en función de sus características y contenido, así como su tratamiento. Finalmente refiere diferentes tipos de afecciones en las extremidades (sufusiones, para las que indica ligaduras y secciones vasculares; inflamación de las rodillas, exóstosis, abultamientos y defectos de aplomo). Afortunadamente Cózar Marín incluye un extenso diccionario de términos técnicos veterinarios, que no sólo nos permite comprender el texto, sino que es muy útil como explicación de conceptos.

Por la especificidad de los términos empleados y las recomendaciones expresadas, nos parece la obra de un experto en medicina veterinaria más que el manual de medicina veterinaria hecho para los propietarios que, como hemos visto, es mucho más generalista y rara vez recomienda utilizar bisturí o cauterio para tratamientos concretos.

Adams¹⁴⁰ también dedica un apartado al estudio de la *Mulomedicina Chironis* en su capítulo tercero, en el que estudia los diferentes tratados veterinarios y sus autores. Con respecto a este texto pone de manifiesto que el propio Vegecio ya criticaba su lengua vulgar, y debido a las dificultades de traducción que se encuentran en los dos manuscritos existentes, no está claro que el redactor de la obra fuese veterinario o bien que simplemente trasladara los textos elaborados por otro u otros veterinarios.

¹⁴⁰ J.N. Adams, *Pelagonius and latin veterinary*, pp. 133-148.

A diferencia de Vegecio, la *Mulomedicina Chironis* no pone especial énfasis en los caballos caros sino que se refiere a los équidos como animales de trabajo (asnos, mulas y caballos), y en ese sentido, Adams considera que el texto no está dedicado por completo a los ricos propietarios sino que tiene en cuenta a la masa de la población que depende, en muchos casos, del caballo para su trabajo, de igual modo que también se ocupa del caballo del ejército y del de carreras y, en general, afirma que el libro VIII se dedica por completo a la reproducción equina.

Para Adams, la *Mulomedicina Chironis* en parte podría verse como el producto de una larga tradición recopiladora de remedios para toda clase de équidos, y parece haber sido compilada o bien por un veterinario con experiencia práctica en determinadas intervenciones quirúrgicas, o bien recopilada con la intención de ser útil para aquellos que pudiesen realizarlas.

Continuando con otro de los autores del siglo IV, corresponde ahora tratar de Vegecio. **Publio Vegecio Renato**, o Flavio Vegecio Renato según autores, es algo posterior tanto a Pelagonio como a la *Mulomedicina Chironis*, obras de las que se servirá ampliamente para elaborar la suya tras ese floreciente siglo IV romano que se estaba acabando, y que como el propio autor indica,¹⁴¹ compila para mejorar el estilo y producir un manual práctico de uso entre los propietarios de caballos. Sin embargo Vegecio presenta la particularidad de tratar en su *Mulomedicina*, además, acerca de los cuidados de los bóvidos, concretamente en su obra *De curis boum epitoma ex diversis auctoribus*,¹⁴² algo que había que remontarse hasta Gargilio Marcial, dos siglos antes, para volverlo a encontrar. Según la única edición crítica de la obra, publicada al inicio del siglo XX, su título original debió de ser *Digesta artis mulomedicinae*, como indica Robles Gómez;¹⁴³ aunque también aparece, como apunta Ortoleva, con el título *Digesta artis mulomedi-*

¹⁴¹ V. Gitton-Ripoll, "L'art vétérinaire de Pelagonius".

¹⁴² M.T. Cam, "Mulomedicinae me comentarios ordinantem... Végèce et l'organisation du savoir vétérinaire", *Schedae* republication 12, fascicule 2 (2009): 33-52.

¹⁴³ J.M. Robles Gómez, *Vegecio. Medicina veterinaria*, Gredos, Madrid, 1999, p. 7.

cinalis.¹⁴⁴ Escrita a principios del siglo V, una vez más se trata de una recopilación que, por ello, habría de conocer una gran difusión hasta el Renacimiento.

Se desconocen las fechas de nacimiento y muerte de Vegecio, e incluso sobre su nombre completo no hay absoluta seguridad. En todo caso se le relaciona con Flavio Vegecio Renato, autor del *Epitome rei militari*, un tratado militar también muy conocido, y ello basándose en las muchas coincidencias de tipo lingüístico. Por todo ello, se estima su datación aproximada entre 383 y 450. También parece razonable pensar que su nombre completo sería Publio Flavio Vegecio Renato, en cuyo caso, como señala Cam,¹⁴⁵ se trataría de un aristócrata, alto funcionario del Estado, hombre de pluma y de campo, rico propietario.

En el prólogo de su libro I afirma haber recogido información no sólo de los anteriores tratados que ha encontrado, sino que también ha recurrido a consultar a veterinarios e incluso a médicos (más adelante parece traslucirse el hecho de su propia experiencia en medicina veterinaria, aunque no está claro que él mismo lo fuese). Acerca de algunos autores los cita directamente, caso de Columela, Pelagonio, Quirón y Absirto, y a otros los cita de manera tangencial, caso de Celso.

Vegecio, ya con el propio título *ars veterinaria*, reivindicaba un lugar para la medicina veterinaria, ya que en opinión de Robles Gómez¹⁴⁶ es la primera vez que se aplica el término *ars* al adjetivo *veterinaria*, lo que significaba elevar la dignidad de una profesión tradicionalmente denostada y propia de esclavos y clases inferiores. Utiliza además un concepto que seguimos escuchando todavía, y que no es otro que el mérito de sanar pacientes que, a diferencia de la medicina humana, no nos pue-

¹⁴⁴ V. Ortoleva, "Per una nuova edizione critica dei *Digesta artis mulomedicinalis* di Vegezio: alcune note metodologiche". En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 135-144.

¹⁴⁵ M.T. Cam, "Mulomedicinae me comentarios ordinantem...".

¹⁴⁶ J.M. Robles Gómez, *Vegecio*, p. 22, nota 50.

den explicar sus padecimientos, por lo que según Vegecio, la veterinaria supera a la medicina porque precisa de una mayor habilidad técnica. Todo ello resulta curioso si se considera la teoría de que se trataba de un alto personaje público (*vir illustris*, e incluso *comes* según autores), y mucho más cuando en los distintos prólogos de sus libros (libro IV) plantea el agradar al docto y al boyero, y eliminar la etiqueta de indignidad de la actividad de la medicina veterinaria (libro I):

“Las personas más distinguidas consideran vergonzoso y despreciable tener conocimientos de veterinaria. Esta idea es perjudicial y carece de fundamento”.¹⁴⁷

Con respecto a su obra, la *Mulomedicina* consta de cuatro libros, tres de ellos dedicados a los équidos y el cuarto a los bóvidos, al parecer escrito este último más tarde para ser finalmente incorporado a los anteriores por los sucesivos copistas. A cada libro le corresponde un prólogo, muy interesante por explicar en cada uno sus motivaciones y objetivos. A su vez, cada libro está organizado en capítulos (64 en el primero, 149 en el segundo, 27 en el tercero y 28 en el último, dedicado a los bóvidos en la traducción que hemos manejado).

En cuanto a su contenido, en el libro I se refieren las enfermedades más graves de los équidos, especialmente el *maleus* o muermo, denominación que se aplicaba a las patologías consideradas contagiosas, con sus variaciones. Le siguen las enfermedades febriles y las relacionadas con el cólico. Expone también los remedios conocidos, haciendo hincapié (capítulo 56) en la tradición de los cuidados preventivos. Es, pues, un ejemplo más que aceptable en cuanto a la sistematización ordenada de los saberes conocidos al respecto.

En el libro II Vegecio continúa con patologías del caballo, consideradas según un patrón anatómico de estudio típico de la época (de la cabeza a los cascos).

El libro III se ocupa de aspectos como la anatomía y etnología del caballo junto a un conjunto de terapéuticas varia-

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 79.

das, aumentadas por un compilador anónimo según Robles Gómez.¹⁴⁸

Finalmente el último libro, dedicado a los bóvidos, en su estructura sigue el esquema de los libros anteriores dedicados al caballo, esto es: cuidados preventivos, enfermedades contagiosas, otras enfermedades, y los capítulos añadidos a posteriori.¹⁴⁹ Libro compuesto, según escribe el autor, a petición de amigos y propietarios de bueyes para que pudiesen disponer de un texto útil.¹⁵⁰

Realmente en la *Mulomedicina* de Vegecio podemos sentir que se trata de una obra propiamente veterinaria más que una obra de las agronómicas o, por mejor decir, de economía agraria. Es fundamental el entusiasmo que se trasluce en los prólogos por la medicina veterinaria, que defiende y equipara a la medicina humana, aunque considera perfectible, por lo que se plantea el objetivo de proporcionar un texto especializado en équidos, ordenado, sistematizado, correctamente escrito y accesible a cualquier lector. Además reconoce explícitamente la importancia de conocer las causas de las enfermedades, así como la explicación de sus síntomas, afirmando:

“Pues, ciertamente, todo remedio será dudoso si se ignora la naturaleza de la enfermedad”.

Se trata de una obra que ha sido ampliamente estudiada por muchos filólogos ya desde el siglo XIX por lo cual hay numerosos escritos que se refieren a la misma, desde el propio Moulé (que la califica como el tratado veterinario más completo) hasta trabajos recientes que se fijan en aspectos multiculturales en Vegecio, al hacerse eco de algunos remedios que aplicaban los “bárbaros” a sus caballos.¹⁵¹

Conviene resaltar también la noticia que proporciona Vegecio acerca de los problemas que la veterinaria como ocupación te-

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 30.

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 31.

¹⁵⁰ M.T. Cam, “*Mulomedicinae me comentarios ordinantem...*”, p. 35.

¹⁵¹ M.R. Mezzabotta, “Aspects of multiculturalism in the *Mulomedicina* of Vegetius”, *Akorterion* 45 (2000): 52-64.

nía, que no eran otros que la falta de enseñanza de la profesión; honorarios insuficientes de los profesionales como para atraer a los mejores; falta de consideración social y descrédito, y, a menudo, costes de los tratamientos tan altos que resultaba más económico reemplazar al animal.¹⁵²

Un aspecto difícil de considerar en los textos de medicina veterinaria anteriores a los del siglo IV, y especialmente al de Vegecio, por estar incluidos en temas más amplios de economía rural, era la influencia, en su caso, de las escuelas médicas al uso. Se ha señalado por el propio Vegecio que, para la redacción del texto, se ha informado acerca de la medicina humana que considera comparable a la medicina veterinaria.

Estos aspectos de influencia de determinadas escuelas o teorías fueron estudiados en los años 70 por dos autores,¹⁵³ y más tarde también son foco de interés. Así, Poulle¹⁵⁴ les dedica un artículo donde relaciona a Vegecio con el metodismo, doctrina médica basada en las “comunidades”, circunstancias comunes a muchas enfermedades, capaces de ser comprendidas por los sentidos del explorador, y que se basaban fundamentalmente en tres caracteres: *strictum* o recogimiento, *laxum* o relajamiento, y *mixtum*, una mezcla de los dos. De la clasificación de los síntomas en una de estas tres comunidades dependía el tratamiento a seguir. Esta conclusión proviene de los textos con la amplia utilización de términos similares. También esta autora hace notar que Vegecio utiliza igualmente la teoría de los humores, sin renunciar al metodismo cuyo plan de trabajo es: buscar el nombre de la enfermedad, la obtención de los signos clínicos, el lugar dónde produce el daño y, finalmente, el tratamiento. Sin embargo, teniendo en cuenta las novedades que incorpora Vegecio a las obras de Paladio y la *Mulomedicina Chironis*, bien

¹⁵² M.T. Cam, “Mulomedicinae me comentarios ordinantem...”, p. 34.

¹⁵³ Concretamente en los años 70 por W. Rieck y por R.E. Walker, como recopila Y. Poulle en “Végèce et le méthodisme”. En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 223-233.

¹⁵⁴ *Ibid.*

se puede constatar que se adhirió al metodismo sin dejar de lado el humoralismo.

Por último y a pesar de que ya hemos recalcado que, con mucho, esta obra se nos antoja la más cercana a los veterinarios, no podemos más que estar de acuerdo con Cam¹⁵⁵ en que este texto, aunque más especializado, sigue la tradición romana de tratados técnicos que se ponían a disposición del “señor” para establecer él mismo un primer diagnóstico, impartir las órdenes necesarias para que se proporcionen los cuidados necesarios o urgentes, en ocasiones, teniendo listos los ingredientes varios imprescindibles para la elaboración de los remedios indicados.

Como vemos se trata de un manual de instrucción que, en este caso, trasciende la medicina doméstica de autores anteriores acercándose a la veterinaria “profesional”, de manera que un buen conocimiento del texto proporcionaría capacidad suficiente para la discusión con el “veterinario” profesional (en los casos en que se precise su concurso) acerca de los tratamientos y su remuneración.

Es también un libro en la línea de otros textos de medicina humana coetáneos. Y Vegecio no deja de recalcar la importancia de la adecuada gestión económica de la granja en su vertiente de producción de animales, teniendo bien presente la relación coste-beneficio.

LA HIPIÁTRICA GRIEGA

La última parte de nuestro estudio viene dedicada a esa recopilación de textos griegos que, si bien originalmente eran anteriores al tiempo en que fueron agrupados en una obra completa, por haber sido producidos en el Imperio Bizantino mucho más tarde, los colocamos aquí; sin considerar independientemente a sus autores ni intercalarlos cronológicamente junto a los autores romanos que hemos considerado.

¹⁵⁵ M.T. Cam, “Peut-on évaluer le coût des soins et remèdes vétérinaires?”. En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 277-293.

Para este apartado nos servimos como guía de una muy reciente obra de Anne McCabe, *A byzantine encyclopaedia of horse medicine*, publicada en 2007¹⁵⁶ y que, de manera monográfica, trata de las vicisitudes de la *Hipiátrica* bizantina. Su trabajo recoge su propia tesis doctoral presentada en 2002 y posteriormente aumentada con nuevos datos.

Curiosamente sólo un año antes se publicó *L'Épitomé de la collection d'hippiatrie grecque: histoire du texte, édition critique, traduction et notes* a cargo de la prestigiosa historiadora de la ciencia Anne Marie Doyen-Higuet,¹⁵⁷ primero de, al menos, tres tomos que tratarán sobre el texto medieval que recogía abreviada la recopilación bizantina original, además de ocuparse de los ocho manuscritos conocidos.¹⁵⁸ Esta obra es el resultado de su tesis doctoral *Un manual grec de médecine vétérinaire. Histoire du texte, édition critique traduite et commentée. Contribution à l'étude du Corpus Hippiatricorum Graecorum*, en 5 volúmenes, y presentada en 1983 en la Universidad de Lovaina.¹⁵⁹

Así pues conocemos, por una parte, la *Hipiátrica* bizantina, un texto compilatorio recogido probablemente entre los siglos V y VI, y por otra el *Epítome*, un resumen de la *Hipiátrica* elaborado entre los siglos X y XIII y nunca publicado hasta el trabajo de Doyen-Higuet.

Para McCabe la *Hipiátrica* representa la evidencia de la existencia de una medicina veterinaria griega, compuesta por varios textos de diferentes autores. El primero de ellos sería un texto atribuido a Simón de Atenas (de quien ya se ha tratado en este trabajo), del siglo V a.C., y los siguientes son posteriores, hasta

¹⁵⁶ A. McCabe, *A byzantine encyclopaedia of horse medicine. The sources, compilation, and transmission of the Hippiatrica*, Oxford University Press, Oxford, 2007.

¹⁵⁷ A.M. Doyen-Higuet, *L'Épitomé de la collection d'hippiatrie grecque: histoire du texte, édition critique, traduction et notes*, tomo 1, Peeters, Leuven, 2006.

¹⁵⁸ D. Stathakopoulos, "Book reviews. L'Épitomé de la collection d'hippiatrie grecque: histoire du texte, édition critique, traduction et notes", *Med. Hist.* 53:1 (2009): 148-149.

¹⁵⁹ A.M. Doyen-Higuet, "The Hippiatrica and byzantine veterinary medicine". En: J. Scarborough (ed.), *Dumbarton Oaks Papers* 38. *Symposium on byzantine medicine*, Washington, 1984, pp. 111-120.

llegar a un par de recetas atribuidas a Teofilacto, patriarca de Constantinopla (entre 933 y 956). El resto de aportaciones se deben a siete autores principales, algunos de ellos ya vistos anteriormente, como fueron: Eumelo (s. III-IV d.C.), Absirto (s. IV d.C.), Teomnesto (s. IV d.C.), Hierocles (s. IV d.C.), Hipócrates (s. IV d.C.), Pelagonio (s. IV d.C.) en su traducción al griego; y el capítulo dedicado a los caballos de la compilación de agricultura de Anatolio (s. IV d.C.). La exacta datación de los autores y sus obras representa un problema sobre el cual se llevan muchos años de discusión. Afortunadamente Lazaris¹⁶⁰ nos proporciona un resumen de las dataciones manejadas antes y las propuestas en la actualidad, que son las que utilizamos.

Adicionalmente a estas fuentes en el s. X se añadieron otros dos, Tiberio y otro autor, esta vez anónimo. Por esta razón en la *Hipiátrica* aparecen referencias de más de treinta autores, incluyendo algunos de medicina humana como Celso y Diocles de Caristo; y otros muchos menos conocidos como Nefon, Agatotico, Hipasio, Casio (citados por Teomnesto); o Gregorio, Estratónico y Jerónimo (citados por Hierocles). En todo caso, y en función de la recensión que se maneje, se pueden encontrar otros autores aunque no propiamente veterinarios (Galeno, Homero, etc.).

En cuanto a su contenido podríamos decir que, si bien la *Hipiátrica* tiene una cierta cantidad de texto dedicada a la elección de caballos, razas, cuidados en los establos, alimentación, etc., en su inmensa mayoría consiste en la descripción de las enfermedades y las indicaciones para su cura basándose en las divisiones clásicas de la terapéutica: dieta, farmacoterapia y cirugía. De esta forma consigue convertirse en un libro de referencia que, según la tendencia romana ya descrita, puede servir tanto para el veterinario en ejercicio que así dispone de un manual donde contrastar las opiniones de sus antecesores, como para el propietario de haciendas o cuadras de caballos, dispuesto a controlar el tratamiento de sus animales, o bien discutirlo con el veterinario cuando ya no puede ir más allá. Continúa, pues, con la tradición grecorromana.

¹⁶⁰ S. Lazaris, "Essor de la production litteraire hippiatrique".

La *Hipiátrica* no representa un intento de exposición sistemática del arte veterinario, sino que predomina el aspecto práctico sobre la teoría o la etiología; no contiene discusiones sobre la naturaleza del estado de enfermedad y salud, o sobre las categorías de los tratamientos, o sobre la forma de los instrumentos médicos. Si bien la teoría médica no aparece por ninguna parte, subyace al ser ocasionalmente citada al referirse a los humores y conductos. En consecuencia se trata de una recopilación en la que se puede reconocer el desarrollo de la disciplina, de manera que si los primeros textos recogen casi literalmente la tradición de la agricultura y sus remedios simples, los más recientes ya presentan grandes afinidades con la medicina humana, de la que utilizan teorías más sofisticadas, vocabulario, farmacología y técnicas. Algo que parece razonable pensar que hubiera sucedido en Roma de no ser por la invasión bárbara, no en vano el Imperio Bizantino era el Imperio Romano de Oriente.

Con respecto a su origen, en su texto la *Hipiátrica* no contiene indicaciones claras de las circunstancias en las que fue compilada, dejando la mayoría de preguntas sin responder, por más que todos hemos leído que se trata de una compilación mandada realizar por el emperador Constantino VII Porfirogénito. Según McCabe, los primeros testimonios acerca de la existencia de una compilación de textos hipiátricos se sitúan en el siglo X, a partir de un canon de autores que aparecen en el libro XVI de la *Geopónica*, ésta sí dedicada al emperador Constantino VII.

La *Hipiátrica* fue largamente asociada a un producto del denominado “enciclopedismo bizantino” del siglo X, sin duda percibido así a través de la *Geopónica* y otras recopilaciones. Ésta dedica el libro XVI al cuidado y tratamiento médico de los équidos, y está tomado casi enteramente de Anatolio, de manera que una gran cantidad de recetas están en la *Geopónica* y en la *Hipiátrica* también. Además Casiano Baso, el compilador de la *Geopónica*, ha sido identificado como el Baso al que Hierocles dedicó su tratado.

Así pues, no está claro cuándo se hizo la compilación y, en todo caso, no parece cierto el conocido mandato de Constantino VII Porfirogénito. De manera que las opiniones irían en el sen-

tido de que se realizó una primera compilación en el siglo V o VI, época en la que se crearon otras compilaciones (medicina, leyes, textos históricos...), y cuando la locura por el hipódromo y el interés por los caballos estaba en su apogeo fue posiblemente reeditada en el siglo X, de donde pasaría a la cultura árabe y de allí al mundo cristiano siglos más tarde, mediante distintos manuscritos que aún se conservan.

Bien es cierto que todos hemos leído en alguna ocasión lejanas referencias a veterinarios grecorromanos casi míticos, que generalmente se quedaban en la cita de sus nombres; por ello parece buena la ocasión de bucear en lo que sabemos acerca de los principales nombres conocidos.

Así, con respecto a **Anatolio de Berito** (Beirut), al que algunos reconocen como un abogado del mismo nombre, hacia la mitad del s. IV d.C., es un compilador cuyo texto crea a partir de varias fuentes anteriores, siendo una especie de almanaque para granjeros, una de cuyas partes contiene datos sobre la nutrición, cuidado y tratamientos médicos de los animales de renta. Al parecer, de esa obra suya se tomaron para la *Hipiátrica* una serie de recetas, si bien su obra completa sirvió de base, junto con el texto de Dídimos, para la elaboración de la *Geopónica* de Casiano Baso en el siglo VI,¹⁶¹ de la cual el libro XVI contiene las cuestiones referidas a los caballos mientras que el libro XVII se ocupa de la medicina de los bueyes, que prácticamente, como señala Doyen-Higuet,¹⁶² es el único material sobre medicina bovina en griego y esencialmente no contiene más que indicaciones prácticas.

McCabe indica que sus posibles fuentes habrían sido:

- Diófanes (fuente también para Varrón y Columela).
- Demócrito. No se refiere a Demócrito de Abdera; al parecer era un seudónimo, siendo su nombre real Bolos de Mendes (s. III-II a.C. en Alejandría). Usado también por Columela en su obra.

¹⁶¹ A.M. Doyen-Higuet, "The Hippiatrica and byzantine veterinary medicine".

¹⁶² A.M. Doyen-Higuet, "Contribution à l'étude des textes grecs de médecine bovine". En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 113-134.

- Julio Africano (c. 160-c. 240 d.C.), posiblemente palestino romano de descendientes judíos.
- Pánfilo (c. 50 d.C.), un léxicografo.
- Los Quintilio, hermanos. Sexto Quintilio Condiano y Sexto Quintilio Valerio Máximo, de Alejandría (c. 151 d.C.).
- Tarantino, Florentino, Apuleyo.

De **Eumelo de Tebas** hay muy pocos datos, si bien sabemos que Absirto conoció y utilizó su texto. Parece ser el primer texto hipiátrico en griego dedicado exclusivamente al tratamiento veterinario de caballos y vacas. Absirto le llama “El gran médico de caballos”, por lo que no parece un simple compilador sino un práctico. Su datación es dudosa, podría situarse a finales del siglo III o inicios del siglo IV d.C. Copia a Columela en algunos pasajes, por lo cual es claramente posterior a él.

Con respecto al tantas veces citado **Absirto**, su fama proviene de que su tratado se eligió como la parte principal de la *Hipiátrica* ya que era la obra más extensa de hipiatria en griego, y sus relaciones con los tratadistas de antes y después le convierten en el eje con el cual los tratados supervivientes griegos y latinos están conectados. Compuesto a finales del siglo III/inicios del IV, recoge la tradición médica y de agricultura, cita a sus predecesores y los alaba o critica, añadiendo descubrimientos propios. Su obra fue adoptada como texto de referencia rápidamente. No se tiene noticia de su datación exacta, pero Vegecio conoció su traducción al latín y Pelagonio lo empleó como modelo, como ya hemos comentado.

En cuanto a su vida, se sabe que fue soldado en las legiones romanas del emperador Constantino hacia 312-324 en las campañas contra los sármatas,¹⁶³ aunque este extremo es sujeto de discusión. En opinión de algunos autores Absirto sería coetáneo de Teomnesto, también militar. Aunque no hay acuerdo, parece que la datación de su obra podría estar entre finales del siglo III e inicios del siglo IV.

¹⁶³ A.M. Doyen-Higuet, “The Hippiatrica and byzantine veterinary medicine”, p. 112. Donde se pueden recoger las variadas y diversas teorías acerca de la datación de estos autores griegos.

Con respecto a **Teomnesto**, se trata de un caballero con sólida formación en medicina teórica y cierta experiencia en veterinaria práctica. En su obra es el único que incluye instrucciones para el trabajo de los caballerizos y para la doma de caballos. También se caracteriza por no hacer referencia alguna ni a la magia ni a supersticiones, e incluye además referencias a algunos casos clínicos.

De **Hierocles** se sabe que era experto en leyes y no era veterinario. Se limitó a copiar a los autores que le precedían, especialmente a Absirto. De esta manera no proporciona novedad alguna, excepción hecha de un refinado estilo literario y una más elaborada presentación de la materia. Por esta razón claramente su obra estaba destinada a los propietarios y no a los veterinarios. Cita en cuanto a sus fuentes tanto a Absirto como a otros que nos son desconocidos, como Jerónimo el Libio, Estratónico, Cleómenes el Libio, Gregorio, Hipasio de Elis, Tarantino. Por todo lo cual, y aunque no hayan llegado hasta nosotros, se puede considerar que hubo una abundancia de textos disponibles.

Finalmente **Hipócrates**, cuyo significado etimológico es el de “señor de los caballos” y muy a menudo se confunde con el Hipócrates médico, es un autor de oscura identidad cuyo texto recibió una cierta atención ya que, por similitud debido a su nombre, su obra se añadió al *corpus hipocrático*. Parece haber sido veterinario debido al conocimiento del lenguaje profesional que emplea. No da noticia de las fuentes que utiliza. Se le conoce como el Hipócrates veterinario, Hipócrates mulomédico o el Hipócrates griego, y se le ha confundido con el denominado Ipocrás Indicus cuya obra (también atribuida a Hipócrates de Cos) fue traducida del árabe al latín por Moisés de Palermo.¹⁶⁴

Hay que señalar también que, como ha puesto de manifiesto Théodoridès,¹⁶⁵ en numerosos textos de medicina humana se contempló la rabia como enfermedad importante a tener en

¹⁶⁴ P. Delprato, *Trattati di mascalcia attribuiti ad Ippocrate tradotti dall'arabo in latino da Maestro Moisé de Palermo*, Presso Gaetano Romagnoli, Bologna, 1865.

¹⁶⁵ J. Théodoridès, “Rabies in byzantine medicine”. En: J. Scarborough (ed.), *Dumbarton Oaks Papers* 38. *Symposium on byzantine medicine*, Washington, 1984, pp. 149-158.

cuenta, de manera que se pueden encontrar en diferentes autores la descripción, sintomatología y propuesta de tratamiento para los mamíferos domésticos afectados de rabia; además, naturalmente, de las partes de la *Hipiátrica* que contienen menciones expresas como Absirto, Hierocles, Eumelo e Hipócrates. También Théodoridès aporta la mención, como apéndice a la *Hipiátrica*, de Timoteo de Gaza (s. V) y su obra *De animales*, que dedica el capítulo 26 al perro y contiene entre otras enfermedades la podagra (gota) y el absceso tonsilar. Este mismo autor refiere algunos datos acerca del tratamiento de la rabia en la medicina bizantina tardía, donde da noticia del *Cinosophion* de Demetrio Pepagomenos (s. XIII), un texto dedicado a las enfermedades del perro donde de nuevo se recomienda la extirpación del “gusano de la lengua” como medida preventiva para evitar la rabia (recordemos que Plinio el Viejo en su *Historia natural*, en el siglo I, ya lo recomendaba). Acerca del *Cinosophion* podemos encontrar una descripción en el trabajo de Pugliese y colaboradores,¹⁶⁶ que ponen de manifiesto la semejanza argumental y de contenidos con otras obras grecolatinas anteriores y dedicadas al perro de caza, como fueron las de Jenofonte, Arriano de Nicomedia, Gratio y Nemesiano.

UNA SEGUNDA APORTACIÓN: LA SÍNTESIS DE LA VETERINARIA GRECORROMANA EN EL MUNDO ANTIGUO

Para concluir nuestro trabajo, y como hemos explicitado al inicio del mismo, tras el análisis de todo el material recopilado en los diversos campos del saber donde hemos indagado, procede una síntesis que permita responder a las preguntas que nos habíamos hecho al plantear este trabajo, y que se podrían englobar en una única cuestión: ¿Qué debemos saber de la veterinaria grecorromana?. Esta pregunta, a su vez, contiene muchas otras más concretas que nos han ido surgiendo a medida que avanzábamos en nuestra búsqueda.

¹⁶⁶ A. Pugliese, R. Lentini, M. Pugliese, A. Scardillo, “Cynosophion di Demetrio Pepagomenos: trattato bizantino sulla cura dei cani”. En: *Atti V Convegno Nazionale di Storia della Medicina Veterinaria*, Grosseto 22-24 giugno 2007, pp. 49-56.

En primer lugar es imprescindible renunciar al concepto actual del veterinario para tratar de buscar algo parecido siglos atrás, ya que, como hemos visto, el veterinario en tanto en cuanto médico de animales domésticos, efectivamente existió, pero hay que tener en cuenta que sin lugares de formación y sin acreditación. Tanto en el caso de médicos como de veterinarios, bastaba que se presentaran como tales y hablaran o escribieran con cierta seguridad, para ser considerados como médicos o veterinarios a partir de la impresión que transmitían al paciente (en el caso de ser médico) o al propietario (en el caso de los veterinarios).¹⁶⁷

Esto a su vez explica el hecho de que cualquier persona letrada con una cierta cultura, que dispusiese o hubiese leído los textos anteriores, pudiera escribir él mismo un tratado de medicina veterinaria, como fue el caso, a pesar de no tener una capacitación profesional para ello, llegando al extremo de escribir consejos para los propios mulomédicos o veterinarios, como hicieron Vegecio, Columela o Pelagonio.¹⁶⁸

Sin embargo, este profesional del cuidado de los animales enfermos denominado veterinario, mulomédico, hipiatra o buiatra, según miremos a Grecia o a Roma, procede de la especialización profesional que proporcionan dos culturas, la griega y la romana, basadas en la agricultura y la ganadería, donde en muchos casos el sustento puede depender de la producción de animales domésticos, y donde dichos animales son esenciales en muchos campos, desde la milicia a la agricultura pasando por el transporte de personas y mercancías, la fuerza de trabajo, la producción de carnes comestibles, la ostentación de animales exóticos o especiales como símbolo de riqueza, o incluso la posesión de mascotas o animales de compañía, o la obtención de animales para el sacrificio a los dioses. Esto explica la extraordinaria atención en todos los campos del saber que la relación hombre-animal ha despertado y despierta.

Por ello, desde la domesticación de los animales, aquellas personas que están en estrecho contacto con ellos, sean pasto-

¹⁶⁷ J.N. Adams, *Pelagonius and latin veterinary terminology*, p. 655. Citando a Nutton.

¹⁶⁸ *Ibid.*, pp. 662-666.

res, propietarios, jinetes, arrieros o labriegos, aprenden a diferenciar la normalidad de la enfermedad y comprenden perfectamente los inconvenientes de enfermedades y plagas. De esta manera, tanto los griegos como los romanos intuitivamente aplican mejoras en la alimentación, manejo, manutención e incluso en la profilaxis de enfermedades o pestes, donde inicialmente abundan los encantos, los amuletos y algunos sacrificios rituales, además de la lógica consolidación de las buenas prácticas de manejo y algunos remedios basados en la tradición oral de unos a otros, y el empirismo basado en el acierto-error.

Así, serán los griegos, siglos antes que los romanos, quienes plasmen en los textos que han llegado hasta nosotros aspectos como los ya referidos en cuanto al caballo, útil en la guerra y signo de distinción del pudiente, y en cuanto a los bueyes, siempre fundamentales para el trabajo agrícola. La influencia de los griegos sobre los romanos es total y absoluta, pero llevará, aunque tardíamente, a la elaboración de textos que fundamentalmente tratan de economía agraria, donde los animales domésticos tienen una parte importante y en los que se prima fundamentalmente la higiene y el manejo, mucho más que el tratamiento de la enfermedad, arriesgado, en general caro, y de dudosos resultados.

La producción de una bibliografía técnica que pone de manifiesto, dentro de la economía rural necesaria para el desarrollo de las haciendas o latifundios romanos, todo aquello que se hacía con los animales de renta, incluyendo el diagnóstico y tratamiento de algunas patologías, no va a ser el producto de veterinarios que escribieron de la materia, sino de los grandes propietarios, personas cultas e ilustradas que recopilan los conocimientos al respecto, con la finalidad de responder a la demanda de este tipo de tratados, y que mantienen las diferencias entre el *pater familias*, casta superior, y en su caso el veterinario, de casta inferior, quien debía hacer a menudo lo que el señor le ordenaba. Esto haría que no se consolidase, sino tardíamente, un vocabulario profesional propio similar al utilizado en medicina, donde precisamente una valoración hacia los médicos poco favorable, hace factible un intercambio de saberes y remedios entre médicos y veterinarios, tanto en lo que se refiere a tratamientos quirúrgicos como médicos.

Del mismo modo, sólo tardíamente (a partir del s. IV d.C.), tanto en la cultura griega como en la romana, se producirán textos especializados en la medicina animal, algunos de ellos, además de recopilaciones anteriores, escritos por personas que ya se asemejan al veterinario profesional, aunque estrictamente no lo sean.

Por ello, y también basándonos en Bodson¹⁶⁹ cuya opinión compartimos, vemos que la tendencia general que ya explica Catón [no hay nada más beneficioso/económico/provechoso que cuidar bien a los bueyes], más que al tratamiento de animales enfermos es a la prevención de enfermedades a través de una mejora en los cuidados tanto higiénicos como dietéticos, mediante el cuidado y limpieza de establos, suelo, regímenes alimentarios (de invierno, de verano, en gestación, en crecimiento) en función de la época, de los recursos disponibles, del esfuerzo solicitado, de las características del animal. Cuando el animal ya está enfermo, los recursos para mantenerlo o facilitar su restablecimiento son significativamente menores y de efectos más limitados. Y esto se entiende bien en el mundo grecorromano, condicionado por las limitaciones de la técnica y de los técnicos (escasos y sin formación), lo que llevaba a la preparación de ofrendas rituales preventivas para la buena conservación de la salud de los animales. En el fondo, todo el planteamiento en cuanto a los consejos que se prescriben acerca de las fases vitales de los animales de granja se podrían asimilar a los que un profesional de la medicina animal aporta a sus clientes (el mejor lugar, la mejor alimentación...), además de los tradicionales cuidados médicos.

Todo ello conformaría una cierta tradición ética en cuanto al cuidado de los animales, sustentada en la convicción de que siempre se obtienen mejores resultados económicos cuando se dispensan los mayores cuidados. Esto lleva a su vez al concepto de “bienestar animal”, concepto de moda en la actualidad, que incluso contemplaba el castigo para el maltratador de animales, o el respeto demostrado en los enterramientos de animales de compañía con lápidas conmemorativas.

¹⁶⁹ L. Bodson, “Aperçu du comportement envers les animaux d'élevage”.

La “especialización” hacia los tratados de medicina de los équidos se produce ya en la antigüedad tardía, en opinión de historiadores y filólogos por la presión que ejerce el desarrollo de la caballería y la actividad militar fruto de la lucha continua contra las invasiones bárbaras, y el cambio que originó en la táctica militar romana. Es precisamente donde podemos apreciar una cierta “tecnificación” de los quehaceres que paulatinamente van abandonando, aunque no del todo, las prácticas mágicas de dudosa eficacia. Todos estos tratados, perdidos en el mundo romano pero conservados en el Imperio Bizantino, pasaron al mundo musulmán y, a través de traducciones, llegaron en la Edad Media a Occidente donde fueron utilizados y aumentados durante muchos siglos, consolidando lo que conocemos como la cultura occidental.

Finalmente, y tratando de explicitar los aspectos relacionados con el veterinario, consideramos que aquellas personas en contacto con los animales lógicamente desarrollan una capacidad especial para comprender los conceptos de normalidad en ellos y aquello que se aparta de lo normal. Los conocimientos adquiridos con la experiencia y transmitidos a lo largo del tiempo acaban consolidando una base importante cuasiprofesional.

Como hemos visto la extracción social era baja, se trataba de esclavos o bien personas libres pero con escasa remuneración. Sin embargo, como en todo tiempo, los mejores trabajaban para los más ricos y no era igual ser el veterinario del emperador que un esclavo más en una granja. En todo caso el propio Varrón confirma la existencia de veterinarios domésticos y veterinarios profesionales.

Para conocer la posición social del veterinario podemos seguir el trabajo de Cam¹⁷⁰ quien, a partir del edicto de Diocleciano que fijaba precios máximos en 301 d.C., llega a la conclusión de que el veterinario se remuneraba al mismo nivel que peluqueros y barberos (2 denarios por cliente) o los esquiladores de ovejas (2 denarios por oveja más la manutención). En comparación, abogados y jurisconsultos podían cobrar entre 250 y 1.000 denarios por asunto. Otros precios considerados eran:

¹⁷⁰ M.T. Cam, “Peut-on évaluer le coût des soins et remèdes vétérinaires?”.

- 6 denarios por el esquilado de los caballos.
- 6 denarios por el arreglo de los cascos.
- 20 denarios por una sangría.
- 20 denarios por la *purgatura capitis*.

Teniendo en cuenta el trabajo que un veterinario podía hacer diariamente, Cam calcula unos 76 denarios al día colocando al veterinario en el nivel superior de la categoría media de asalariados cualificados; teniendo en cuenta que, descontada la alimentación, una cierta capacidad de gasto para una familia precisaba de 50 denarios al día. Otra fuente de ingresos estaba constituida por la venta de los remedios que prescribía, uno de los puntos más criticados por autores como Vegecio. Todo ello, en opinión del mismo, hacía que la profesión declinara y no fuese atractiva para los jóvenes debido a la escasa formación y poca remuneración. Algo que se podía observar también en cuanto a la medicina humana.

Contestadas, a nuestro entender, las cuestiones fundamentales que nos habíamos fijado, no podemos finalizar este trabajo sin dejar apuntadas cuestiones por realizar para completar la panorámica que nos habíamos propuesto.

- Precisamos del estudio y redacción de un léxico veterinario grecolatino del cual no disponemos en la actualidad.
- Tampoco tenemos un repertorio del instrumental de uso veterinario grecolatino con su correspondiente descripción.
- Sería conveniente la actualización de la recopilación de autores que Moulé desarrolló magistralmente en su momento.

En todo caso pensamos haber contribuido siquiera modestamente a la resolución del puzle que constituye la veterinaria antigua en uno de sus apartados.

He dicho

CRONOLOGÍA

s. XXIV a.C.	Textos hipiátricos acadios e hititas sobre el adecuado entrenamiento del caballo.
1450-1180 a.C.	<i>Documento de terapéutica para caballos</i> . Contiene recetas hipiátricas. Descubierta en Ras Shamra (Ugarit-Siria).
c. 1400 a.C.	Método de entrenamiento de Kikkuli para carros de combate hititas. Tablillas encontradas en Mitani (Siria).
c. 1400 a.C.	Registro de animales de renta. Con datos del rebaño, referencia a la cría... Tablillas en palacio de Knosos (Creta).
s. VIII a.C. (800-670)	Homero <i>La Ilíada, La Odisea</i> . Cría y manejo del ganado. Descripción de una epizootia.
s. VIII a. C. (710-700)	Hesíodo <i>Los trabajos y los días</i> . Datos sobre cría y cuidados de los animales.
s. V a.C. (470-402)	Simón de Atenas <i>Sobre la elección del caballo</i> (citada por Jenofonte). No trata de hipiatría, pero sí de doma y manejo del caballo. Tratado de equitación.
435- c. 355 a.C.	Jenofonte <i>El jefe de la caballería, De la equitación</i> . Consejos para mantener en buen estado a los caballos, doma, manejo... Son manuales. Algunas referencias a laminitis, agotamiento y “exceso de sangre”, pero no tratan patologías. <i>De la caza</i> . ¿Autoría compartida? Capítulos sobre perros: razas, adiestramiento, cría...

384-322 a.C.	<p>Aristóteles</p> <p><i>De animalibus</i> (19 libros):</p> <ul style="list-style-type: none"> - <i>Historia de los animales</i> (10) - <i>De las partes de los animales</i> (4). 1ª anatomía comparada - <i>Marcha de los animales</i> - <i>Investigación sobre los animales</i> - <i>Movimiento de los animales</i> - <i>Fisiognómica</i> - <i>Reproducción de los animales</i> <p>Datos sobre nutrición y manejo, nombra enfermedades con síntomas, sólo describe la sangría como tratamiento.</p>
341-270 a.C.	<p>Timócrates</p> <p>En una obra sobre la epilepsia en el hombre, describe el torneo del carnero (cenurosis) y alude a la opinión de “los expertos” (sugiere que hay médicos de animales).</p>
¿..?	<p>Astrampsico</p> <p>Mago persa. Recopilación de tratamientos para enfermedades de los burros.</p>
¿..?	<p>Cteodamas de Acnoi (Tesalia)</p> <p>Obra sobre equitación (según Estéfano de Bizancio).</p>
finales s. IV-s. III a.C.	<p>Magón de Cartago</p> <p><i>Tratado agronómico</i> en 28 libros. Según Columela, Magón no es el único autor pero sí el más reputado. Se tradujo al latín y luego al griego. Algunos fragmentos sobre ganadería: elección de bueyes, recetas, castración terneros, manejo de mulas.</p>

234-149 a.C.	<p>Marco Porcio Catón (Catón el Censor) (Catón el Viejo)</p> <p><i>De agricultura</i>. La obra en prosa más temprana escrita en latín sobre agricultura por un romano. Prevención y tratamiento de enfermedades (bueyes, ovejas). Texto dirigido a propietarios de granjas. No escrito por veterinarios ni para veterinarios.</p>
c. 100 a.C.	<p>Práximo (citado por Wilkinson). Cita enfermedades del ganado.</p>
116-27 a.c.	<p>Marco Terencio Varrón</p> <p><i>Rerum rusticarum libri III</i>. Obra zootécnica, no médica. Da más importancia a la prevención de problemas (manejo adecuado, etc.) que a los tratamientos de enfermedades. Es resumen del texto de Magón al que añade su propia práctica, sus lecturas y lo que ha recogido de las experiencias de otros.</p>
70-19 a.C.	<p>Publio Virgilio Marón</p> <p><i>Geórgicas</i>. Obra poética sobre trabajo en el campo y cría de animales. 4 libros (1 y 2: agricultura; 3: ganado; 4: abejas). Trata enfermedades de los óvulos, pero breves y confusas. Describe una epizootia ¿ántrax?.</p>
s. I a.C.	<p>Gratio</p> <p><i>Cinegética</i> en 541 hexámetros. Razas y enfermedades de perros y caballos. Apareamiento, cría de la camada, heridas, rabia, sarna, contagio... Remedios (cauterizar el gusano). Todo empírico.</p>

c. 25 a.C.-c. 50 d.C.	Aulo Cornelio Celso <i>Tratado de medicina</i> . Sólo trata medicina humana. Escribió un <i>Tratado sobre agricultura</i> que se ha perdido.
c. 54-57 d.C.	Tito Calpurnio Sículo <i>Bucólicas</i> . Consejos de un pastor sobre drenaje de abscesos, emplastos en heridas por esquilero...
23-79 d.C.	Cayo Plinio Segundo (Plinio el Viejo) <i>Historia natural</i> (36 libros). Varios tratan sobre animales, pero aportan poco o nada a la medicina veterinaria. Trata sobre la utilización de animales en la farmacopea.
c. 1-c. 55 d.C.	Lucio Junio Moderato Columela <i>Los doce libros de agricultura</i> . Práctica quirúrgica romana: sangría, castración. Uso del fuego en dolencias podales, cauterización como profilaxis antiinfecciosa. Medidas higio-dietéticas y de buen uso. Amplia medicina interna, aunque también hay supersticiones y oscurantismos. Muy importante.
85-176 d.C.	Lucio Flavio Arriano (Arriano de Nicomedia) <i>Cinegética</i> . Consejos sobre la reproducción y cuidados de los perros de caza.
c. 170-249 d.C.	Claudio Eliano <i>Historia de los animales</i> . 17 libros y un epílogo, recopilación de otros autores. Son historias, fábulas, cuentos... Interesante: purgación de perros con hierbas, curación de heridas mediante lamidos, transmisión rabia...

c. 220 d.C.	<p>Quinto Gargilio Marcial <i>De hortis (De los vegetales y los frutos de los árboles)</i> <i>Medicinae ex holeribus et pomis.</i> Propiedades medicinales de frutas y verduras. <i>Curae boum ex corpore Gargilii Martialis (De curis boum).</i> Se conserva una parte, corrupta por copiado. Autoría cuestionada. Sobre cuidado del ganado y remedios (conjuros, etc.).</p>
s. III d.C.	<p>Marco Aurelio Olimpio Nemesiano <i>Bucólicas</i> <i>Cinegética</i> (c. 281 d.C.). Cría y razas de caballos y perros, enfermedades de los perros (sarna, rabia...).</p>
s. IV d.C.	<p>Severo Santo Endelegio <i>De la mortandad de los bueyes.</i> Describe una mortandad de bueyes ocurrida en 386 d.C.</p>
s. IV d.C.	<p>Paladio Rutilio Tauro Emiliano <i>Tratado de agricultura (Opus agriculturae).</i> Bien estructurado, presentado como anuario, calendario agrónomo. Compila a Columela, lo abrevia y reestructura. Recomendaciones para los animales según los meses del año. Perduró como manual a lo largo de la Edad Media. <i>Medicina veterinaria.</i> Se considera continuación del <i>Tratado de agricultura</i>, pero no está tan bien estructurado. Copia de Columela en su mayor parte. Obra escrita para el <i>pater familias</i>, responsable de la granja. <i>Poema de los injertos.</i></p>

s. IV d.C.	Pelagonio <i>Ars veterinaria</i> (c. 363). Utilizada por Vegecio para escribir su <i>Mulomedicina</i> . Tratado de hipiátrica escrito en forma de cartas. Dirigido a propietarios. Recopilación de Celso, Columela y Absirto.
c. s. IV d.C.	<i>Mulomedicina Chironis</i> . 10 libros. Desacuerdo en la datación y en la autoría, ¿Quirón? ¿Claudio Hermero? Parece obra de un experto en medicina veterinaria, no parece un manual dirigido a los propietarios.
s. IV-V d.C.	Publio (Flavio) Vegecio Renato <i>Mulomedicina</i> (datada entre 383 y 450). 4 libros, el cuarto sobre bóvidos. Obra propiamente veterinaria (no agronómica). Recoge información de otros tratados (Columela, Pelagonio, Quirón, Absirto) y de consultas a veterinarios y a médicos. Gran defensor de la medicina veterinaria. <i>Epitome rei militaris</i>

<p>s. V-VI d.C.</p>	<p><i>Hipiátrica griega</i> Recopilación de textos griegos. En el s. X-XIII se escribió el <i>Epítome</i> (resumen). Referencias de más de 30 autores, desde Simón de Atenas (s. V a.C.) hasta Teofilacto, patriarca de Constantinopla (s. X), con 7 autores principales:</p> <p>Anatolio de Berito (Beirut) (s. IV d.C.). Compilador. También hay partes de su obra en la <i>Geopónica</i> de Casiano Baso. Trata la medicina de los bueyes, indicaciones prácticas (el único griego que lo hace).</p> <p>Eumelo de Tebas (finales s. III-inicios s. IV d.C.). Se conocen pocos datos. Parece ser el primer texto hipiátrico en griego dedicado exclusivamente al tratamiento veterinario de caballos y vacas.</p> <p>Absirto (s. IV d.C.) Su obra es la más extensa de hipiatría en griego. Constituye la parte principal de la <i>Hipiátrica</i>. Se tradujo al latín. Militar.</p> <p>Teomnesto (s. IV d.C.) Coetáneo de Absirto. También militar. No hace referencia a magia ni a supersticiones. Incluye casos clínicos.</p> <p>Hierocles (s. IV d.C.) Experto en leyes, no veterinario. Sólo copia, no aporta novedades. Obra dirigida a propietarios.</p> <p>Hipócrates (s. IV d.C.). Parece haber sido veterinario. No confundir con Hipócrates médico.</p> <p>Pelagonio (s. IV d.C.)</p>
---------------------	--

BIBLIOGRAFÍA

1. J.N. Adams, *Pelagonius and latin veterinary terminology in the Roman Empire*, E.J. Brill, Leiden, 1995.
2. J.M. Álvarez de Sotomayor, *Los doce libros de agricultura que escribió en latín Lucio Junio Moderato Columela, traducidos al castellano por D. Juan María Álvarez de Sotomayor y Rubio*, 2 tomos, Imprenta Miguel de Burgos, Madrid, 1824.
3. R.M. Arbogast, P. Méniel, J.H. Yvinec, *Une histoire de l'élevage. Les animaux et l'archéologie*, Errance, Paris, 1987.
4. J. Blancou, I. Parsonson, "Historical perspectives on long distance transport of animals", *Veterinaria Italiana* 44:1 (2008): 19-30.
5. L.J. Bliquez, E.J. Munro, "Paulakion and securicella: Two hitherto unidentified Greco-Roman veterinary instruments", *Mnemosyne* 60 (2007): 490-494.
6. L. Bodson, "Aperçu du comportement envers les animaux d'élevage chez les producteurs et les utilisateurs de l'antiquité grecque et romaine". En: C. Guintard y C. Mazzoli-Guintard, *Élevage d'hier, élevage d'aujourd'hui*, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2004, pp. 33-63.
7. C. Bressou, *Histoire de la médecine vétérinaire*, Presses universitaires de France, Paris, 1970.
8. M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007.
9. M.T. Cam, "Peut-on évaluer le coût des soins et remèdes vétérinaires?". En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 277-293.
10. M.T. Cam, "Mulomedicinae me comentarios ordinantem... Végèce et l'organisation du savoir vétérinaire", *Schedae* prepublication 12, fascicule 2 (2009): 33-52.
11. J. Camps i Rabadà, "Lo que el hispano romano Lucio J.M. Columela describió sobre perros, en su obra 'De re rustica'. Visto por un veterinario". En: *Libro del XI Congreso Nacional de Historia de la Veterinaria*, Murcia, 2005, pp. 319-326.

12. N. Casas, *Boletín de Veterinaria* 12, 30 agosto 1845, pp. 177-182; 13, 15 septiembre 1845, pp. 193-198; 14, 30 septiembre 1845, pp. 209-213; 16, 30 octubre 1845, pp. 241-245; 17, 15 noviembre 1845, pp. 257-262.
13. A. Cecio, "Cuma nella storia della Medicina Veterinaria". En: *Atti V Convegno Nazionale di Storia della Medicina Veterinaria*, Grosseto 22-24 giugno 2007, pp. 1-2.
14. C. Chanderon, *L'élevage en Grèce (fin Ve-fin Ier s.a.C.). L'apport des sources épigraphiques*, Ausonius, Bordeaux, 2003.
15. V. Chiodi, *Storia della veterinaria*, Farmitalia, Milano, 1957. 2ª ed., Edagricole, Bologna, 1981.
16. M. Cordero del Campillo, "On the Roman god Verminus", *Hist. Med. Vet.* 24:1 (1999): 11-19.
17. M. Cordero del Campillo, C. Ruiz, B. Madariaga, *Semblanzas veterinarias*, vols. 1 y 2, Syva, León, 1973.
18. J.A. Correa, *Poesía latina pastoril de caza y pesca*, Gredos, Madrid, 1984.
19. J.M. Cózar Marín, *Mulomedicina Chironis. Estudio filológico. Estudio crítico y edición del libro segundo de la Mulomedicina Chironis*, Tesis Doctoral, Universitat de Barcelona, 2005. Accesible en formato pdf en la biblioteca digital de la AEHV <http://www5.colvet.es/aeHV>
20. G. Darder, *Cirugía veterinaria*, Imprenta de J. Viñas, Madrid, 1860.
21. J. De Grossi Mazzorin, "Some considerations about the evolution of the animal exploitation in Central Italy from the Bronze Age to the Classical period". En: B. Santillo Frizell (ed.), *PECUS. Man and animal in antiquity. Proceedings of the conference at the Swedish Institute in Rome, september 9-12, 2002*, The Swedish Institute in Rome, Rome, 2004, pp. 38-49.
22. S. de la Villa, *Discurso leído en solemne sesión inaugural del año 1901 de la Real Academia de Medicina*, Madrid, 1901.
23. A. De Luca, S. Paino, "Allevamento ovicaprino e transumanza nella Grecia dell'età del bronzo. En: *Atti V Convegno Nazionale di Storia della Medicina Veterinaria*, Grosseto 22-24 giugno 2007, pp. 59-63.
24. J. de Villalba, *Epidemiología española ó historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801*, 2 tomos, Imprenta Fermín Villalpando, Madrid, 1803.

25. A. del Castillo, "Las competiciones ecuestres en la Hispania romana". En: VV.AA., *Al-andalus y el caballo*, Lunwerg, Barcelona, 1995, pp. 67-79.
26. P. Delprato, *Trattati di mascalcia attribuiti ad Ippocrate tradotti dall'arabo in latino da Maestro Moisè de Palermo*, Presso Gaetano Romagnoli, Bologna, 1865.
27. J. Diamond, *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, 3ª ed., Debate, Barcelona, 2006.
28. R. Domínguez Petit, "Fuentes literarias para la agricultura cartaginesa: el tratado de Magón", *HABIS* 35 (2004): 179-192.
29. A.M. Doyen-Higuet, "The Hippiatrica and byzantine veterinary medicine". En: J. Scarborough (ed.), *Dumbarton Oaks Papers* 38. *Symposium on byzantine medicine*, Washington, 1984, pp. 111-120.
30. A.M. Doyen-Higuet, *L'Épitomé de la collection d'hippiatrie grecque: histoire du texte, édition critique, traduction et notes*, tomo 1, Peeters, Leuven, 2006.
31. A.M. Doyen-Higuet, "Contribution à l'étude des textes grecs de médecine bovine". En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 113-134.
32. R.H. Dunlop, D.J. Williams, *Veterinary medicine. An illustrated history*, Mosby, St. Louis, 1996.
33. E. Farias Martínez, *Animales en fuentes árabes y referencias en fuentes griegas*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 2008.
34. R.L. Fox, *El mundo clásico. La epopeya de Grecia y Roma*, Crítica, Barcelona, 2007.
35. J. García Armendáriz, "El caballo al través de la Mitología y de la Historia". En: *IV Asamblea Nacional Veterinaria. Barcelona, octubre 1917*, Imprenta de J. Huguet, Barcelona, 1918, pp. 389-456. Trabajo científico premiado en el concurso de memorias de la IV Asamblea Nacional Veterinaria, celebrada en Barcelona los días 21 al 28 de octubre de 1917.
36. V. Gitton-Ripoll, "L'art vétérinaire de Pelagonius ou l'exercice de l'hippiatrie au IVème siècle ap. J.-C.: L'édition des textes vétérinaires latins et grecs", *Bull. Soc. Fr. Hist. Méd. Sci. Vét.* 2 (2003): 20-30.

37. V. Gitton-Ripoll, "Contribution de la prosopographie à une possible datation de l'Ars veterinaria de Pélagonius", *Revue de Philologie* LXXIX (2005): 69-93.
38. V. Gitton-Ripoll, "Sur quelques noms d'instruments de chirurgie et de contention conservés pour les textes vétérinaires latins". En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 251-269.
39. G. Gracià, *Xenofont. Cinegètic*, Fundació Bernat Metge, Barcelona, 2002.
40. O. Guntiñas Tuñón, *Jenofonte. Obras menores*, 1^a reimpresión, Gredos, Madrid, 2008.
41. J. Heurgon, "L'agronome carthaginois Magon et ses traducteurs en latin et en grec", *CRAIBL* (1976): 441-456.
42. A. Hyland, *Equus: The horse in the roman world*, Yale University Press, New Haven London, 1990.
43. E. Jiménez Sánchez-Escariche, A. Alonso Miguel, *Aristóteles. Partes de los animales. Marcha de los animales. Movimiento de los animales*, Gredos, Madrid, 2000.
44. D. Karasszon, *A concise history of veterinary medicine*, Akademiai Kiadó, Budapest, 1988.
45. A.C. King, "Animals in the Roman army: the evidence of animal bones". En: A. Goldsworthy and I. Haynes (ed.), *The Roman Army as a Community*, Portsmouth, Rhode Island, 1999, pp. 139-149.
46. P. Laín Entralgo (ed.), *Historia universal de la medicina*, tomo II, *La antigüedad clásica*, Salvat, Barcelona, 1972.
47. H. Landenius Enegren, "Animals and men at Knossos- the Linear B evidence". En: B. Santillo Frizell (ed.), *PECUS. Man and animal in antiquity. Proceedings of the conference at the Swedish Institute in Rome, september 9-12, 2002*, The Swedish Institute in Rome, Rome, 2004, pp. 12-19.
48. S. Lazaris, "Essor de la production litteraire hippiatrice et développement de la cavalerie: contribution a l'histoire du cheval dans l'Antiquité tardive". En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 87-102.

49. E. Leclainche, *Histoire illustrée de la médecine vétérinaire*, 2 tomos, Albin Michel, Paris, 1955.
50. E. Littré, *Pline l'Ancien. Histoire naturelle*, Dubochet, Paris, 1848-1850. Disponible en <http://www.remacle.org>
51. R. Llorente Lázaro, *Compendio de la bibliografía de la veterinaria española, con algunas noticias históricas de esta ciencia en nuestra patria*, Librería de Ángel Calleja, Madrid, 1856.
52. J.M. López Piñero, *La medicina en la antigüedad*, Cuadernos Historia 16, nº 256, Madrid, 1986.
53. F. Martínez Saura, *La medicina romana (desde la perspectiva de "De Medicina" de A. Cornelio Celso)*, SmithKline Beecham, Madrid, 1996.
54. A. McCabe, *A byzantine encyclopaedia of horse medicine. The sources, compilation, and transmission of the Hippitrica*, Oxford University Press, Oxford, 2007.
55. M.R. Mezzabotta, "Aspects of multiculturalism in the *Mulomedicina* of Vegetius", *Akorterion* 45 (2000): 52-64.
56. C. Michel, "The *perdum*-mule, a mount for distinguished persons in Mesopotamia during the first half of the second millenium BC". En: B. Santillo Frizell (ed.), *PECUS. Man and animal in antiquity. Proceedings of the conference at the Swedish Institute in Rome, september 9-12, 2002*, The Swedish Institute in Rome, Rome, 2004, pp. 190-201.
57. L. Moulé, *Histoire de la médecine vétérinaire*, Typographie et lithographie Maulde, Paris, 1891. Accesible en la Bibliothèque Interuniversitaire de Médecine <http://www.bium.univ-paris5.fr>
58. A. Moure Casas, *Paladio. Tratado de agricultura. Medicina veterinaria. Poema de los injertos*, Gredos, Madrid, 1990.
59. M. Nisard, *Les agronomes latins, Caton, Varron, Columelle, Palladius, avec la traduction en français*, Chez Firmin-Didot et C^{ie} Libraires, Paris, 1887. Disponible en <http://www.remacle.org>
60. A. Nyland, *The Kikkuli method of horse training*, Maryannu Press, Sidney, 2009.
61. V. Ortoleva, "Per una nuova edizione critica dei *Digesta artis mulomedicinalis* di Vegezio: alcune note metodologiche". En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004*, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 135-144.

62. G. Paino, M. Perna, "L'allevamento ovi-caprino nella Grecia micenea". En: *Proceedings 35 International Congress of World Association for the History of Veterinary Medicine*, Grugliasco (Turin), Italy, september 8-11, 2004, pp. 139-144.
63. A. Palacios Martín, "Semblanza de Marco Porcio Catón a través del epistolario entre Frontón y Marco Aurelio", *Anuario de Estudios Filológicos* 7 (1984): 299-309.
64. A. Palau, *Bibliografía hispánica de veterinaria y equitación anterior a 1901*, Universidad Complutense, Madrid, 1973.
65. D. Pardee, *Les textes hippiatriques*, Ras Shamra-Ougarit II, Editions recherche sur les civilisations, mémoire n° 53, Paris, 1985.
66. S. Perea, "Compra de un caballo. El caballo militar mucho más que un animal", *Aquila legionis* 10 (2008): 65-80.
67. J.A. Phillips, "Cato on the prevention and treatment of animal disease", *Hist. Med. Vet.* 6:3 (1981): 57-60.
68. Y. Poulle, "Végèce et le methodisme". En: M.T. Cam, *La médecine vétérinaire antique. Sources écrites, archéologiques, iconographiques*, Actes du colloque international de Brest, 9-11 septembre 2004, Université de Bretagne Occidentale, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007, pp. 223-233.
69. F.J. Puerto, *El mito de Pandora. Compendio de historia de la terapéutica y de la farmacia*, Doce Calles, Madrid, 1997.
70. A. Pugliese, R. Lentini, M. Pugliese, A. Scardillo, "Cynosophion di Demetrio Pepagomenos: trattato bizantino sulla cura dei cani". En: *Atti V Convegno Nazionale di Storia della Medicina Veterinaria*, Grosseto 22-24 giugno 2007, pp. 49-56.
71. M. Rat, *Virgile. Les Bucoliques et les Géorgiques*, Classiques Garnier, Paris, 1932. Disponible en <http://www.remacle.org>
72. J.M. Robles Gómez, *Vegecio. Medicina veterinaria*, Gredos, Madrid, 1999.
73. B. Rodríguez (atribuido), *Catálogo de algunos autores españoles que han escrito de veterinaria, de equitación y de agricultura*, Imprenta de Joseph Herrera, Madrid, 1790.
74. R. Roncalli Amici, "Virgil, the Georgics. Veterinary reflections". En: *Proceedings 35 International Congress of World Association for the History of Veterinary Medicine*, Grugliasco (Turin), Italy, september 8-11, 2004, pp. 31-40.

75. E. Sánchez, *Aristóteles. Reproducción de los animales*, Gredos, Madrid, 1994.
76. N. Santos Yanguas, "La cohors I Asturum equitata en el ejército imperial romano", *Boletín Real Instituto Estudios Asturianos*, año 33, 96-97 (1979): 392-410.
77. C. Sanz Egaña, *Historia de la veterinaria española*, Espasa Calpe, Madrid, 1941.
78. J. Schaeffer, H. Meyer, P.R. Franke, "Domestic pigs in antiquity. Morphology and husbandry". 35 International Congress of World Association for the History of Veterinary Medicine, Grugliasco (Turin), Italy, september 8-11, 2004, pp. 145-148.
79. A. Senet, *Histoire de la médecine vétérinaire*, Presses universitaires de France, Paris, 1953.
80. R. Seynave, "L'élevage en Grèce archaïque dans la vision d'Homère", *Bull. Soc. Fr. Hist. Méd. Sci. Vét.* 4:1 (2005): 10-19.
81. F. Smith, *The early history of veterinary literature and its British development. Vol. I: From the earliest period to A.D. 1700*, J. Allen and Co., London, 1976.
82. J.F. Smithcors, *Evolution of veterinary art*, Veterinary Medicine Publishing Co., Kansas City, 1957.
83. D. Stathakopoulos, "Book reviews. L'Épitomé de la collection d'hippiatrie grecque: histoire du texte, édition critique, traduction et notes", *Med. Hist.* 53:1 (2009): 148-149.
84. E. Terrón, *Edición crítica de la Agricultura general de Alonso de Herrera*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1981.
85. J. Théodoridès, "Rabies in byzantine medicine". En: J. Scarborough (ed.), *Dumbarton Oaks Papers 38. Symposium on byzantine medicine*, Washington, 1984, pp. 149-158.
86. J.M.C. Toynbee, *Animals in roman life and art*, Thames and Hudson, London, 1973.
87. A.A. Tsaknakis, "Veterinarian Menekrates, a philosopher, hero and magistrate of the Greco-Roman period", *Hist. Med. Vet.* 4:3 (1979): 58-59.
88. J. Vara Donado, *Claudio Eliano. Historia de los animales*, Akal, Madrid, 1989.
89. A. Védrières, *Traité de médecine de A.C. Celse*, G. Masson, Paris, 1876. Accesible en la Bibliothèque Interuniversitaire de Médecine <http://www.bium.univ-paris5.fr>

90. M.A. Vives, "La historiografía veterinaria en España (hasta Sanz Egaña)". Ponencia. En: *Libro de las VII Jornadas Nacionales y II Congreso Iberoamericano de Historia de la Veterinaria*, León, 2002, pp. 15-41.
91. M.A. Vives, M.C. Mañé, A. Leuza, "El saber clínico veterinario en los doce libros de agricultura de Columela a través de su primera traducción al castellano", *Acta Veterinaria* 4 (1990): 97-101.
92. VV.AA., *Historia de la humanidad*, Planeta, Barcelona, 1979.
93. R.E. Walker, *Ars veterinaria. El arte veterinario desde la antigüedad hasta el siglo XIX*, Essex España, Madrid, 1974.
94. L. Wilkinson, *Animals and disease. An introduction to the history of comparative medicine*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

**DISCURSO DE CONTESTACIÓN
PRONUNCIADO POR
EL EXCMO. SR. GENERAL VETERINARIO
DR. D. LUIS ÁNGEL MORENO FERNÁNDEZ-
CAPARRÓS**

Excmo. Sr. Presidente,

Excmas. Señoras y Excmos. Señores Académicos,

Señoras y Señores:

Nada más principiar el presente siglo esta Real Academia ha modificado su estatuto en el sentido de hacerla de ámbito nacional. Con inmenso orgullo y sin tiquismiquis ni ambages podemos decir que nuestra Corporación es una verdadera Academia Nacional. La pertenencia a esta Real Academia Nacional nos depara hoy la importante tarea de recibir, en nombre de la misma, a una nueva Académica correspondiente. Me refiero a la Doctora María Cinta Mañé Seró. Hoy me toca a mí proclamar y exhibir los méritos que la han hecho acreedora de este honor y glosar su discurso de ingreso. Muchas gracias Señor Presidente y muchas gracias también al cuerpo académico por la confianza que en mí habéis depositado para esta noble y satisfactoria misión.

Gracias a una férrea voluntad, la Doctora Mañé ha llegado a ser una personalidad en el campo de la investigación histórica de las Ciencias de la Salud y más concretamente en el de la Historia de las Ciencias Veterinarias, como así me gusta llamar al extenso campo de la Medicina Animal. Su personalidad ha sido conformada en los entresijos de nuestra reciente evolución científica, madurada en la modernísima medicina veterinaria, siempre fiel a los principios de excelencia académica y calidad, y siempre dispuesta a compartir generosamente sus conocimientos con las genuinas cualidades de sencillez y amabilidad.

Pero antes de entrar en materia quiero puntualizar un hito académico que ya he señalado al principiar estas palabras de presentación. El 27 de julio del año 2001 apareció publicado en el

Boletín Oficial del Estado el nuevo Estatuto de esta Real Academia. Este hecho viene, oficialmente, a consolidar una posición estable de la misma y a reconocerla como una entidad cultural, científica, técnica y social al servicio de la sociedad española, y conviene resaltar que lo hace con carácter nacional, pues a ella corresponde la representación internacional en el ámbito de su especialidad. Aunque su historia es reciente sus antecedentes más remotos se remontan a 1850. Sin embargo, desde su fundación en 1975, hace ahora treinta y cinco años, la Academia ha venido siendo el lugar de reunión y trabajo donde se ha realizado de forma enriquecedora la imprescindible interrelación, científica, técnica, humanista, universitaria y social. Durante ese periodo, en realidad muy corto, pero que afecta ya a un primer recambio generacional de los primeros académicos, se han producido notables cambios en la formación de los veterinarios. Los programas docentes han sido modificados, han sido creadas nuevas Universidades y Centros de Investigación, ha proliferado la oferta de formación de posgrado, ha aumentado, en cantidad y calidad la producción de tesis doctorales y muy especialmente las de componente histórico. La integración de las grandes áreas de especialización ha sido necesaria para completar la paleta de conocimientos y facilitar el trasvase de ideas. Considero que la manera más efectiva de conservar la debida e irremplazable tradición académica es incorporar continuamente las corrientes culturales que dejan huella, junto con la tecnología informática de vanguardia. Han aumentado las Facultades de Veterinaria, las Academias de Ciencias Veterinarias se han consolidado o están en vías de consolidación en cada una de nuestras Comunidades autónomas, los Colegios profesionales celebran muy dignamente sus Centenarios y la mujer se ha incorporado de una manera natural a la actividad profesional. El panorama de la veterinaria española está experimentando un verdadero cambio y todos somos protagonistas. Todo ello redundará en beneficio de nuestra Academia. Los miembros de todas las Reales Academias, y en especial la nuestra, deben ser conscientes del cambio que se avecina. Hallar un nuevo ortocentro o baricentro sobre el que debe gravitar la nueva vida académica es una apasionante tarea a la que nos tenemos que aplicar todos con una dosis de gran generosidad y amor. Tradición académica y modernidad han de ar-

monizarse para conseguir una tarea colectiva eficaz, tarea que se verá reforzada con la incorporación de la Doctora Mañé. Por lo tanto celebremos con la brillantez que se merece, en este solemne acto, su ingreso como Académica correspondiente.

Presentar a una persona a la que estamos unidos por fuertes lazos de amistad tiene sus riesgos. Por una parte les debo servir una información veraz fruto de un análisis imparcial de su obra, y por otra, se debe exponer de una forma que resulte atractiva a este docto auditorio. Nada me gustaría más que lograr ambos propósitos con estas palabras de presentación y bienvenida, siempre guardando la liturgia académica de las formas y de nuestra tradición pero siempre con un entrañable afecto en el sentimiento personal.

Formada en la Universidad de Zaragoza las actividades profesionales de la Doctora Mañé han estado siempre vinculadas a la Enseñanza Superior, y en concreto a la Universidad de Extremadura: ha sido investigadora en seis proyectos, de ellos tres como investigadora principal. Ha colaborado en numerosas ocasiones, mediante contrato, con empresas privadas y organismos públicos. Ha contribuido con más de 150 comunicaciones a Congresos nacionales e internacionales. Ha publicado más de cien artículos en revistas españolas y extranjeras de impacto. Ha impartido más de 30 cursos y seminarios, todos ellos relacionados con su actividad docente.

La actividad investigadora de la Doctora Mañé se vierte también en la dirección de sus alumnos y colaboradores en trabajos de investigación. Así, ha sido directora de seis Tesis Doctorales y siete tesis de Licenciatura, todas acreditadas con la máxima calificación. Ha participado en numerosos Congresos Nacionales e Internacionales, perteneciendo en muchos de ellos a su Comité organizador. Entre los cargos de gestión ha sido miembro de la Junta de la Facultad de Veterinaria y miembro electo del claustro universitario de la Universidad de Extremadura. También ha sido Directora del Hospital Clínico Veterinario de dicha Universidad.

La mayor parte de sus trabajos han estado relacionados con su especialidad médica en su aspecto docente y académico, ob-

teniendo varios premios. Precisamente entre los numerosos premios conseguidos uno de ellos fue el premio “Veterinaria Militar - General Sobreviela Monleón” en su cuarta edición de 1991 sobre “La neumografía retroperitoneal directa como técnica de evaluación radiográfica del riñón de la especie canina”. El año pasado ha sido seleccionada como “*referee*” por el comité editorial de la revista de Sanidad Militar (revista de más de 150 años de antigüedad) para realizar los arbitrajes de los trabajos originales de su especialidad. Si bien la mayor parte de sus trabajos de investigación se han desarrollado en el entorno de su primigenia especialidad les atraigo la atención que desde 1995, fecha en la que se crea la Asociación Española de Historia de la Veterinaria, una parte de su producción científica ha estado relacionada con la investigación histórica, participando muy activamente en cada uno de nuestros Congresos Nacionales e Internacionales. Fruto de esta faceta investigadora es su discurso de ingreso en esta Real Academia. Bajo el título de “**Historia de la veterinaria grecorromana**” la Doctora Mañé nos adelantará desde el principio que la Historia de la Veterinaria española ha tenido una cierta deriva o mimetismo con la medicina humana, no siempre equiparables. Su trabajo viene a aclarar la cuestión y a poner un cierto orden en el desarrollo de la medicina animal grecorromana. Pero si prestamos atención a su discurso observaremos que va más allá de su bien hilvanada investigación.

Logos, bios y ethos, he ahí la feliz conjunción de la cultura griega y romana que tan acertadamente ha sabido manejar la Doctora Mañé gracias a su talento, al que los griegos llamaron *nous* y los romanos *ratio*. Es lo que nosotros llamamos razón y a la que los griegos dieron otros nombres al denominarlas *theoria*, *praxis* y *poiesis*. La Doctora Mañé por medio de la razón teórica contempla el panorama que le ofrecen las Ciencias Veterinarias y busca el universo de la verdad y, al conquistarlo, alcanza la *sabiduría*. Con la razón práctica, en la acción y la conducta, en la potencia y acto platónico, se instala en la perfección. Con la razón poética se instala por la vía de la creatividad en el mundo de la belleza o en la simple utilidad del *ars* veterinario. Es difícil que esta triple vía pueda ser seguida y las tres metas alcanzadas por la misma persona. Pero no imposible. Lo

prueba la nueva académica con su presencia y discurso. Desde que Sócrates lo enseñara, y Enrique Rojas lo relanzara en los tiempos actuales, sabemos que educar es hacer amantes para lograr amigos. Amantes de la verdad para alcanzar sabiduría. Amigos de la virtud para conseguir la perfección. Amantes, en fin, de la obra bien hecha para saltar de la mediocridad al dominio de la técnica y el arte, obteniendo de esta forma un resultado armonioso. Y como la Doctora Mañé debió aprender muy pronto que el amor sólo se enciende en el amor, fue a buscarlo en el rescoldo de su alma, verdadero constitutivo de su yo interior y fuente inagotable de perfección con la que se edifica la estructura de la personalidad que tan acertadamente nos enseñó Philipp Lersch. Y llega la prueba de mi tesis, según la cual la nueva académica, sin pretenderlo y sin poder evitarlo, quedó retratada en su discurso.

He aquí un testimonio tomado al azar, y cito literalmente: *“No han sido muchas las ocasiones en que se ha escrito acerca de la veterinaria romana por parte de los propios veterinarios, entre otras cosas porque era preciso acudir a las fuentes escritas en latín y griego, idiomas sólo al alcance de personas cultas durante los pasados siglos, y ahora ni aun de las cultas”*. Como podrán apreciar la intervención de la Doctora Mañé no nos dejará indiferentes. Su discurso abre un nuevo enfoque de cómo debe ser tratada la investigación histórica de la veterinaria española. Nuestra Sección 5ª de Historia de la Veterinaria tiene un reto a corto plazo y este es el de adquirir el compromiso de redactar por primera vez una historia de la veterinaria española que en forma de monografía recoja el saber y el devenir de la veterinaria española. Pues bien,

Excmo. Sr. Presidente,

Excmas. Señoras y Excmos. Señores Académicos:

La Doctora Mañé, como hemos podido observar, y vamos a comprobar, entra en la Real Academia por sus propios méritos. La exposición de su currículum nos ha dado idea de la ingente tarea llevada a cabo, obra abnegada sin ostentación e intensa con sencillez. Estoy seguro que prestará a esta Real Academia la contribución de su saber, de su prestigio y de su entusiasmo.

Nosotros los Académicos también somos muy afortunados porque la vamos a tener de compañera de trabajo. Termino agradeciendo a la docta Corporación el honor que me ha concedido para presentar a la nueva Académica, a quien felicito con viva alegría y a la que deseo una dilatada y fecunda estancia. Doctora Mañé, amiga María Cinta, sé bienvenida entre nosotros.

He dicho